







R. 7979



1
C
072

LA REDENCION DEL ESCLAVO

DON EMILIO CASTELAR

LA REDENCION DEL ESCLAVO.

1.ª PARTE - TOMO I.

PRIMERA EDICION.

MADRID

CARLOS BARRA Y BARRA

Imprenta de J. Peña - Ojeda, 10

Es propiedad de los Editores SRES. SAN MARTIN Y JURERA.



LA

REDENCION DEL ESCLAVO

—
POR

DON EMILIO CASTELAR

—
2.^a PARTE—TOMO I.
—

—
PRIMERA EDICION.
—

MADRID

CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE

Plaza de Topete (antes de Santa Ana), número 40.

—
1873

LA REDENCION DEL ESCLAVO.

PRÓLOGO DE LA SEGUNDA PARTE.

I.

ORIEL.

No habrá piedad para mi en la tierra. He recorrido el mundo, y sólo me he clavado sus espinas. He puesto los lábios en la copa de la vida, y sólo he apurado su acíbar. Cuando he procurado acercarme á los sacrificios de los dioses para calentar mi cuerpo yerto, los sacrificios se han suspendido. Cuando he querido pelear en los campos de batalla para buscar la muerte, los guerreros me han atado á la cola de sus caballos, creyéndome indigno de pelear por ellos, y de morir con ellos. Cuando he procurado fundar una familia, como la funda el ave sobre la copa de un árbol, como la tiene un tigre en las madrigueras

del desierto , se han comido mis perseguidores á pedazos mi corazon y mis hijos. Soy desgraciado porque soy esclavo, y soy esclavo porque me llamo el trabajador. Los dioses del Oriente , mis perseguidores, van cayendo y rodando por la tierra como las hojas secas en el otoño. Sus templos se arruinan. La fé, que los alimentaba, se extingue. Yo los he maldecido, ellos han muerto, y sin embargo, yo continúo postrado. ¿Quién me escuchará?

EL DESIERTO.

La soledad es fecunda. Sobre mis montañas de estéril arena , más allá del viento abrasador que me azota, flota algo misterioso, algo único , uniforme , inmenso , infinito, como mi desolada superficie.

ORIEL.

¿Qué voz oigo ? Me parece que de esas arenas estériles se levanta como un rojo y luminoso vapor, en cuyas ondulaciones vagan extrañas palabras que me alientan , que me fortalecen como á un dios el incienso. No sé qué melodía interior escucho, cual si fuera mi cerebro un instrumento henchido de misteriosas armonías.

CORO DE ÁNGELES INVISIBLES.

Piedad, piedad de Oriel. Su cuerpo, amasado en el éther de los cielos, ha caído en el hielo de los planetas. Su alma increada y misteriosa, más libre que el viento donde iba tu palabra creadora por los espacios infinitos, ha pasado por todos los grados de la servidumbre en toda la redondez de la tierra. Piedad, piedad para Oriel.

UNA VOZ CELESTIAL.

Yo le puse en la cima de los mundos. El espacio infinito parecía el manto de sus hombros y la vía láctea la espada de su cinto. Los planetas llegaban á sus lábios en pos de inspiraciones del espíritu como las abejas en pos del aroma de las flores. Las estrellas se quedaban estáticas oyendo las dulces melodías de sus cánticos. El Universo se agitaba cuando abría sus alas gigantescas. En esta suprema felicidad sentía irremediable hastío. Y le apenaba la idea de no haberse creado á sí mismo. Entonces la justicia, que ha enlazado en armonías comunicables los mundos y las almas, le condenó al trabajo de crearse á sí mismo. Tended, ángeles, tended los ojos por los espacios infinitos; penetrad como buzos en los insondables

abismos de la naturaleza. No se interrumpe la creacion ni un momento. El granítico monte se enfria en siglos de siglos. La gota de agua tarda miles de años en esculpir y estriar la misteriosa estalactita. Los moluscos, las madreperas forman una isla en una eternidad. La corona de fuego, que lleva un volcan en su cráter, es la pavesa no más del fuego creador que en sus venas llevará la materia. Y si todo esto cuesta crear el mundo material, ¿qué no costará crear un alma? Oriel está condenado al inmenso martirio de crearse á sí mismo un cuerpo con el cincel del trabajo y un alma con el cincel de la inteligencia. Y si no miradle, oidle; sueña y no está arrepentido.

ORIEL (*soñando*).

El esclavo sólo es feliz cuando duerme, sobre todo si sueña que es feliz. Yo he visto venir hasta mí en alas de misterioso génio un planeta donde reinaban la vida y la abundancia. Siete lunas le seguian en su camino, y el sol le iluminaba tan blandamente que eran sus estaciones una sucesion de primaveras perpétuas. Reverdecian, reflorecian, fructificaban constantemente sus árboles. Resplandecian cargados de estrellas sus cielos. Fluian mansamente sus rios. Amaban por

toda una eternidad sus mujeres. Todo era allí pródigo y fecundo , pero espontáneo , porque no necesitaba aquel planeta del trabajo. Y yo he dicho : ni quiero esa vida ni quiero ese planeta. Prefiérolo ágrío , estéril , lleno de ronzas , con montañas que la nieve cubre , con valles que el calor abraza; rompiéndose las olas al pié del volcan hirviente, y desatándose en su atmósfera torbellinos y huracanes eternos. Prefiérolo así para vencerlo y domarlo con el instrumento de mi trabajo. Yo quiero ser el artífice de mi planeta , yo quiero ser el autor de mi vida , yo quiero ser el creador de mi alma, yo quiero ser el redentor de mis dolores.

LA VOZ CELESTIAL.

Así es esa criatura misteriosa, impalpable, que produce las ideas; así es el espíritu. La materia obedece y se deja modelar como cera al influjo del pensamiento creador. El sol, que ilumina y vivifica los mundos, estará oscilando perpétuamente como un péndulo gigantesco en el fondo de su sistema planetario. El planeta se suspenderá del sol, y el satélite del planeta con éxtasis infinito. Pero el alma, ese éther invisible, ese aroma impalpable en cuanto de los lábios creadores

se escape como vago soplo de un suspiro, batallará por llamarse un sér independiente, y por llevar una corona de propia luz, á nadie debida en el Universo.

ORIEL (*soñando.*)

Yo aspiré siempre á crearme á mí mismo. Yo aspiré siempre, sí, siempre á este supremo bien...

LA VOZ CELESTIAL.

Inmenso, increíble trabajo. Necesitarás siglos de siglos tan sólo para encontrar el instrumento necesario á tu obra, tan sólo para encontrar la libertad. Tu vida será un dolor continuo, infinito. Tu paso por el mundo un tormento. Tus pasiones una batalla. Tu trabajo una pena. Tu historia hará verter lágrimas á todas las generaciones. Donde fijes el pié, saldrán espinas; y donde fijes el pensamiento, saldrán misterios. Te azotará un huracan de lágrimas hinchado. Vivirás en profundo é insondable océano de sangre. El peso de una cadena abrumadora gravitará sobre tus espaldas. Cuando creas, despues que por siglos de siglos hayas mellado algo tus eslabones, encontrar un derecho, solo encontrarás una transformacion de tu servidumbre. Del frio pedernal

sale una chispa. Y no sale del alma del esclavo, porque incendiaria el mundo. ¡La creacion! Trabajo infinito, eterno, universal, nunca interrumpido, que llena todos los abismos, que agrupa todas las moles; la creacion solo está reservada á los dioses.

ORIEL (*despertándose.*)

No sé qué he soñado. Pero he soñado algo misterioso, extraño. Parecíame que este martirio de siglos iba á concluir, que algo nuevo se revelaba en mí, que al ménos mis tiranos, aunque omnipotentes, no podian privarme de soñar. Y hé ahí un refugio, y en ese refugio hé ahí una esperanza. Veo venir por los límites del abrasado horizonte inmensa caravana. No me parecen aquellos sacerdotes que me han maldecido, aquellos reyes que me han esclavizado, aquellos guerreros que me han convertido en su dócil instrumento.

CORO DE PUEBLOS NÓMADAS.

Venimos de las riberas del Eufrates, y queremos un hogar seguro. Cavemos, en busca de pozos de agua viva, el desierto. Alzemos la tienda hospitalaria en el camino infinito, como alza la alondra su nido en la inmensidad del campo. La-

varemos los piés del caminante, y le ofreceremos agua en nuestro cántaro, leche de camellas en nuestros odres, pan amasado sobre la piedra del hogar, y cocido entre cenizas, despues de haberle entonado el cántico de la bienvenida nuestras mujeres, y haberle convidado nuestros esclavos á que pase revista á los innumerables ganados. Nosotros hemos tenido por padres á los patriarcas, y tendremos por hijos los redentores. Pobres somos. Nuestros jefes se criaron sobre el lomo del camello, y se unieron con mujeres buscadas en tierras de Mesopotámia. Hemos dejado las huesas de nuestros predecesores al pié de las palmeras, en largo y no interrumpido viaje. Somos pobres, pero dominaremos al mundo.

ORIEL (*extrañado.*)

¿Por qué, por qué?

LOS PUEBLOS NÓMADAS.

Porque tenemos una esperanza.

ORIEL.

¡Una esperanza! ¿Qué quiere decir una esperanza? ¡Ah, ya caigo! La seguridad de que se cumplirá un deseo, la seguridad de que se reali-



zará un ensueño. La esperanza es el agua en la sed, el rocío en la sequedad, la luz en las tinieblas, la certeza de que vendrá el sol mañana en medio de las sombras de la noche presente. ¡Pueblo nómada, tuyo será el mundo!

EL PUEBLO NÓMADA.

Será nuestro algo más que el mundo; será nuestra la conciencia humana.

ORIEL.

¿Qué dominio es ese? ¿Dónde está ese reino? ¿Se esconde, por ventura, á las orillas del Nilo, entre el desierto y el mar, ó allá sobre las montañas del Libano, cuyos cedros convertidos en mares sojuzgan á las ondas?

LOS PUEBLOS NÓMADAS.

No te comprendemos, mortal.

LA VOZ CELESTIAL.

Esclavo, si supieras lo que es la conciencia, dejarías de ser esclavo.

ORIEL.

La conciencia es bien extraña palabra. Yo nun-

ca la he oido pronunciar en mi larga peregrinacion por la tierra. Y he estado, aunque á manera de maldita sombra, en los palacios de los reyes, en los templos de los dioses, al pié de las aras, junto al fuego del sacrificio.

LA VOZ CELESTIAL.

Busca la conciencia por el mundo, é ignora que la lleva dentro de sí mismo. Si el esclavo supiera que tiene conciencia, sabria que es libre, que lo creó libre el cielo.

ORIEL.

¿Me llevais con vosotros?

LOS PUEBLOS NÓMADAS.

Te pondremos entre nuestros camellos, entre nuestros perros. Tú eres un siervo extranjero. Y los siervos extranjeros no pueden compartir nuestro pan ni beber en el mismo odre en que nosotros bebemos.

ORIEL.

Tambien, tambien me condenan. Mi martirio es eterno. Nueva hiel cae sobre mis lábios; nue-

vas lágrimas se cuajan como el granizo de una tempestad en mis megillas.

UN ECO.

¿Y la gloria de haberte creado á tí mismo?

ORIEL.

No sé qué oigo, como una carcajada de broma, como una palabra de reconvencion. Siento horriblemente, pero acepto resignado mi dolor.

II.

FARAON.

¿Qué me cuentas? Esos viles gusanos se atreven á despreciar á mis dioses. Más despreciables ellos que el polvo levantado por mis plantas, me maldicen. Dá orden pronto de que ahoguen las parteras, al nacer, sus hijos.

EL EUNUCO.

Señor, sus mujeres son tan fuertes, que paren sin necesidad de parteras.

FARAON.

Dá orden de que todos los israelitas recién nacidos sean arrojados al rio. Así extirparémos esa raza que con la cadena al pié, el látigo sobre los hombros, la hiel en los lábios, el sudor de sangre en la frente, se atreve todavía á la adoracion de un Dios que no está entre mis dioses, y

al deseo de poner á su cautiverio un término que no está en mis deseos.

EL EUNUCO.

Antes agotarás el Nilo que la esperanza de esas gentes. Antes mellarás el sol que la constancia de esa raza.

FARAON.

Obedece, y no me repliques. Cuando un rey de Egipto habla, todo calla. Esos perros han amenazado con matar á mis dioses. Yo mataré á sus hijos. En una mano tengo el ánfora de donde mana la vida, y en otra mano tengo la guadaña de la muerte.

III.

ORIEL (*solo*).

¡Un pueblo de esclavos! ¡Todo un pueblo de esclavos! Y parecía ese pueblo tan fuerte como el cachorro del leon. Y lavaba en vino viejo sus vestiduras. Y aplastaba las serpientes que mordian las pezuñas de los caballos sobre que iba cabalgando como el rayo sobre la nube. Y los patriarcas le bendijeron. Y los profetas le anunciaron victorias. Y las alimañas del desierto, que se habian erguido para devorarle, le lamieron los piés. Y junto á los sepulcros de Efron oyó el cántico que le prometia esperanzas sin término, bienes sin medida, cuando el último sueño bajaba sobre los párpados de su padre Jacob. Y yo me quejaré. ¿Qué soy yo? La sombra de una sombra, ménos que nada. El abismo ha sido mi padre, el dolor mi cielo, la desesperacion mi esposa, el misterio mi porvenir, mi presente y mi pasado. Cuántas

veces he envidiado al bruto que tiene una compañera en las cavernas y un lecho donde depositar sus cachorros. Cuántas veces hubiera querido ser el águila, que extiende sus alas en lo infinito, y se deja mecer tranquilamente por los huracanes. Mas no, eso era demasiado en mi miseria. Por el arroyo que llora, por la amarga ola que el viento hincha, se hubiera cambiado mi deseo. Mas ya contemplo razas enteras esclavas. Ya contemplo un pueblo todo reducido, como yo, á perpétua servidumbre. A lo ménos tendré, si no su cariño, tendré su compasion. Oigo llorar. ¡Qué hermosa mujer!

LA HIJA DE LEVÍ.

Paz te sea dada, oh extranjero. No me pareces de la raza que me oprime, y que obliga á mis padres, á mis hermanos, á mi esposo, entre maldiciones y amenazas, á cocer los ladrillos para edificar los palacios de sus opresores, esos palacios, que son nuestros propios calabozos.

ORIEL.

Mujer, yo soy extraño á todos los pueblos, y extranjero en todos los hogares. Por eso quizá yo soy compasivo. El dolor no puede ser por ninguna fantasía imaginado. El dolor solo se aprende sentido. Y yo he pasado todos los dolores.

LA HIJA DE LEVÍ.

¿Hasta el dolor de tener que matar por tu propia mano tus hijos?

ORIEL.

Hasta ese dolor. He tenido que sacrificar mis hijos, porque los exigian para victimas de sus aras los dioses á quienes adoran en la tierra.

LA HIJA DE LEVÍ.

Pero tú no sabrás jamás lo que es ese dolor. Para sentirlo en toda su intensidad, se necesita ser madre y haber parido este hijo. Fieras del desierto, vosotras tendriais compasion de esta mujer, y no la tienen los egipcios. Piedras de los sepúlcros faraónicos, vosotras os ablandarias al lloro de esta madre, y no se ablanda el corazon de un tirano.

ORIEL.

¡Qué hermoso niño! Sus lábios son encendidos como el fuego, sus ojos alegres como la luz. Las tiernas manecitas parece como que quieren coger el cielo. La sonrisa que en su boca vaga, es tan dulce como la inocencia. Sólo tendrá tres ó cuatro dias, y en tres ó cuatro dias ha crecido mucho. Engendrado en la esclavitud, parido entre

dolores acerbos, amamantado con lágrimas, parece superior á todas estas tristezas, sonrosado por el reflejo de celeste serenidad y alegría.

LA HIJA DE LEVÍ.

Pues mira, Faraon me manda arrojar este hijo mio al rio, á este rio de caimanes.

ORIEL.

Mandato horrible. ¿Y no hay medio de eludirlo?

LA HIJA DE LEVÍ.

Ninguno. Ya han desaparecido en las ondas muchos pequeñuelos. Cuando lo sentia retozar en las entrañas se me helaba la sangre. Hubiera querido llevarlo perpétuamente conmigo, esconderlo perpétuamente en mis entrañas. Avisáronme los dolores del parto de que venia sin remedio, y yo no los escuchaba, á pesar de su intensidad. Hacia esfuerzos sobrehumanos para no parir. En mi vientre no lo hubieran encontrado. Para arrancarlo de allí tenían que arrancar-

me al mismo tiempo la existencia. Por fin vino al mundo, arrastrado de una fuerza superior á mis fuerzas. ¡Cuánto desea una madre ver al hijo que acaba de costarle tantos dolores, al hijo que acaba de nacerle entre suspiros y angustias! Y yo no me atrevia á mirar á mi hijo. Cuando sin poderlo remediar le ví, quedé olvidada un momento de mi pena, al reflejo deslumbrador de su hermosura. Pero bien pronto regué con mis lágrimas todo su cuerpecito. Bastaban mis lágrimas para limpiarlo de sus manchas. El dolor era tan grande, que no hice cama olvidada de toda debilidad, y capaz sólo de sentir la suerte de mi hijo. Hace tres dias que lo estrecho contra mi corazon, y que lo cubro desde la frente hasta los piés con mis besos. Pero llega la hora suprema del sacrificio. ¿Qué hacer? ¿Por qué, por qué no viene ántes la muerte?

ORIEL.

Confíalo al rio, confíalo á su tranquila superficie, á su mansa corriente.

LA HIJA DE LEVÍ.

Al río, jamás. Las ondas lo tragarán, y lo devorarán los cocodrilos hambrientos, los dioses de estos pueblos.

ORIEL.

Cuando yo estaba aquí solo, fabricaba, en recuerdo de mis hijuelos desaparecidos, esta cuna de mimbres, acompañándome en mi trabajo con las canciones propias del esclavo. Aparejémosla. Es más misericordiosa la naturaleza que el corazón de los hombres. Pongámosle en su fondo un lecho de palmas. Pongámosle en uno de sus extremos blanda almohada de flores. Cubrámosla con las verdes y frescas hojas de estos árboles. El sol lo iluminará con cariño. El áura embalsamada lo impulsará con sus besos. Las ondas del río le mecerán como tus amorosos brazos. La paloma del valle lo seguirá como si fuera el nido de sus hijuelos. Le prohibirá el Gran Todo, que tiene vida hasta para los insectillos. Y lo habrás confiado á la naturaleza, más compasiva, más benéfica que el corazón empedernido de los hombres. No tiembles, no. Los cocodrilos son ménos temibles que un rey, que un tirano.

LA HIJA DE LEVÍ.

¿A quién, á quién así confío mi hijo?

ORIEL.

Estaba yo una tarde, al ponerse el sol, en la inmensidad del desierto. Entre los arreboles del horizonte, esmaltado por todas las tintas del ocaso, vi venir háca mí una tribu. Apliqué el oído y recogí en mi memoria sus cantares con la misma sed con que beben los desiertos el rocío. Aquellos hombres, atezados por el simoun, se prometían el dominio de un mundo mayor que la tierra. Y para conseguir ese dominio, solo tenían un título, su fé; y solo confiaban en un instrumento, su esperanza. Esa tribu, era la tribu de Abraham tu padre. De esa raza ha nacido Jacob.

LA HIJA DE LEVÍ.

Tienes razon, la tienes, si, extranjero. Me siento fuerte. Confío mi hijo al Dios de Leví, al Dios de Jacob, al Dios de Abraham.

EL NILO.

Yo soy el rio de los misterios. En mis ondas se han bañado los dioses. Yo fecundo la tierra con mi limo y los sepulcros con las esperanzas de inmortalidad. El Buey Apio, que se apacienta en mis márgenes, ha abierto nuevos surcos en la conciencia humana para plantar nuevas ideas. Mi tranquila superficie ha reflejado los geroglíficos que guardan secretos de los cielos. Los solitarios han venido á extinguir en mis manantiales el ardor de sus lábios encendidos por la sed de lo infinito. Mis ondas se han cansado de lamer graníticas tumbas, donde descansan millares de castas y generaciones innumerables de sacerdotes. Yo soy el rio de los misterios. Vengo del interior de Africa, hirviente, abrasado, como esas corrientes de materia cósmica que surcan en todas direcciones los espacios infinitos. Muchos árboles se han deshojado sobre mis aguas. Muchas conciencias me han confiado sus secretos. Y yo nunca he sentido una conmocion tan profunda en mis entrañas como al desflorar el apretado cristal de mi superficie esa cuna de mimbres donde vá dormido en su inocencia un recién-nacido niño. ¿Por qué me alegra ese peso? ¿Por qué mis aguas se reco-

gen y se tranquilizan más? ¿Por qué mis áuras suspenden su aliento al pasar sobre esa cuna? ¿Por qué mis horizontes la miran con tranquilo éxtasis? ¿Por qué mis aves la siguen como si la custodiaran? ¿Qué misterio vá en sus mimbres? ¿Qué secreto guarda? ¿Qué es, qué es esa cuna?

LAS AURAS.

Es la cuna de la libertad.

EL NILO.

¿Cómo se llamará ese niño?

LAS AURAS.

Se llamará Moisés.

EL NILO.

¿Qué hará ese niño?

LAS AURAS.

Romperá una cadena y redimirá un oprimido. Todo aquel que rompe una cadena, todo aquel que redime un oprimido, es sagrado en la tierra, es inmortal en la historia.

ORIEL.

Yo he sido el trabajo que ha fabricado esa cuna. Sin mí, ese niño redentor no flotaría sobre las aguas del Nilo. Yo soy el redentor del Redentor. ¿Quién, pues, me redimirá á mí?

LAS AURAS.

Tú mismo.

V.

CORO DE ISRAELITAS.

«Cantemos al Señor que, glorificándose á sí mismo, sumergió en la mar el caballo y el caballero.»

«La fuerza y la gloria de Israel, están todas en el Señor, que fué nuestra salvacion.»

«Él es nuestro Dios, y por eso lo glorificamos; él es el Dios de nuestros padres, y por eso lo exaltaremos sobre todas las cosas.»

«Jehová es su nombre, Jehová el nombre de este guerrero invencible.»

«Él ha precipitado en las aguas los carros de guerra y los ejércitos de Faraon. El mayor entre los precipicios egipcios, yace en el Mar Rojo.»

«Los abismos le cubren, los abismos que le han devorado como si fuera una piedra.»

«Tu diestra, Señor, tu diestra se ha señalado

por su fuerza. Tu diestra ha herido al enemigo.»

«Aniquilástelo en la inmensidad de tu gloria. Consumístelo, como débil arista, en el incendio de tu cólera.»

«Las aguas se han encrespado al soplo de tu furor, las corrientes se han detenido, los abismos se han allanado en el fondo del mar.»

«El enemigo ha dicho: yo le perseguiré, yo le alcanzaré, yo distribuiré sus despojos, y mi corazón estará satisfecho; yo desenvainaré la espada y lo exterminaré entre mis manos.»

«Has enviado tu aliento, y el mar los ha cubierto, y hánse hundido como el plomo en las profundas aguas.»

«¿Quién te iguala en fuerza, Señor? ¿Quién se asemeja á tí? Grande en tu santidad, terrible en tus prodigios.»

«Estendiste la mano, y los devoró la tierra. En tu bondad, guiaste á tu pueblo, que has emancipado, y lo condujiste con tu pujanza al lugar de tu santísima morada.»

«Los pueblos se han levantado en su cólera. Los Filisteos han sido sobrecogidos de dolor, los príncipes de Edom conturbados, el espanto ha sorprendido á los fuertes de Moab, y los habitantes de Canan se han secado de miedo.»

«Que el frío del terror á tu formidable brazo les invada; que se petrifiquen hasta que tu pueblo haya pasado, este pueblo que has querido hacer tuyo.»

«Tú le conducirás, le establecerás sobre la montaña de tu heredad, en la sólida mansion que has construido; Señor, en el santuario que tus manos han fundado.»

«El Señor reinará en la eternidad más que duren los siglos.»

«Faraon ha entrado en el mar con sus carros, con sus caballos; el Señor ha arremolinado sobre él todas las aguas, y los hijos de Israel han pasado á pié enjuto.»

«Cantemos al Señor que se ha glorificado á sí mismo, precipitando en el mar al caballo y al caballero.»

ORIEL.

¿Qué oigo? ¡Qué extrañas palabras! Dios y libertad. La palabra Dios me trae á los ojos no sé que océano de luz donde nadan millones de mundos y de soles, que luego suben á las alturas en coros infinitos, produciendo incomunicables aromas. Al oír esa palabra, me parece que los cuer-

pos se vuelven diáfanos, y que yo quiero recordar mi estado anterior á mi estado presente, y en el cual ceñidos de alas mis hombros, recorría los espacios viendo venir las estrellas, como enjambres de abejas, á libar la vida en el aliento que despedían mis lábios. Apenas creo encontrarme en el desierto, con su horizonte abrasado, con su uniforme oleaje de arena, con su triste hisopo, atravesado todo de vez en cuando por las bandadas de avestruces errantes. Dios, quiere decir un sol sobre los soles. Dios, quiere decir una estrella mayor que las demás estrellas. Yo, arrojado de los templos, he querido dirigirme á los dioses, cuando los sacerdotes dormían, cuando los sacrificios estaban suspensos, desiertas las aras, como un criminal que acecha el momento de cometer su crimen allá entre las sombras de la noche. Y yo he creído que para mover á los dioses, á esos seres benéficos, invocados por los mortales, bastábame plegar las manos, y pedir misericordia con mis lábios amargados por la hiel de todos los dolores; pedirles misericordia. El silencio ha respondido á mi súplica. El eco ha sido más compasivo que la divinidad. A lo ménos ha repetido mi queja como si quisiera decirme que hay algo misterioso que conmigo siente. Pero ese Dios invis-

ble que un pueblo, ayer esclavo como yo, y hoy redimido, invoca entre el mar, donde han caído sus tiranos, y el desierto, en cuya esterilidad ha brotado la esperanza, ese Dios debe ser mi Dios. Su nombre vá unido al nombre de libertad. Yo no entiendo este nombre, no puedo comprenderlo en la abyección y en la miseria que sufro. Pero azota mi cuerpo como un viento fortísimo, y enardece mi sangre como un calor invisible. Si yo lo comprendiera, si yo lo alcanzara, es lo que había de levantarme de esta fría soledad y de esta tristeza en que se consume mi vida. Yo busco algo superior á mí que no conozco y que amo; algo que no entiendo, y que sin embargo deseo. ¿Por qué la rama de esa humilde planta sedienta mira al cielo? ¿Por qué el vuelo del ave se dirige al cielo? Buscan su esencia, buscan su vida, buscan ese misterio que se llama Dios. Y yo, ¿por qué, por qué busco ese otro misterio que se llama libertad?

VI.

MOISÉS.

¿Qué plañido se mezcla á la universal alegría de este pueblo? Cuando el címbalo y el salterio suenan; cuando los desiertos repiten el cántico universal de alegría, ¿cómo tú lloras?

ORIEL.

Mago, sacerdote, legislador, profeta; seas quien fueres, óyeme. Yo te he visto adormecer las serpientes, abrir los mares. ¿No podrás romper una serpiente que me muerde el corazón? ¿No podrás sacarme de un mar de lágrimas en que tristemente me ahogo?

MOISÉS.

Habla, cuéntame tu pena.

ORIEL.

¡Mi pena! Las estrellas se gastarían, profeta, antes, mucho antes de que yo hubiera acabado de contártela.

MOISÉS.

Habla, habla.

ORIEL.

Yo soy el trabajador. Yo he sembrado de flores los caminos, y los caminos sólo han guardado para mí espinas. Yo he levantado los templos, y los templos sólo han murmurado en mis oídos maldiciones. Yo he combatido en los grandes combates, y mientras las heridas han cubierto mi cuerpo, ni una hilacha del despojo ha llegado á mis manos. Yo llevo sobre mis espaldas el peso de todas las obras humanas que me abruma, y que sin embargo ni siquiera me prestan su consoladora sombra.

MOISÉS (*levantando los ojos al cielo.*)

Dios de Israel, es un esclavo.

ORIEL.

Soy un esclavo y á tu Dios se lo dices. Él ha sido guia y consolacion de esclavos. Ayer cociais los ladrillos para los palacios de Faraon, y hoy os enseñoreais del desierto. ¿No llegará hasta mí ese brazo que levanta los mares y que abate los tiranos?

MOISÉS.

Jamás; mi Dios solo es Dios de mi nacion. Su ley solo se revela á mi gente. Jehová es para Israel.

ORIEL.

¡Para Israel! Y yo creia al escuchar vuestros cánticos que habia creado hasta las pobres hormiguillas del campo, y que de ellas se cuidaba. Acabais de salir del cautiverio, ¿y tendreis cautivos? Acabais de salir de la esclavitud, ¿y tendreis esclavos?

MOISÉS.

Ley es universal de la tierra. Tendremos, sí,

tendremos esclavos. Los hijos de Israel no podrán ser redimidos por sus padres. Aquel que enagene su propia voluntad, la recobrará á los seis años, sea cualquiera el precio recibido por su venta. El hebreo no podrá ser tratado como bestia ni como vil mercancía, porque Dios le ha sacado de la tierra de Egipto y ha roto sus cadenas.

ORIEL.

¿Y el extranjero?

MOISÉS.

El extranjero será esclavo. Pero el esclavo sentirá bajo la mano de Dios aligerarse sus cadenas. Será le concedido el reposo del sétimo dia y del sétimo año. No le dará su señor muerte.

ORIEL.

¡Muerte! Nombre benéfico que el esclavo debe pronunciar á cada instante. La muerte es su esposa. La tumba el fin de su cautiverio. ¡Ser esclavo y no morir! Profeta, sacerdote, legislador, quien quiera que seas, ¿tú sabes lo que significa

ser esclavo y no morir? Una cadena tan larga como el tiempo, un martirio tan duradero como la eternidad. El sueño y la muerte son los compañeros del esclavo. Me dices que dulcificará tu Dios su pena. La pena material es una espina que no pasa de la piel. Pero la profunda pena de no pertenecerse á sí mismo, esa vergüenza de haber nacido, ese horror á engendrar séres tan desgraciados como él, ¿quién, quién lo dulcificará? ¿Y vosotros sois el pueblo ayer cautivo en Egipto, hoy libre, y en pós de la tierra prometida?

MOISÉS.

Esclavo, ¿sabes tú quién nos ha redimido del cautiverio?

ORIEL.

¿Quién?

MOISÉS (*yéndose*).

Esclavo, la esperanza.

VII.

ORIEL.

Este pueblo no querrá extender su Dios á los extranjeros, ni dar el secreto de su propia redencion á nosotros los esclavos. Y caerá mil veces. Y en sus caidas se abrazará á los viejos ídolos. Y en estos abrazos de muerte echará de ménos hasta los dias de su cautiverio. Y los tiranos que le rodean lo esclavizarán mil veces. Un dia te crees mi señor, y ¡oh pueblo! otro dia serás mi compañero. Toda redencion que no es universal, no es redencion. ¿Qué diriais del sol si diera el dia sólo á ciertos pueblos privilegiados? ¿Y el Dios de Israel puede ser más pequeño que el sol encendido por su aliento y levantado por sus manos en la inmensidad de los espacios? Pueblo de Israel, serás castigado. Yo siento en mí algo que me dice que la justicia alboreará sobre la tierra, anhe-

losa de justicia. Pueblo de Israel, he bebido tu esperanza.

JAHEL.

Extranjero, enséñame el camino del Monte de Ephraim. Voy á ver á Débora, la profetisa de mi tribu, que vive bajo la palmera y pronuncia sentencias justas para mi pueblo. Voy á decirle que anuncie nuestra victoria. El tirano Sisára ha venido á la cabeza de novecientos carros todos chapados de hierro. Pero Jehová, que peleaba por nosotros, le ha dispersado, y sumergido sus carros, sus caballos, sus ginetes, en el torrente Cison, como en otro tiempo á los Faraones en las ondas del mar Rojo. Sisára, perseguido por nuestro general, vino á mi tienda y pidió agua. Yo abrí los odres donde tenia la leche recién ordeñada, y díjele al enemigo de mi pueblo que bebiera sin temor y se reposara en largo sueño. Durmióse despues de la tranquilizadora bebida, encargándome que ocultara á todos su llegada. Yo velaba su sueño á la puerta de la tienda. Y al poco tiempo oíale roncar. Entonces me acordé con viveza de que mis hermanos son esclavos, y de que Dios habia derribado á Faraon en los ma-

res para libertar á su pueblo del cautiverio. Y cogiendo la estaca de mi tienda y el mazo, clavése-la á golpes por las sienas dejándole exánime. No de otra suerte pelea el cazador con la fiera, y aplasta el viajero en el desierto la cabeza de la serpiente.

DÉBORA.

La victoria es nuestra. Dios está con nosotros. Cantemos al Señor que ha derribado nuestros tiranos, como el segador las rojas cañas de trigo. Suspended ¡oh astros! vuestro curso; abrid ¡oh pueblos! vuestro oído, que voy á entonar un cántico de victoria á mi Dios, al Dios de Israel. Cuando pasaste por Edom, tembló hasta en sus fundamentos la tierra, condensáronse como grandes montañas las nubes, y las montañas saltaron como nubes; el cielo se derritió en mares sobre los campos, y las estrellas corrieron como débiles pavesas sobre las ráfagas de los desbocados huracanes. Agitaste tu mano vengadora sobre los enemigos de tu pueblo, que parecía vuelto de nuevo á la servidumbre de Egipto. Las espadas se han roto, los trozos de los carros guerreros corren rodando por el torrente, ó yacen esparcidos por

las laderas, los cuerpos de los enemigos, mutilados, descabezados, circundos de sangre, llamando á terribles festines á los cuervos, que aletean y graznan en los campos donde hemos vencido por la misericordia del Señor. Mientras mis labios modulan este cántico, mis piés huellan las entrañas de los vencidos. Dios vino en nuestro auxilio, é hinchó el torrente con su soplo de cólera, y todavía ruedan por sus ondas los cuerpos mutilados. Malditos sean los pueblos que no acudieron á nuestro auxilio. Bendito el guerrero que descolgó sus armas y las esgrimió contra los enemigos de mi pueblo. Bendita la matrona Jahel, bendita en su tienda. Pidióle agua Sisára, y le dió á beber leche en la copa régia. Y la leche caliente le adormeció como si fuera una bebida de beleño. Tendió la mano Jahel hácia la estaca de su tienda, y hácia la maza, asiólas fuertemente, y atravesó la cabeza del enemigo de su pueblo y de su Dios. Dió su último suspiro el miserable, y quedóse exánime á las plantas de la fuerte matrona. La madre de Sisára gemia esperando el regreso de su hijo, y miraba desde su ventana con ojos anhelosos. ¿Por qué tarda en volver el hijo amado de mi corazon? ¿Por qué son tan pesados los piés de sus emisarios? Y una de las mujeres de

Sisára la dijo: Puede ser que ahora cuente el botín, reparta los despojos y tome para sí la virgen más hermosa. Vestidos de todos colores ceñirán sus cuerpos, y lazos recamados de oro ornarán su garganta. Y mientras tal decían, tu enemigo roncaba con el estertor último, y moría bajo las tiendas de tu familia.

ORIEL (*escuchando*).

Estos pueblos derriban á los opresores, y oprimen. Cantan la conclusion de su cautiverio, y cautivan. Derriban á los tiranos, y tiranizan. Volverá para tí, volverá ; pueblo desnaturalizado é ingrato! un cautiverio tan odioso como el cautiverio de Egipto. Te has libertado de Egipto, y has caido en Mesopotamia; te has libertado de Mesopotamia, y has caido bajo los filisteos; te has libertado de los filisteos, y has caido bajo la mano de los reyes de Asor; has roto la mano de los reyes de Asor, y te ha cogido la garra de los madianitas. Si comprendieras que tú eres tiranizado porque tiranizas, y oprimido porque oprimas, acaso acabara para siempre la série infinita de tus cautiverios.

VIII.

JEPHTÉ.

Pueblo de Israel, no mereces que Dios te haya sacado de la servidumbre de Egipto, y te haya prometido su eterna alianza. Tus lábios son por naturaleza blasfemos, y tu corazón por naturaleza es idólatra. La espada de los madianitas ha mordido tus carnes. Y como si fueras estiércol, te ha barrido á las cavernas de las bestias. En vano siembras todos los inviernos tus trigos y esperas al estío las espigas doradas. Los madianitas vienen y te despojan. Trabajas para ellos, como el asno y el esclavo trabajan para su dueño. Volviste los ojos llorosos á Jehová, alzaste á Jehová las manos suplicantes, y Jehová te dijo por boca de sus profetas: «Yo os saqué de manos de los egipcios, y vosotros caísteis en manos de los amorreos.» Y envió uno de sus ángeles en vuestro so-

corro, que fué á sentarse bajo la encina de Ephrá. Y como encontrara á Gedeon escondiendo el trigo para que no cayera en manos de los enemigos, se apenó al oírle en su angustia dudar de que pudieran renovarse las maravillas y los milagros de la salida de Egipto. En rescate de esta duda, Gedeon ofreció cabritos, panes ázimos, debajo de la encina, sobre las peñas, arrojándolo todo á un fuego misterioso, que lo consumió, y lo derritió, y lo elevó en humareda á los cielos. Y Gedeon derribó el templo de Baal, donde luchan abjurando sus padres, cortó el bosque consagrado á las divinidades paganas, y en aquel mismo lugar se sacrificó á Jehová un novillo. Entonces los varones quisieron matarle, y le suscitaron asechanzas. Vinieron á una los madianitas, los amalecitas y los orientales por el valle Jerael, para castigar á Gedeon. Y Gedeon sonó el cuerno de caza para congregar á las tribus, y las tribus fueron en gran golpe y en son de guerra. Pero Dios sólo permitió á Gedeon escoger trescientos guerreros. Y eran los enemigos innumerables cual nubes de langosta; y sus bagajes cual las arenas del desierto. Y fueron vencidos, y cada uno de los israelitas ofreció á Gedeon sus zarcillos de oro, además de las coronas y los mantos de púr-

pura que se cayeron de la frente y de los hombros de los principes de Madian, y las cadenas de oro que llevaban sus camellos. Y los israelitas volvieron á olvidar á Jehová, y adorar á Baal. Y los hijos de Annum persiguen hoy á los hijos de Israel. ¿Quién salvará á mi pueblo, quién correrá en su auxilio?

ORIEL.

Si es permitido á un esclavo hablar á su amo, tú libertarás á Israel, tú, valeroso hijo de Galaad.

JEPHÉ.

Esclavo, desgraciado como yo, ¿no sabes que Jephé, si es hijo de Galaad, es hijo tambien de una ramera? ¿No sabes que en la justicia de Israel yo debo pagar el desliz de mi padre, y las flaquezas de mi madre? Y mis hermanos me han arrojado del hogar, porque no me engendró mi padre en mujer legitima; y mis gentes me han dejado venir errante y desterrado á estas regiones de Tob.



ORIEL.

Los hombres son así. En la prosperidad persiguen á los que en la desgracia necesitan. Pero no te importe. Ellos vendrán á tí. Créeme, guerrero. Tú has alzado por estas regiones gentes en armas que te siguen, y has hecho esclavos como yo, que te sirven. Ya verás venir por los límites del horizonte la caravana que te busca, y oirás la voz de tu pueblo que te aclama. ¿Oyes, oyes? Son ellos.

LOS ANCIANOS DE ISRAEL.

Jepthé, Jepthé, capitan invencible.

JEPTHÉ.

Vosotros me habeis vencido. Vosotros habeis castigado mi nacimiento.

LOS ANCIANOS.

Te necesita tu pueblo.

JEPHÉ.

¿Cómo puede necesitar mi pueblo al hijo de una ramera?

LOS ANCIANOS.

Te llama tu familia.

JEPHÉ.

¿Cómo han de ponerme á la cabeza del ejército, cuando me han arrojado hasta del último rincón del hogar, y me han negado hasta la herencia de mi padre?

LOS ANCIANOS.

Los que no te quisieron por brazo de sus faenas, te quieren ahora por cabeza de su gobierno.

ORIEL (*para sí*).

Así es la tierra. Hoy tambien menospreciais al esclavo. El insecto que aplastan vuestros piés, parece más estimable que este sér vil, cuando aca-

so por su naturaleza y por su origen sea superior á vosotros. ¿Quién sabe si el mundo necesitará mañana del esclavo? Yo he absorbido por todo mi sér, y he derramado en mis venas la esperanza, la virtud de los israelitas.

LOS ANCIANOS.

Jepthé, ¿no respondes? ¿Puedes dejar á tu pueblo en la miseria de la servidumbre? ¿Puedes desconocerlo, y ser para él tan funesto como los hijos de Amnon? Jepthé, Jepthé, Dios te suplica por boca de los ancianos de tu pueblo.

JEPTHÉ.

¿Pondreis á vuestro frente al que no quisisteis tolerar á vuestros piés?

LOS ANCIANOS.

Lo pondremos.

JEPTHÉ.

Que premie Dios nuestros esfuerzos, que Dios sostenga nuestro brazo.

ORIEL.

Todos tienen alguna alegría ménos el esclavo. Todos, ménos el esclavo, pueden esperar en el mundo algun consuelo. Las mayores desgracias pasan, y no pasan las desgracias del esclavo. Las mayores preocupaciones se desvanecen, y no se desvanecen las preocupaciones contra el esclavo. ¿Cuántas veces saldrá el sol antes de que el mundo comprenda mi pena y su injusticia?

LOS ANCIANOS.

¿Qué aroma se dilata por los aires? ¿Qué música deliciosa suena en nuestros oídos, y transporta nuestro corazón de alegría? Esa voz debe ser la voz de un ángel, según extiende por nuestro ser benéfica y consoladora influencia como el agua que pasa por las fauces del sediento.

JEPHÉ.

Es mi único placer, mi consuelo único; es mi hija, es la hija de Jephé, que canta. Sus manos amasan las tortas que en mi hogar se cuecen. Sobre su cabeza viene el cántaro que apaga nuestra

sed. De sus palabras sale la oracion que consagramos al cielo, y de sus cuidados los sacrificios que ofrecemos á Jehová. La palmera del desierto, mecida por la brisa de los mares , no parece tan esbelta como su talle. El cendal que encubre su garganta , y que se mueve á la respiracion de su pecho, el turbante de colores que oculta su cabeza , realzan el moreno rostro , de purpúreos lábios, de blancos dientes, de rosadas megillas, de espesas cejas, de negros ojos, velados por larguísimas pestañas , de espaciosa frente, desde cuyas sienes se desprenden como las sombras junto á los astros, dos trenzas lustrosísimas que van entre sus rodillas á perderse. El aire que agita con su danza , y que llena con sus cánticos , orea mi frente y alivia mis dolores, porque mi hija es hoy mi alegría, y sus hombros serán de mi vejez apoyo, como su oracion en mi muerte la única esperanza.

ORIEL (*para sí*).

Si el esclavo pudiera alzar hasta ella los ojos...
Cuántas veces, limpiando los camellos ó moliendo el trigo, he oido sus cánticos, y al oirlos he quedado fuera de mí, absorto, y no he sentido ni el

peso de mi dolor, ni el peso de mis cadenas. No mira la estrella á la estrella como yo la miro á ella. No cuida el ave de su nido como cuido yo de su casa. Los manantiales se agotarán, y no mis lágrimas, que corren abundosas, cuando presiento el dia en que vendrá su prometido á llevarse-la á otra tienda para que adorne otro lugar. Yo en mi desgracia encontraria un alivio siendo eternamente su esclavo. Mas no puedo, no, decir una palabra. Encierro mi amor tan profundamente como la tierra el oro. No le es dado al esclavo ni amar.

LA HIJA DE JEPHÉ.

Ancianos de Israel, sed bien venidos. La mano de Jehová os guia y sus lábios infunden en vuestros lábios las sagradas palabras que habeis dicho á mi padre, al fuerte, al guerrero Jephé. Los montes saltan de gozo, los bosques se estremecen de alegría, cuando ven que la espada de Josué y de Gedeon va nuevamente á brillar sobre los hijos de Israel, esgrimida por mano de Jephé. Temblad, principes ammonitas, en vuestros altos tronos; temblad, dioses ammonitas, en vuestros espléndidos altares. La cólera del guerrero os de-

vorará, os consumirá, os aniquilará como el fuego al seco heno. Con mis manos he amasado el pan sin levadura y he escogido el corderillo sin mancha para ofrecer holocáustos á Dios, que ha señalado á mi padre, el amado de mi corazón, entre sus predilectos. Ancianos, venid, venid á reposaros en mi tienda. Los odres llenos están de leche, el hogar de tortas, y á su puerta humea un novillo que os repartiré en pedazos, porque sois los enviados de Dios y los huéspedes de mi casa. Yo seguiré á mi padre hasta su tribu. Mientras él combata por Jehová yo oraré de rodillas ante Jehová. Y á su valor y á mis oraciones Jehová dará la victoria.

IX.

LOS GUERREROS DE JEPHÉ.

La hora de la batalla suena. El sol tiene color de sangre. El viento del desierto vibra y parece el resoplido de millares de tigres. Nuestras armas vibran, como hambrientas de matanza. Israel va nuevamente á combatir con los tiranos. Israel va nuevamente á derribar los Faraones. Dios de Israel, no abandones á tu pueblo. La sangre, que corra, corre en tu holocáusto. Las víctimas, que caigan, caen sobre el ara de tus sacrificios. Dadnos, Señor, dá á tu pueblo como en la salida de Egipto, dadle la victoria.

JEPHÉ.

Esclavo, cuenta nuestros enemigos. ¿Los ves allá bajo? ¿Son muchos?

ORIEL.

He perdido la cuenta. Innumerables son sus armas, é innumerables sus camellos. Gritos de rabia salen de sus fuertes gargantas, y relámpagos de rabia fulminan sus airados ojos. Los amonitas han sido siempre un pueblo lleno de ira y de coraje.

JEPHÉ.

Jehová, Jehová, no abandones tu siervo en la hora suprema del combate. Tu pueblo no es digno de tí, porque en su corazón han como de tropel entrado todas las pasiones; y en su memoria se han como nieblas desvanecido todos los recuerdos de tus misericordias. Paréceme, Jehová, que veo tu ceño airado y que oigo el bramido de tu cólera implacable. No trates á tus escogidos segun sus pecados, trátalos segun tu misericordia. Yo estoy dispuesto á mostrarte que reservo para tus altares las más preciadas víctimas, y que te consagro el humo de los mayores holocáustos. Mi corazón flaquea, mis ojos se cierran, tiemblan mis manos y salta el corazón fuertemente en el pecho. Yo te ofrezco un voto que cumpliré sagradamente. Es

la promesa de mi agonía, es el juramento en visperas de un combate que puede ser mi muerte, y la muerte, Señor, de tu pueblo escogido, del pueblo de Israel. Si caen los ammonitas en mis manos, prometo degollar sobre tus aras la primera persona que salga á esperarme á mi puerta, sea, Señor, sea quien fuere.

ORIEL.

Háse empeñado la batalla. Corren las tribus de Israel, como los leones despojados de sus cachorros. Las tribus de los ammonitas defienden sus hogares como defienden las águilas sus nidos. Pero las selvas y las ciudades humean. Los riscos caen como si un terremoto los desgajara. Los torrentes se aumentan por la sangre henchidos. Y el esclavo, en medio de esta catástrofe, sostiene su consigna: guardar sólo, entregado á sus fuerzas, la tienda de su amo. Jephthé, ¿qué voto has hecho? ¿Es tu Dios un Dios cruel y antropófago? ¿No le llaman el Dios de la justicia? ¿No dicen que sostiene y alimenta las avecillas en el aire, los insectillos en el polvo? Irán á ofrecerle víctimas humanas? El primero que salga anheloso por celebrar las victorias, por saludar al héroe, ese mo-

rirá. ¿Dónde, dónde está, israelitas, vuestra justicia? ¡Qué sudor frio me sobrecoge! Cuantas veces Jephthé ha vuelto de alguna expedicion á su casa, la primer persona que ha salido á esperarle ha sido su hija... Los ojos se me nublan de sangre, y el corazon se me parte en pedazos. Nadie sabe el culto que yo guardo en mi corazon por esa hermosísima virgen. Si al llegar fuese ella la primera en salir á la puerta... no quiero ni aún imaginarlo. Pero hay un medio. Yo, yo iré á Maphá, yo me instalaré á la puerta, yo seré el primero en recibirle y suludarle, y en vez de inmolar á su hija, inmolará á su esclavo. Con esto quitaré al corazon de Jephthé un gran dolor y guardaré á la tierra un gran ornamento. ¡Yo la amo tanto! Extasiarme en la contemplacion de sus negros ojos y de su moreno rostro; respirar el aire embalsamado por su aliento; oir, siquiera sea de léjos, los latidos de su pecho; amar, aunque no sea amado, amar como en el mundo no se ama, sin esperanza, en la seguridad de que otro sér y no yo, será por su corazon escogido; hé aquí el único triste, pero seguro consuelo de mi existencia. Y tiene tan escasos consuelos el esclavo! Sea yo, pues, el sacrificado. Abandone yo el campamento, olvide la consigna, y vaya derecho al sacrifi-

cio. Dueño del pobre siervo, debía aborrecerte y te amo. Debía maldecir tu progenie y la adoro. Debía guardar el más aguzado hierro para clavarlo en tu corazon, en el corazon de tus hijos, y me ofrezco en holocáusto para que tus hijos no perezcan. Huyo, huyo. Que se salve, que se salve ella del implacable voto, y del Dios implacable.

X.

LOS GUERREROS DE JEPHÉ (*en torno de su tienda*).

Jehová oyó nuestra súplica, Jehová misericordioso. Las gentes de Amnon eran muchas, y amenazaban tragarnos. Pero sopló Dios contra ellos su ira, y se dispersaron como las nubes al viento. Ya no tienen ciudades, quemadas por nuestras teas. Ya no tienen ganados, muertos por nuestras cuchillas. Ya no tienen nación, dispersa por nuestras victorias. Ya son esclavos, y sólo esclavos de nuestro poder. Se han renovado las maravillas de la salida de Egipto. Se han cumplido de nuevo los milagros que nos contaran nuestros padres. Gracias sean dadas á Jehová que ha vuelto por su pueblo, y á Jephé que ha sido el brazo de Jehová.

JEPHÉ.

Hemos vencido. Los hijos de Amnon , que estaban á punto de ser nuestros amos , se han convertido en nuestros esclavos. Pero esta victoria, que hemos milagrosamente conseguido , no la debemos á nuestros esfuerzos, la debemos á Jehová. Antes de entrar en batalla le he ofrecido un voto que voy á cumplir implacablemente. Le he ofrecido que si triunfábamos, la primer persona , sea quien fuere, que, al volver, se presente á la puerta de mi casa, sea inmolada.

LOS ANCIANOS DE ISRAEL.

Jepthé, Jepthé, ese es un voto temerario. ¿Has pensado quién podria salir primero á la puerta de tu casa?

JEPHÉ (*palideciendo*).

Dios mio, Dios mio, mi hija. Aparta, Señor, de mí este pensamiento. No puede ser. No debe ser. Sí, saldrá un esclavo, saldrá una esclava. Mi hija, mi hija no saldrá. En el terror que me inspiraba la proximidad del combate, me he olvidado de

ella. Jehová, Jehová, ten compasion de tu siervo.

LOS ANCIANOS DE ISRAEL.

El voto es temerario , pero inviolable. Lo has ofrecido, y no tiene remedio; hay que cumplirlo. Si por la vida de una sola persona se ha salvado un pueblo, es necesario que esa vida desaparezca como ténue nube de humo sobre el ara de Jehová. Así procedieron nuestros padres ; así debemos proceder nosotros. En la santa alianza que hemos pactado con Dios, Él ha cumplido todas sus promesas; cumplamos nosotros todas las nuestras. Los ammonitas han muerto por tu voto ; cúmplase tu voto.

JEPHÉ.

Se cumplirá. La primer persona que en Maphá salga á la puerta de mi casa, creedlo, será inmolada, será ofrecida en sacrificio á Jehová y degollada sobre el ara. Mas que no sea esa persona mi hija.

VARIOS SOLDADOS (*trayendo atado á Oriel*).

Jepthé, tu esclavo habia desertado, y lo hemos cogido camino de Maphá.

JEPHÉ.

¿Has desertado? Ingrato. En mi casa te traté siempre, segun la ley de Dios. Pero ¿cómo has desertado camino de Maphá? Si querias salir de nuestro dominio, debiste tomar, ó el desierto, ó la montaña. Pero el camino de las ciudades de Israel, llenas hoy de tropas. ¡Qué insensato! ¿Por qué, por qué has tomado camino de Maphá?

ORIEL.

Dueño mio, no puedo decírtelo.

JEPHÉ.

Pues yo tampoco puedo evitarte un castigo. Soldados, azotadlo, y luego imponedle la pena más leve que el Código de Moisés reserve al esclavo desertor. Este dia es dia de regocijo. ¿Quién, quién saldrá primero á mi puerta?

XI.

LOS HABITANTES DE MAPHÁ.

Ya viene el gran general. Convirtamos nuestro corazón todo entero en su hogar, y vinculemos su memoria en la conciencia y en la memoria de nuestros hijos. Éramos siervos y Jephthé nos ha redimido. Estábamos desposeídos de nuestras riquezas y Jephthé nos ha en nuestras riquezas reintegrado. A sus manos debemos la reedificación del templo de Jehová; y á su espada debemos la salud de la pátria. Sólo tiene una hija, vírgen como el ampo de la nieve sobre la montaña, y hermosa como la flor cargada de rocío en el alba. La luna de Enero no es tan clara como su rostro, ni la primer estrella de la tarde tan luminosa como el resplandor de sus ojos. Buscaremos para su lecho el mancebo más jóven y más hermoso de todo Israel. La dotaremos con riquísimos presentes.

Y en ella, en su familia, en su descendencia, honraremos al vencedor de los hijos de Amnon, al salvador de los hijos de Israel.

CORO DE CAUTIVOS.

Nuestros jefes nos habian ofrecido que serian esclavos nuestros los hijos de Israel y por concubinas nuestras sus hermosas hijas. Habíannos dicho que apuraríamos su vino en los vasos de sus templos, y que convertiríamos sus joyas en riquezas de nuestras arcas. Y somos cautivos. Y el hierro oprime nuestros piés, y el látigo chasquea sobre nuestras cabezas. Y venimos aquí en testimonio del valor y de la fortuna de su general Jephthé, á quien todavía debemos agradecer que nos haya hecho cautivos adscritos á su servicio, y no víctimas inmoladas sobre las aras de su Dios.

CORO DE GUERREROS.

Los hijos de Amnon eran como las hojas de las selvas, como las arenas del desierto, como las gotas de agua en los mares. Cuando nos acercábamos á ellos creíamos que nos sumergirian pronto

en su inmensa muchedumbre. Pero Jephthé se puso en oracion y Dios ha oido á Jephthé.

JEPHÉ.

Yo agradezco á vencedores y á vencidos sus alabanzas. Pero no debeis, no, alabarme á mí, sino á Jehová que vino en nuestro socorro. Sólo Dios es vencedor, porque sólo Dios es fuerte.

ANCIANOS DE ISRAEL.

Jephthé, vamos á conducirte á tu casa. Allí instrumentos de todo género halagarán tus oidos, aromas riquísimos purificarán tu cuerpo, y aguas clarísimas lavarán tus piés heridos por las espinas de las batallas.

JEPHÉ.

¿Qué decis? ¿A mi casa? ¡Oh! El funesto voto.... La sangre me hierva. Los ojos quieren saltarse de las órbitas. Se me rompe el corazon dentro del pecho. ¿Por qué, por qué no fui vencido?

ORIEL (*arrojándose á las plantas de Jephthé*).

Perdona mi desercion. Quitame estas cadenas. Déjame andar, correr. Yo sé cuál es mi destino. Quitame estas cadenas. Desátame del carro de guerra á que voy atado ; te lo pido por tu Dios, te lo pido por tu hija.

JEPHÉ (*siguiendo su camino*).

Aparta, esclavo, aparta. No me cierres el paso.

EL PUEBLO (*encaminándose á casa de Jephthé*).

Óyese ya ¡oh guerrero! una dulce melodía que llena los aires. Son los címbalos y los salterios que consagra tu hija, la hija de tus entrañas á la victoria de su padre.

CORO DE DONCELLAS (*dentro de la casa*).

Alabad al Señor desde el matiz que tiñe las alas de la mariposa hasta la luz que llevan las estrellas en su dorada superficie. Alabad al Señor, hisopo del desierto, adelfa del torrente , encina de los valles, cedro de los montes. Alabad al Señor,

luciérnagas perdidas en los torrentes y soles perdidos en los abismos. Alabad al Señor la alborada y el anochecer, los crepúsculos y el mediodía. Alabad al Señor los vivos, alabad al Señor los muertos, alabad al Señor desde el vientre de vuestras madres, generaciones que estais por nacer. Que el vapor de las aguas, que el rocío de las nubes, que la oracion de los creyentes, mezclándose con la mirra y el incienso alaben al Dios de las misericordias.

JEPHÉ (*mirando con anhelo á la puerta*).

Nadie, nadie á la puerta demi casa. ¡Ah de mis esclavas!

LA HIJA DE JEPHÉ (*sabiendo sola á la puerta*).

Padre. Padre, padre mio.

JEPHÉ (*cayendo de espaldas*).

Me han muerto. Mi hija; maldicion, maldicion....

LA HIJA DE JEPHÉ.

La alegría de haber visto á su hija despues del combate, en que vuelve, como yo esperaba, vencedor, le ha robado el sentido. Demos agua fresca á sus sienes; demos esencia de nardo á sus labios; demos á sus piés besos de filial amor.

JEPHÉ (*volviendo en si*).

Hija mia, ¿ por qué saliste sola á la puerta, por qué?

LA HIJA DE JEPHÉ.

Porque nadie debia verte en tu casa antes de que te viera tu hija; porque nadie debia hablarte antes que tu hija te hablara. Yo habia empapado con mis lágrimas el suelo del hogar durante tu ausencia. Yo habia importunado á Dios con mis oraciones durante tu combate. Yo habia sentido, como si un celeste ángel viniera á decírmelo, tu excelsa victoria. Yo he recorrido la tribu cantando y danzando con mis compañeras, como María al pié del Sináí. Y yo he querido ser la primera en saludar á mi amado padre, y en abrirle las puertas de su casa.

JEPTHÉ.

¿Por qué no me vencieron los ammonitas? ¿Por qué no hicieron trizas mi cuerpo, y lo entregaron á los lobos y á los cuervos? Yo no hubiera padecido tanto como ahora padezco. Me muerden todas las penas juntas el corazón. Me lo arrancan á pedazos. Mis entrañas están laceradas, mi cabeza consumida. Jehová, Jehová, mátame, mátame pronto.

LA HIJA DE JEPTHÉ.

¿Delira? La alegría le ha robado la razón.

JEPTHE.

No, hija mía, hija de mi corazón. No es la alegría; es el más intenso, el más rabioso de los dolores que ha sentido hombre. En dos minutos la piel se me ha adherido á los huesos calcinados. Ardo, y muero en medio de las mayores angustias. La hiel brota en mis labios y la luz se retira de mis ojos. ¿Por qué, por qué habré nacido?

LOS ANCIANOS DE ISRAEL.

Ha hecho á Dios un voto horrible, pero un voto que debe cumplirse. La palabra dada á Jehová es una palabra irrevocable. Tú ofreciste la víctima, y Jehová la ha señalado. Cúmplase en el cielo y en la tierra su voluntad soberana.

LA HIJA DE JEPHE.

No os comprendo. Hablad claro. Nada me aterra como el dolor de mi padre.

JEPHE.

Dios de Israel, ¿no podias preservar á este padre infeliz de tanto horror como preservaste á Abraham?

LA HIJA DE JEPHE (*cubriéndose el rostro con las manos*).

Todo lo comprendo. Dios me ha escogido como victima expiatoria de los pecados de toda mi tribu. ¡Morir, morir tan jóven! Cuando la victoria sonreia á mi padre, cuando la libertad á mi pue-

blo, cuando el primer amor á mi corazon, llega la implacable exigencia del sacrificio. Jehová, Jehová, ten piedad de mí.

JEPHTE.

Hija mia, ya es hora de que sepas tu desgracia y mi desgracia. Rasgadas están mis vestiduras, pero no como tu corazon, no como mis entrañas. Pasaba yo por la extranjera tierra, cuando de pronto, se presentó á mí el ejército enemigo. Medí de una ojeada su fuerza y nuestra fuerza. Ellos eran innumerables, nosotros pocos. Entonces creí que nada podríamos hacer sin el auxilio inmediato, instantáneo de Dios. Y le ofrecí un sacrificio. Le ofrecí inmolar en sus aras la primer persona que al tornar vencedor saliese á recibirme á la puerta de mi casa. Y has salido tú, mi única hija. Has salido tú, mi consuelo ayer, mi vida hoy, mi única esperanza mañana. Has salido tú, la virgen más bella de Israel. No puedo, no, revocar mi voto. Por él obtuvimos la victoria. Por él dispersamos á los ammonitas. Por él tenemos pátria. Sin su cumplimiento volverá Israel á una esclavitud peor que la esclavitud de Egipto, y sus hijos serán siervos, y meretrices del vencedor sus hermosas hi-

jas. Pero has sido bien cruel tú, bien cruel, presentándote la primera ante tu triste padre.

LA HIJA DE JEPHTHÉ.

Padre, padre mio.

JEPHTHÉ.

No me llares así ; me partes el corazón en mil pedazos.

LA HIJA DE JEPHTHÉ.

Padre mio....

JEPHTHÉ.

Nombre dulcísimo, que debe resonar en su corazón horriblemente.

LA HIJA DE JEPHTHÉ.

Padre, padre, que la voluntad de Dios sea cumplida.

LOS ANCIANOS DE ISRAEL.

Bendita sea mil veces la familia de Jephthé. Bendito su padre Galaad ; bendita hasta la impura madre que le engendró en sus entrañas. Bendita la hija virginal y purísima que en holocausto se ofrece por todo el pueblo de Israel. Que lo juzgue, que lo dirija, que lo gobierne Jephthé, héroe entre los héroes, mártir entre los mártires.

CORO DE GUERREROS.

Jephthé es el salvador de Israel. Sus oraciones han traído á Jehová con nosotros. Su brazo ha dispersado léjos de nosotros á los ammonitas. Sus votos religiosos aseguran la alianza de Jehová con su pueblo. Y, al ofrecer su hija en holocausto, ofrece todo su corazón por su pueblo. Alabad á Jephthé por generaciones de generaciones, hijos de Israel.

CORO DE VÍRGENES ISRAELITAS.

Benedicid, pueblos; bendicid, generaciones venerables, á la hija de Jephthé. Más hermosa que la luna nueva, más benéfica que la nube cargada de

rocío , sus gracias son el ornamento de Israel. Cuando ella canta, las aves del cielo suspenden su cántico por oirla. Cuando dirige sus oraciones al Eterno, hasta las estrellas rezan con sus palabras. ¡Cuántas veces, al morir el sol en las tardes tranquilas de la primavera, hemos subido á las colinas sembradas de lirios, y entre los címbalos , las cítaras , los salterios, ha danzado una danza sagrada, y ha dirigido á Dios sus oraciones en las cadencias de misteriosas melodías. Las palomas de las valles que venian á beber al manantial, antes de recogerse, paraban su vuelo, y oían aquel cántico lleno de una melancolía parecida á misterioso presentimiento. Hija de Jephthé , ceñiremos á tus sienes guirnaldas de puras flores. Tegeremos para envolver tu cuerpo blanco cendal de lino. Empaparemos en la púrpura de tu sangre nuestros mantos , y los dejaremos como enseñas á las venideras generaciones. Y todos los años, en el aniversario de tu sacrificio, irá Israel entero á recordar tu virtud, y á cantar tu hermosura, para que el recuerdo de tu nombre jamás se extinga.

UN JÓVEN GUERRERO.

Jepthé , Jepthé. Yo amaba á tu hija, y tu hija me amaba á mí. Yo fui á la guerra contigo, y cuando me veias á tu lado distinguirme entre todos, distinguíame para decirte que la amaba , y que me permitieras llevarla á mi tienda, llamarla mi esposa y tener en ella hijos que á tí y á los tuyos se pareciesen. Morena es tu hija, porque el sol la ha besado ; y son sus lábios como manojos de mirra. A la yegua del desierto la he comparado en lo esbelta ; y á la cabra del monte en lo ligera. Su voz halaga el oido como el arrullo de la paloma ; y sus ojos repiten los objetos como las claras aguas del lago. Cuando me veias con la agilidad del gamo correr al encuentro del enemigo ; y con la furia del tigre saltar sobre sus lomos para acabarlos ; y con la fuerza del leon esparcirles en tierra, la victoria que yo soñaba era la victoria de llamarme tu yerno , y el premio que yo queria era arrastrar tu hija, la hija de Jepthé, entre los brazos á mi lecho. Yo atravesaba los montes, saltaba los collados por verla un momento. Y ahora que estamos en la victoria, y en la estacion de la vida ; ahora que se oye la voz de la tórtola , que brota la espiga del maiz , que la hi-

guera ofrece sus frutos destilando miel, y la vid sus ubérrimos racimos, ahora viene el sacrificio, la muerte. Mátame á mí, si quieres; mátame á mí. Pero déjala á ella, deja á mi amada, para que dé hijos dignos de Jephthé al pueblo de Israel.

CORO DE MANCEBOS.

Eran como la rosa y el lirio. Ella tierna, llevaba la oracion y el cántico en sus lábios; él fuerte llevaba la espada tinta en sangre enemiga sobre su pierná izquierda. Nosotros hubiéramos fabricado de cedro el lecho de sus amores y tejido las coronas de los desposorios. Al verlos sonreir, los collados hubieran evaporado todo su incienso para perfumarlos. En los montes del Libano hubieran pasado los dias primeros de su boda, para engendrar en las madrigueras de los leones y entre los nidos de las águilas un primogénito fuerte como el roble y como el cedro. Panales destilando rica miel, cestas llenas de granadas, odres rebosando blanca leche, tarros henchidos de unguentos olorosos, hubiéranse reunido en sus bodas, y ánforas de vino que nos embriagaran á nosotros de alegría, como á ellos dos, jóvenes y hermosos el amor los embriagaba de placer.



JEPTHÉ.

¡Oh furor!

LOS ANCIANOS.

No tienes á Dios.

JEPTHÉ.

Me muero, me muero de pena.

LOS ANCIANOS.

Resignate á la voluntad de Dios.

JEPTHE.

No cumpliré mi voto.

LOS ANCIANOS.

Calla, calla.

JEPTHE.

No lo cumpliré. Muera yo, muera mi pueblo.

LOS ANCIANOS.

No digas eso, desgraciado. Dios la castigará cruelmente. Dios la consumirá con su fuego. Dios no puede quedarse sin su víctima.

JEPHE.

Es verdad, es verdad.

LÓS ANCIANOS.

Pues si es verdad, ¿á qué lamentaciones inútiles?

JEPHE.

Los padres habeis tenido hijos, y extrañais que me lamente. Si pudiera enseñaros mi corazon os horrorizariais al ver la inmensa llaga que lo cubre.

LOS ANCIANOS.

Dios te consolará.

JEPHE.

Dios puede matarme , Dios puede devolverme la vida. Lo que no puede Dios , no , es consolarme.

LOS ANCIANOS.

Jepthé, no blasfemes.

JEPHE.

¿Hay mayor blasfemia que matar un padre á su hija?

LOS ANCIANOS.

La de ofrecer ese voto á Dios y no cumplirlo.

JEPEHE.

Si no puedo.

LOS ANCIANOS.

¿Y podrás ver á tu pueblo esclavo?

JEPHÉ.

Si.

LOS ANCIANOS.

¿Y podrás ver nuestras mujeres conducidas en los carros del vencedor?

JEPHÉ.

Si.

LOS ANCIANOS.

¿Y podrás ver el ara de nuestro Dios destruida?

JEPHÉ.

Si.

LOS ANCIANOS.

¿Y podrás ver tu hija devorada por el fuego del cielo, maldecida hoy por Israel, maldecida eternamente por el Dios de tus padres?

JEPHÉ.

No, no.

LOS ANCIANOS.

Pues máatala; mata á tu hija.

LA HIJA DE JEPHÉ.

Yo ofrezco mi cuello á la cuchilla. Mátame.

JEPHÉ (*retrocediendo horrorizado*).

¡Oh funesto voto! ¡Voto funestísimo! Israel, Jacob, Moisés, ¿qué hubieras hecho?

LOS ANCIANOS.

Cumplir las promesas hechas á Dios.

JEPHÉ.

¿Y no bajará el ángel que detuvo la mano de Abraham al querer consumir un sacrificio no tan cruel como este sacrificio?

LOS ANCIANOS.

No descendiera, no, si Abraham hubiera mostrado la indocilidad á los mandatos divinos que tú has mostrado.

LAS VÍRGENES DE ISRAEL (*de rodillas ante Jephthé*).

Doloroso es el sacrificio, pero indispensable. Lo ha oído el cielo, y Dios lo ha aceptado. La más hermosa de las doncellas de Israel va á ser sacrificada, porque así lo quiere la voluntad del Eterno. A nosotras sóloamente nos toca reconocer su providencia y acatarla en la expresion de todos sus mandatos. La presencia de tu hija entre nosotras era como la presencia del áura primaveral en los campos. Sus ojos parecian como el sol de luminosos, y de melancólicos cual la luna en el desierto. Sus cánticos subian al cielo como espesa nube de incienso, y bajaban sobre nuestros corazones como el rocío sobre el terruño sediento. Cuando agitaba con su flexible talle el aire en las danzas religiosas, sentíamos oreados nuestros rostros por un aliento divino. Mil veces, al anochecer, su oracion guiaba nuestras oraciones y en su voz se confundia con el arrullo último de la palo-

ma al borde de la fuente, y con el cántico primero del ruiseñor que saludaba desde los sicomoros la estrella de la tarde. Huérfanos quedan nuestros corazones; pero, Jephthé, Jephthé, Dios así lo quiere.

JEPHTE.

¡Oh dolor de los dolores! Maldito sea el momento en que mi padre sintió hácia mi madre la primer inclinacion. Maldita la negra hora en que fui engendrado. Maldita la luz que por vez primera quemó mis párpados. Un sepulcro en el vientre materno hubiera sido para este mortal infortunado la dicha de las dichas. ¿Para qué nacemos, para qué, sino para buscar por todas partes con deseos, con esperanzas, con invocaciones al porvenir, la huesa del eterno sueño, como el avaro que cava en la tierra con grandes golpes para buscar un tesoro? Sáquenme, si quieren, del número de los vivientes. Bórrese de la humana memoria el dia en que nací, como se borra del aire el instantáneo vuelo del ave. Considérenme los nacidos como si nunca hubiera existido, y sumérgame el tiempo allá en la tierra donde las cenizas de unas generaciones se hallen acumuladas sobre las cenizas de otras generaciones, y todas duer-

men juntas y confundidas, hechas polvo, bajo el mismo reposo y en el mismo silencio.

LOS ANCIANOS.

Infeliz, blasfemas. ¿Dónde llevarás á tu hija que no la persiga el fuego de la cólera celeste? Morirá bendecida si muere por los mandatos de Dios; morirá devorada por la cólera celeste si muere contra sus mandatos. Desobedeces á Jehová y matas á tu hija. Desobedeces á Jehová y sacrificas á tu pueblo. La hora será maldecida en que triunfaste. Y el pueblo pondrá tu nombre y el nombre de tu hija entre las sombras maldecidas, cuando debía ponerlos entre las estrellas del cielo.

LA HIJA DE JEPHÉ.

Padre mio. Yo preparaba el hogar para recibirte vencedor. Yo apercibia los odres de leche, los panes ázimos, los corderillos immaculados para ofrecer sacrificios á Jehová y banquetes á los ancianos de nuestras gloriosas tribus. Yo hilaba ya la lana, blanca como el ampo de la nieve, para mi túnica de desposada. Mis megillas se habian cubierto de carmin, mis ojos de éxtasis, mis en-

trañas de conmovedores afectos al ver pasar un jóven guerrero. Yo pensaba pedirte para él y para mí tus santas bendiciones. Pero yo renuncio á la felicidad de ser hoy tu hija y á la felicidad de ser mañana la madre de tus nietos, con tal que tú cumplas el voto ofrecido á Jehová para que sea su voluntad cumplida en la tierra y en el cielo. Yo prefiero morir sobre el ara santa, entre el humo del incienso, con el frio cuchillo á la garganta, y el cántico sagrado al oído, bendecida por mi pueblo y sus sacerdotes, con la fè y la esperanza en el corazon; yo prefiero morir á vivir fuera de mi pueblo, apartada de todos como el leproso en el desierto, entre maldiciones, sin esperanza siquiera de acogerme en el seno de una divina esperanza, ni mirar á las alturas en demanda de un consuelo.

JEPHÉ.

Hija mia, cúmplase la voluntad de Dios y tu propia voluntad.

EL PUEBLO (*de rodillas*).

Alabado sea Jehová, alabado eternamente. Jep-

thé, despues de haber vencido á los ammonitas, se ha vencido á sí mismo. Una víctima, Jehová, digna de tu grandeza y de nuestro pueblo, morirá sobre el ara santa. Aspira el olor que salga del humo de sus carnes calcinadas, y envíale en cambio bendiciones y bendiciones sobre tus hijos, sobre el pueblo de Israel. Vamos, Jephthé, vamos al sacrificio; tu sangre será bendecida eternamente, y las virgenes de Israel consagrarán una festividad eterna á llorar la virginidad de tu hija malograda para el mundo, pero eternamente bendecida en el templo de nuestro Dios.

XII.

ORIEL (*solo*).

¿Cómo el esclavo creará en vuestros dioses?
¿Cómo su corazón podrá abrirse á vuestras creen-
cias? Una divinidad implacable admite el voto de
un hombre en delirio. Este hombre ofrece el sa-
crificio de la primer persona que salga á recibir-
le á la puerta de su casa. El corazón de un esclavo
presiente lo que no ha sentido el corazón de
un padre. Ha visto mil veces pasar ante sus ojos
la figura hermosísima de la hija de Jephthé. Allá,
en el fondo de su sér, ha experimentado extraño
sentimiento de inclinación hácia esa casta y divina
virgen, cuyos ojos tienen un rayo de luz para es-
tas tinieblas; cuyos lábios tienen una palabra de
consuelo para estos dolores. Quiere adelantarse,
ofrecerse al sacrificio, y se lo impiden las bárba-
ras leyes, las bárbaras costumbres que lo conde-

nan á no tener propia voluntad. Y al llegar se encuentra Jephthé con su hija. Si el Dios de mis señores fuera ese Dios de justicia que ellos invocan, preferiria á recibir el vano humo de inútil holocáuste devolver una hija querida al corazon de su triste padre, cuyo dolor y cuyo arrepentimiento no pueden medirse. Pero no, quiere aspirar el vapor del holocáusto; quiere ver la sangre virginal disipándose en nubes por los espacios infinitos; quiere recibir un sacrificio semejante al que recibian en sus aras empapadas de sangre los dioses antropófagos. Y el sacrificio se consuma en este momento. Tres meses han corrido las virgenes de Israel por los montes y los valles demandando piedad para la hija de Jephthé. Tres veces cada dia han resonado los ecos de sus plegarias. Pero el sordo Dios no ha enviado uno de sus ángeles á impedir esta inmolucion espantosa. Y se acercan ya al sacrificio. Van delante los címbalos, las arpas, los salterios, celebrando con melodiosas cadencias este acto inhumano, cual si fuera un acto religioso. Van luego las virgenes de Israel, que danzan con una alegría tan loca cual, si en vez de ir á presenciar el suplicio de una virgen inocente, fueran á presenciar sus desposorios. Los ancianos de Israel, con sus báculos en la mano,

entonan una salmodia triste y uniforme como el ruido del viento que se estrella en las arenas del desierto. Vienen luego los levitas con sus túnicas sacerdotales, llevando los instrumentos del sacrificio. Detrás viene la víctima apoyada en su padre. Jephthé está demudado. El dolor ha encanecido sus cabellos, ha surcado su rostro, ha extinguido el resplandor de sus ojos marchitos. De vez en cuando su cuerpo dá un sacudimiento como el cedro que la tempestad ha herido; y el silencio de su pecho se interrumpe con prolongados gemidos. Su hija triste, pero resignada, parece no sentir otro dolor sino el dolor de aquellos que la rodean. Sus ojos ya se convierten al cielo, ya al rostro del demudado padre. Este se coloca en el altar, coge febrilmente una cuchilla, agarra á su hija, que levanta los brazos al cielo, y echa hácia atrás la cabeza ofreciendo desnuda su garganta, y desnudo su pecho, desgarrá el corazón, que lanza un gemido horrible al partirse en dos pedazos; y arroja al suelo el cuerpo virginal, cayendo él de espaldas como si también hubiera muerto. Los ancianos y los sacerdotes recogen el cuerpo, lo echan á la hoguera; y aquellos huesos, aquella sangre, aquellas carnes que formaban la más hermosa criatura de Israel, se desvanecen pronta-

mente en blanquecinas nubes. Gózate, Dios de Israel, en tu obra. El esclavo, este esclavo, que acaso tú no descubrirás, perdido como está en los abismos de la tierra, el esclavo te echa en rostro tu injusticia y execra tu crueldad implacable.

XIII.

SAMUEL.

¿Quién eres?

ORIEL.

Soy aquel á quien todos desconocéis y necesitáis.

SAMUEL.

¿Quién eres?

ORIEL.

Soy la piedra negra del hogar, el azadon del trabajo, el buey de carga, el sacrificado, el inmolado etérnamente en todas las aras bajo las bóve-

das de todos los templos. Han pasado los guerreros y me han herido con sus lanzas. Han pasado los sacerdotes y me han contado entre las bestias destinadas al sacrificio. Han pasado los reyes, y me han hecho extender los lomos para que sirviese de piedra angular á sus soberbios sólios. Y sin embargo, yo soy la actividad, yo soy la vida, yo soy la fuerza creadora, yo soy la inteligencia que ha continuado la naturaleza, porque yo, yo soy el trabajo.

SAMUEL.

Dios me ha hecho profeta, y no comprendo sin embargo, tu lenguaje. ¿Quién eres ó qué eres?

ORIEL.

Soy tu siervo.

SAMUEL.

¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Dónde naciste?
¿Dónde has vivido?

ORIEL.

Como no he vivido nunca ¡oh! nunca he muerto. Mueren los seres que viven. Yo soy la piedra fria que la ola arroja y recoge de la playa. Soy como el mineral inerte. La añosa encina vivirá siglos, pero al cabo se deshojará á su lado, mientras el mineral continuará allí, azotado por la lluvia, por el rayo, abrasado por el calor, helado por el frio, á todos los sacudimientos de la vida sumiso, á todós los influjos de la atmósfera pasivo y obediente. No vive, es verdad, pero tampoco muere.

SAMUEL.

Tienes, siervo, bien extraño lenguaje.

ORIEL.

No lo comprendes tú ahora; mas algun dia lo comprenderán los pueblos. Y vuestros dioses, y vuestros templos serán juzgados por el siervo y maldecidos ó bendecidos segun la sentencia del siervo.

SAMUEL.

¿Qué dices? Yo no te comprendo. ¿Eres algun loco? ¿O eres algun sábio que llega del extremo Oriente?

ORIEL.

Soy la eterna sombra de todos vuestros errores; soy el eco eterno de todas vuestras injusticias. Soy el siervo. Me han cogido como se coge una presa en la caza. Me han atado como se ata una fiera en la selva. Me han traído como se trae un fardo. Me han ofrecido á este templo como se ofrece un vaso para el altar ó un buey para el sacrificio. Soy tu siervo. No me preguntes nada. No me digas nada. Moverme al compás de tu voluntad; hé ahí mi destino.

SAMUEL.

Pero allá en tu sér hay aspiraciones más altas.

ORIEL.

¿No ves la planta que nace en los abismos ele-

var, elevar su tallo hasta recoger la luz? ¿No ves la alondra que nace en el barro volar, volar hasta bañar sus alas en los matices de la aurora? ¿Y querrás que el hombre no ame la vida, no ame la luz?

SAMUEL.

Mas ¿en qué fias para satisfacer esa aspiracion, para lograr ese deseo?

ORIEL.

Yo he visto tu pueblo, tus tribus de Israel. Yo las he encontrado en el desierto. Yo las he hablado en el cautiverio. Yo he oido sus lamentos cuando el látigo de Faraon chasqueaba en sus oidos. Yo las he visto luego emancipadas, libres, dueñas de su destino, llegar á tener un hogar, á nombrar sus jueces, á erigir su República. Yo creí que un pueblo esclavizado no debia tener cautivos. Pero los tiene Israel, los tiene. Por eso su nombre será maldecido y esclavizados tambien sus hijos.

SAMUEL.

¿Qué dices, blasfemo?

ORIEL.

Yo no os temo. La mayor pena que habeis inventado los hombres ¡ah! es la muerte! Y yo no puedo morir. ¿Qué seria de vosotros si matárais vuestro siervo? Mi dolor es indispensable á vuestra fortuna; mi trabajo á vuestra vida. Mis lágrimas son el rocío de vuestros campos.

SAMUEL.

¿Quereis comparar el siervo hebreo con los siervos de los pueblos idólatras?

ORIEL.

Me importan poco los grados de ignominia; lo que me importa es la ignominia. Me importa poco el peso de la cadena; lo que me importa es la cadena.

SAMUEL.

Te tratamos como á un hijo.

ORIEL.

Como á un animal doméstico.

SAMUEL.

Servirás en el templo de Dios.

ORIEL.

De un Dios que sólo mira á Israel.

SAMUEL.

Vivirás en una república.

ORIEL.

En una república que tú has destruido.

SAMUEL.

¿Cómo, qué dices?

ORIEL.

Si, tú la has destruido.

SAMUEL.

Yo, yo.....

ORIEL.

¿No has hecho hereditaria la magistratura suprema?

SAMUEL.

Es verdad, la he delegado á mis hijos.

ORIEL.

Y tú que eras el gran profeta, el gran juez de Israel, has cometido contra Israel y contra su libertad este delito.

SAMUEL.

Siervo.....

ORIEL.

No te irrites. Ya te he dicho que nada puedo temer de ti, porque soy inmortal.

SAMUEL.

Habla, habla.

ORIEL.

Tus hijos han demostrado ya cuán vano, cuán fatal es el principio de la herencia. Tú has sido un gran juez y ellos han sido unos grandes perversos.

SAMUEL (*cubriéndose el rostro con las manos*).

Es verdad, es verdad....

ORIEL.

Y no se puede arrojar un error en la vida humana sin que toda la vida humana se corrompa y se perversa. Ya verás cómo de esa corrupcion de la república nacerá la mayor calamidad que caer

puede sobre los pueblos, nacerá, profeta, nacerá un rey.

SAMUEL.

¿Un rey? ¿Has dicho un rey? ¿Puede haber para los pueblos calamidad mayor que un rey? Qué-dese idolo semejante para los pueblos idólatras. Israel no tendrá más rey que Jehová.

ORIEL.

¡Cómo te engañas! Los pueblos gustan de ser soberbiamente mandados. El cetro que sobre sus espaldas pesa les parece señal de elevacion y dignidad. El fausto real y el brillo de la corona les deslumbra. Ven la púrpura y no piensan que la han teñido en su sangre. Ven los diamantes y no piensan que los han amasado con el sudor de su frente. Les gusta el brillo, el esplendor, la riqueza que deslumbra. Les gusta en su abyeccion y en su miseria la monarquía. Yo lo he visto eso en mis compañeros los esclavos. La cadena forma parte de su sér. La abyeccion discurre por sus venas. Si fueran libres, acaso morirían. Los pueblos se acostumbran fácil, facilísimamente, á los

tiranos ; y fácil , facilísimamente , los perpetúan , sobre todo cuando la corrupcion los devora.

SAMUEL (*de rodillas*).

Jehová , Jehová , oye la voz de tu sacerdote. Siempre estuve en tus vías , y escuché tus avisos , y cumplí tus mandamientos. Aparta de tu pueblo la calamidad que anuncia ese miserable siervo. No sacaste á Israel de Egipto para que levantara Faraones sobre sus hombros y se entregara á dinastías soberbias como los pueblos idólatras. Separa tu pueblo de las otras naciones , y consérvalo bajo la justicia de sus jueces y en el seno de su república.

ORIEL.

¿Oyes un rumor?

SAMUEL.

Es el viento en los pinos.

ORIEL.

No, es el pueblo en su ira.

SAMUEL.

¿El pueblo?

ORIEL.

Sí, el pueblo que viene á dirigirte alguna súplica. Tiembla.

SAMUEL.

Si me suplica, ¿he de temblar? ¿No soy yo quien puede conceder?

ORIEL.

Los pueblos, cuando suplican airados, se imponen. Sus ruegos son mandatos.

SAMUEL.

Es verdad. El pueblo se acerca.—¿Qué pedís?
¿Qué deseáis?

EL PUEBLO.

Pedimos, deseamos un rey.

SAMUEL.

¿Os habeis cansado de ser libres?

EL PUEBLO.

Sí, si. Queremos un rey.

SAMUEL.

¿Os habeis cansado de tener por único rey á Jehová?

EL PUEBLO.

Queremos un rey á quien nosotros veamos y toquemos y llamemos padre y señor.

SAMUEL.

¿Deliras, pueblo de Israel?

EL PUEBLO.

Queremos, queremos rey.

SAMUEL.

¿Quereis rey? Vuestras libres tribus serán esclavas. Uncidos serán vuestros hijos á los carros del rey como bestias. Al nacer, nacereis ya con la marca de vuestra ignominia, y sereis desde el vientre de vuestras madres hasta el vientre del sepulcro heredad y propiedad de otro, como los terrones del campo, como los borregos nacidos en el ganado. Unos ireis delante de él, como cabestros, y otros detrás de él como récuas. Dispondrá de vuestros caballos y de vuestros caballeros, ya para su regalo y para su córte, ya para su ódio y para sus guerras. Empapareis la tierra con vuestro sudor, y el fruto será para él. Empapareis los campos de batalla con vuestra sangre, y para él será la victoria. Sembrareis, él recogerá el trigo. Vendimiareis, él se beberá el vino. Engendrareis, él sacrificará vuestros hijos. Ya no os llamareis los elegidos del Dios de Israel, sino los eunucos del serrallo del rey. Vuestras hijas deben untarle el cuerpo de aromáticos unguentos, y luego en-

regarse como meretrices á su lascivia. Os repartireis entre sus cortesanos como se reparte y se distribuye una manada. Ya no dependerá ni la vida ni la hacienda de vuestra voluntad, sino de su capricho. Mullid los cogines en que se acueste, lamed las plantas con que pise vuestra cabeza. Dejad que se tienda sobre vuestras espaldas y que haga remos de sus galeras vuestros brazos. La sangre, la honra, el nombre de familia, la herencia paterna, vuestras hijas y vuestras esposas; todo, todo será propiedad del monarca, dueño de Israel como de un prédio. Huid, huid de tamaña ignominia.

EL PUEBLO.

Queremos ser como los demás pueblos, queremos rey que nos dirija en la paz y nos mande en la guerra.

SAMUEL.

Quereis una mordaza para vuestros lábios, un freno para vuestras quijadas, unas argollas para vuestros cuellos, unas esposas para vuestras manos, unos grillos para vuestros piés, la noche en

la inteligencia, la muerte en el corazon, la humi-
llacion ante Dios, la deshonra ante el mundo.

EL PUEBLO.

Queremos rey, cetro y espada.

SAMUEL.

¿Lo quereis? Cúmplase vuestra voluntad.

XIV.

SAMUEL.

Siervo, conoces bien al pueblo de Israel.

ORIEL.

La conciencia del esclavo será algún día la conciencia de la humanidad.

SAMUEL.

¿Qué quiere decir humanidad? ¿Qué significa esa palabra?

ORIEL.

Tú no puedes comprenderla ahora, pero algún día la comprenderán los hombres. Y entonces habrán concluido los esclavos y los reyes.

SAMUEL.

¡Funesta palabra esa palabra rey!

ORIEL.

Tu pueblo te ha encargado de buscar uno , y es necesario que le busques por todas las tribus de Israel.

SAMUEL.

¡Terrible encargo!

ORIEL.

Busca un hombre que sea muy hermoso para que al mirarlo se extasien las mujeres; y que sea muy alto , para que al verlo se crean sus inferiores los hombres. Luego vístelo muy vistosamente. Que su túnica tenga todos los colores del iris, y sea de las telas más crugientes y deslumbradoras. Que su manto de escarlata penda de sus hombros, y sobre el manto á su vez caiga un rocío de oro, una escarcha de plata. Busca el relicario más rico y cuélgaselo del pecho. No estarian

demás algunas campanillas en el relicario. Dos brazaletes de oro macizo deben morderle los puños como dos serpientes. Siébralo de rubíes y de esmeraldas con oriental profusion. Sean sus sandalias cuajadas de pedrería, á fin de que todos deseen ponérselas sobre la cabeza. De su cintura deben caer como arroyos, las perlas y los diamantes. En torno de su garganta deben brillar las más verdes y más grandes esmeraldas. Si tienes á mano algun mejunge no dejes de emplearlo en adobar su rostro, y en teñir sus lábios y sus cejas. Pónle sobre la frente una corona deslumbradora, en la mano izquierda un cetro, en la derecha una espada, y cuelga de cada una de sus orejas un zarzillo como un plato. Y con todos estos disfraces ya tienes, profeta, ya tienes un rey.

SAMUEL.

¿Y qué cualidades morales he de buscar en el rey?

ORIEL.

Ninguna.

SAMUEL.

¿Cómo ninguna? Tienes bien extrañas ideas, siervo.

ORIEL.

Te basta con que deslumbre. No há menester más.

SAMUEL.

¿Un rey no habrá de ser sábio?

ORIEL.

Podrá serlo antes de subir al trono. Pero en el trono perderá toda sabiduría, porque en el trono está condenado á no oír jamás la verdad.

SAMUEL.

Asiento á esa afirmacion tuya, si, asiento de todo corazon.

ORIEL.

Pues examina las demás buenas cualidades hu-

manas y verás que todas son inútiles ó dañosas para un monarca.

SAMUEL.

Ni siquiera le concedes la necesidad de ser virtuoso.

ORIEL.

Bueno fuera; pero es imposible.

SAMUEL.

¿Cómo imposible?

ORIEL.

Si, si, imposible.

SAMUEL.

¿Por qué, por qué?

ORIEL.

Lo has dicho tú en la oracion pronunciada ante el pueblo contra la institucion del rey.

SAMUEL.

¿Yo?

ORIEL.

Sí, tú.

SAMUEL.

Desenvuelve tu idea. ¿Eres un mago?

ORIEL.

Soy un desgraciado, y he aprendido en la desgracia á conocer la vida humana.

SAMUEL.

Desenvuelve, desenvuelve tu idea.

ORIEL.

Escoge para rey el hombre que te parezca más virtuoso. La adulacion emponzoñará con el veneno de la mentira y la lisonja su oido y su conciencia. Los cortesanos le ofrezcan tropiezos, las cortesanas placeres. Las riquezas enervarán sus fuerzas, y al mismo tiempo que enervan sus fuerzas, enervarán su carácter. La satisfaccion de todos los deseos, la saciedad de todos los apetitos, le volverán malvado é imbécil. Su pueblo le merecerá igual concepto que el eunuco encargado de celar el serrallo y velar el sueño de sus meretricies. Los soldados le merecerán igual concepto que las bestias de carga destinadas á faenas provechosas para sus dueños. Como todos temblarán en su presencia, concluirá por despreciar á todos. Y al ver las frentes que se inclinan, las rodillas que se doblan, las manos que se cruzan, los lábios que murmuran alabanzas á su sola presencia, se creará un dios exento de rendir culto á la moral, ni de obedecer sus prácticas. Poco á poco, aquel rey será miserable instrumento de todas sus pasiones, y miserable esclavo de todos sus apetitos. Si fuera sólo él, sólo el corrompido... Pero tambien, tambien será corruptor.

SAMUEL.

Calla, calla. Busquemos el rey, busquémolo, ya que mi pueblo ha caído en este nuevo pecado. ¿A qué selva iré en su busca? ¿Qué madriguera registraré para encontrarlo? Será preciso que en él concurren la fuerza y la ferocidad; porque mi pueblo, el pueblo de Israel, quiere sentir el látigo sobre las espaldas. ¿Dónde buscaremos un rey?

ORIEL.

Busca en las monarquías, antes que todo, apariencias de ostentación y de riqueza. Yo he visto pasar un joven, de la tribu más humilde, pero de la estatura más alta. Corónalo en buen hora; ponle un manto muy rojo, y una diadema muy áurea. Los hombres le creerán superior porque es fuerte, y las mujeres porque es hermoso. Háme preguntado por tí; puedes verlo. Su padre le envió á esta tierra en busca de varios borricos que se le han extraviado. No encontrará los animalillos perdidos, pero encontrará algo que se le parezca en ese pueblo que quiere y busca rey.

SAMUEL.

¿Dónde está, dónde?

ORIEL.

Aguarda, voy en su busca.

SAMUEL.

No le anuncies su fortuna.

ORIEL.

Se burlará del esclavo; pero si tú, juez de Israel, se lo anuncias, no se burlará del profeta.

SAMUEL.

¿Has dicho que es alto?

ORIEL.

Su cabeza se elevará un codo sobre la cabeza de todos los hebreos.

SAMUEL.

¿Has dicho que es fornido?

ORIEL.

Su brazo detendrá un carro lanzado á toda carrera.

SAMUEL.

¿Has dicho que es hermoso?

ORIEL.

Su rostro deslumbrará los ojos de todas las hebreas.

SAMUEL.

Pero no me has dicho si te parecia bueno, justo; y yo he de rendir estrecha cuenta en presencia de Dios.

ORIEL.

Es inútil. Malo, se agravará su maldad en el trono. Bueno, se tornará perverso. La corona es

una serpiente. Su primer mordedura se traga la conciencia.

SAMUEL.

Le convidaré á mi mesa. Le reservaré la espalda del cabrito. Le anunciaré la eleccion á que le designa Dios. Le ungiré con aceite. Y le recitaré los mandamientos de justicia que ha de obedecer y que ha de alzar entre él y su pueblo.

ORIEL.

Los mandamientos! Inútil, inútil trabajo.

SAMUEL.

¿Por qué?

ORIEL.

¿Por qué? Porque los violará todos.

SAMUEL.

Yo me satisfaré en recordárselos. Yo le allana-

ré todos los caminos. Yo, en prueba de mi afecto, le regalaré un collar, un camello y un siervo.

ORIEL.

¿Qué siervo le regalarás á la par del collar y del camello?

SAMUEL.

Tú ; magnífico regalo ; tú serás entregado por mis propias manos al rey.

ORIEL.

¡Yo, yo, yo! Así son los amos y así somos en esta tierra de justicia los esclavos. Y sin embargo, óyeme. Un esclavo era Moisés delante de Faraon, y un esclavo soy yo, sin nombre, sin hogar, sin familia, delante de tí. De mi cuna ni hay noticia, y sobre mi sepultura no caerá una lágrima. Pero muchas veces el cedro del Líbano, que ha desafiado los tiempos y los huracanes, cae al suelo cubierto de invisibles insectos. Así las ideas que parecen más firmes, los templos que parecen más sólidos, los pueblos que parecen más fuertes, cae-

rán un dia devorados por estos insectos que explotais hoy á vuestro arbitrio, y regalais á vuestro capricho.

SAMUEL.

Esclavo, no te entiendo.

ORIEL.

Algo, que no es tu oido, me oye; algo, que no es tu inteligencia, me comprende.

SAMUEL.

Esclavo, vé en busca del rey de Israel.

XV.

SAMUEL.

Pueblo, pueblo. La trompeta te llama. Corre,
corre ante tu antiguo juez.

EL PUEBLO.

Samuel, comparecemos á tu voz.

SAMUEL.

¡Cuántas veces la habeis desoido! Vosotros sois
los preferidos de Dios, por vuestro origen, y
sereis los odiados del mundo por vuestra ingra-
titud.

EL PUEBLO.

Samuel, mucho tardas en buscarnos el rey

que te pedimos, y que para nuestro gobierno necesitamos.

SAMUEL.

Yo he sido juez en la federacion de Israel. Yo he mandado, con arreglo á justicia, sobre vosotros, sobre vuestros hijos, en esta República fundada despues del largo cautiverio sufrido por vuestros padres en Egipto. Yo era delante de vosotros responsable. Ahora vais á erigir una autoridad, soberbia, omnipotente; ahora vais á fundar una monarquía que creará suyos vuestros hijos, suyas vuestras hijas, su voluntad ley, su capricho justicia, por más códigos que yo escriba, y más avisos que el cielo le dé.

EL PUEBLO.

Queremos, queremos rey.

SAMUEL.

Lo sé, y lo tendreis.

EL PUEBLO.

Pronto, pronto.

SAMUEL.

Hoy mismo.

EL PUEBLO.

Viva, viva el rey.

SAMUEL.

Que no sea ese viva vuestra muerte.

EL PUEBLO (*con más fuerza*).

¡Viva, viva el rey!

SAMUEL.

Pero ¿quereis escuchar á vuestro juez?

EL PUEBLO.

Ya lo oimos.

SAMUEL.

¿Sabeis lo que eran vuestros padres?

EL PUEBLO.

Esclavos.

SAMUEL.

¿Sabeis quién los sacó de la esclavitud?

EL PUEBLO.

Moisés.

SAMUEL.

Jehová, que inspiró á Moisés.

EL PUEBLO.

Sobre todo, antes que todo, alabamos á Jehová
y cantamos sus alabanzas.

SAMUEL.

¿Os acordais de la suerte de vuestros padres,
¿un despues del rescate?

EL PUEBLO.

Eran tambien desgraciados, si no esclavos.

SAMUEL.

¿Quién los protegió?

EL PUEBLO.

La República.

SAMUEL.

¿Quiénes los salvaron?

EL PUEBLO.

Los jueces de la República.

SAMUEL.

¿Y pedís rey?

EL PUEBLO.

Sí, sí.

SAMUEL.

¿Y no teméis la cólera de Jehová?

EL PUEBLO.

Jehová se apiadará de nosotros.

SAMUEL.

De vosotros, esclavos voluntarios?

EL PUEBLO.

Queremos rey.

SAMUEL.

Lo tendreis.

EL PUEBLO.

Pronto, pronto.

SAMUEL.

Ya está ungido.

EL PUEBLO.

Viva, viva el rey.

SAMUEL.

Oidme. Voy á daros cuenta del tiempo en que yo he gobernado sobre vosotros, y entre vosotros he juzgado. Si desconocí alguna ley, decídmelo, para que corrija mi entuerto. Si me quedé con un as de vuestro dinero, decídmelo tambien para que os lo reintegre. Si al pedirme justicia torció el afecto mi ánimo, ó el interés me descaminó de las vias rectas, notificadlo, para que os pida perdón. Yo no creo haber puesto la mano ni sobre vuestras tierras, ni sobre vuestros ganados. Yo no creo haber faltado ni al dolor de la viuda, ni á la castidad de la casada, ni á la virginidad de la doncella: Yo no creo haber agraviado á ningun hijo de Israel en su honra, ni haber desavenido ninguna familia, ni haberme quedado con ninguna herencia. Vais á juzgar á vuestro juez. Juzgadme con la misma pureza de ideas, con el mismo desinterés de móviles, con la misma claridad de conciencia con que yo os he juzgado á vosotros, hijos de Israel.

EL PUEBLO.

Tú has sido un buen juez, y serás alabado y bendecido de generacion en generacion.

SAMUEL.

Estabais en la esclavitud, y de la esclavitud salisteis para fundar la federacion, segun los divinos preceptos. Vuestra ingratitud os empeñó en la idolatría. Dios se irritó contra vosotros, y volvisteis á caer bajo el yugo de extraños reyes. Pero os libertaron vuestros jueces con su sabiduría, con su valor, con sus fuerzas; y ahora vais á caer nuevamente en manos de los reyes. Los pueblos de Oriente los tienen y son tratados como los camellos en las caravanas. Los pueblos de Oriente los tienen, y por eso tienen también la plaga de la idolatría. ¡Quiera el cielo que vuestras esposas no sean sorprendidas en su sueño, que vuestras hijas no sean tasadas y vendidas en los mercados para los serrallos, que vuestros hijos no mueran la mitad al filo de la espada, y la otra mitad bajo el peso de las cadenas; que no echen los vencedores suertes sobre vuestras túnicas, y en partijas no dividan vuestras haciendas! Habeis imitado á los pueblos de Oriente, habeis querido un rey en lugar de un juez; ¡que la divina cólera os perdone!

EL PUEBLO.

Queremos rey como las tribus guerreras, como los pueblos poderosos.

SAMUEL.

Gran pecado ; el mayor que habeis en vuestra pecaminosa vida cometido.

EL PUEBLO.

Queremos tener á nuestro frente un caudillo fuerte, como los demás pueblos.

SAMUEL.

Sea en buen hora. Mas ¿quereis saber el juicio de Dios respecto á vuestro deseo ?

EL PUEBLO.

Queremos.

SAMUEL.

Mirad vuestros campos : los ha dorado el sol. Levántanse á millares las ténues cañas de trigo, cimbreadose al beso del aire, y á la pesadumbre de la madura espiga, cuyos granos rebientan ya en la película adornada por la punzante y agudí-

sima arista. Los ojos se alegran en contemplar el oleaje que forman las espigas mecidas por las áuras; los oídos se extasian en escuchar su melódico rumor, y el ánimo se recrea en esperar que satisfagan mañana el hambre de innumerables familias. ¿Quereis que os demuestre Dios su ira sobre vuestros campos?

EL PUEBLO.

Jehová, Jehová, nube negrísima se ha formado de súbito entre los remolinos del huracan. En sus senos el relámpago brilla, el trueno suena y el rayo centellea. Mares de granizo caen entre espesa torrencial lluvia, conducida por el huracan y dispersada en espirales horribles á los cuatro vientos. Las espigas han caído deshechas. Sus aristas han volado. Hasta la paja se ha consumido tan rápidamente como el centelleo del relámpago. Ya no tenemos pan para nuestros hijos, no tenemos pan que los alimente.

SAMUEL.

Pero teneis rey que los esclavice.

EL PUEBLO.

Intercede por nosotros.

SAMUEL.

Dios mio, recuerda la debilidad de tu pueblo y perdónalo si en su miseria ha querido elegir un rey. Aparta de su frente la mano de tu justicia. Él tenia tu nombre incomunicable por monarca, tu ley sacratísima por gobierno; él vivia en república patriarcal, y ha querido una monarquía asiática. Yo he ungido su monarca en el aceite de aquel árbol que indicó á Noé la paz recién restablecida, despues del diluvio, entre el cielo y la tierra, aquella paz anudada por el anillo del íris. Yo le he ungido con el aceite de ese árbol que mantiene la luz sobre la tierra, yo le he ungido para que ilumine; mas yo temo que él á su vez unja tu pueblo con sangre. Señor, ya que tantos pecados perdonaste á Israel, perdónale el mayor de todos, perdónale el haber querido un rey.

EL PUEBLO.

La nube se disipa como una humarada. El vien-



to se retira, y de huracan se convierte en céfiro. Las gotas de la lluvia suspensas de la rama de los árboles, parecen gotas ténues de rocío. El viento, que antes nos azotaba, nos orea ahora con sus caricias el rostro. Samuel, Samuel, muéstranos pronto, muy pronto, muéstranos nuestro rey.

XVI.

SAMUEL.

Hebreos, aquí teneis á vuestro rey. Sobre su cabeza brilla la corona cuajada de pedrería; sobre su frente el óleo sacratisimo henchido de bendiciones. Su túnica es de seda de Oriente; su manto es de púrpura de Occidente. Parecen sus sandalias la luna nueva; y parece su pecho, cuajado de oro, el sol en el mediodía. Ricos brazaletes se han asido á sus muñecas, y collares de perlas á su garganta. Ahí lo teneis. En estatura os gana á todos, y á todos en fuerza, y á todos en belleza.

EL PUEBLO.

Rey, rey de Israel, tu pueblo te aclama y te bendice.

SAUL.

Yo no merecia ser vuestro rey; pero el óleo sagrado, puesto por el profeta sobre mi frente, háme dado la autoridad monárquica. Yo la guardaré intacta.

EL PUEBLO.

Viva, viva el rey.

SAUL.

Una voz misteriosa que creo oír en los aires me mueve á dirigiros algunas preguntas.

EL PUEBLO.

Habla.

SAUL.

¿Estais resueltos á ser mis vasallos?

EL PUEBLO.

Resueltos. Ni los anatemas del profeta, ni los

castigos de Jehová nos han podido torcer de nuestra decision.

SAUL.

Vuestra sangre es mia.

EL PUEBLO.

Tuya.

SAUL.

Mia es vuestra libertad.

EL PUEBLO.

Tuya.

SAUL.

¿Cuando os llame á la guerra?...

EL PUEBLO.

Iremos á la guerra.

SAUL.

¿Cuando al sacrificio os llame?...

EL PUEBLO.

Nos sacrificaremos.

SAUL.

¿Cuando necesite vuestros hijos?...

EL PUEBLO.

Podrás mandarles á morir en las batallas.

SAUL.

¿Y cuando necesite de vuestras hijas?

EL PUEBLO.

Podrás venderlas en el mercado.

SAUL.

Yo he menester oro.

EL PUEBLO.

Seremos tributarios.

SAUL.

Yo he menester soldados.

EL PUEBLO.

Seremos tu guardia.

SAUL.

Yo he menester artesanos.

EL PUEBLO.

Seremos tus eunucos.

SAUL.

Yo no me contento con la autoridad de rey; yo quiero ser tambien sacerdote.

ORIEL (*al oido de Samuel*).

¿Oiste?

SAMUEL.

Oí.

ORIEL.

¿Qué dices?

SAMUEL.

Estoy sumergido en estático asombro.

ORIEL.

Un rey concluye por ser pontífice , general,
nacion, pueblo, principio y fin de todas las cosas.

SAMUEL.

¡Oh asombro!

ORIEL.

Pues mira, todavía me parece modesto.

SAUL.

¿De veras?

ORIEL.

Si, porque en presencia de un pueblo tan apa-
rejado para la servidumbre, debió decirles: «sa-
bed, ganado mio, que he decidido ser Dios.»

XVII.

SAUL.

Oidme, hijos de Israel, oid á vuestro rey. Dios me ha designado por vuestro jefe y á Dios debeis oir en mi palabra. Como soy el único que lleva aquí armas, soy tambien el único que debe llevar espada.

EL PUEBLO.

Señor, vienen por esos montes, bajando sobre estos valles, como un torrente, los enemigos de tu nombre y de nuestro nombre, los enemigos de tu Dios y de nuestro Dios. Nosotros creíamos que debian convertirse en acerados instrumentos de guerra hasta los instrumentos de labranza. Nosotros creíamos que cada piedra debia ser una fortaleza y cada arado una arma. Nosotros creíamos

que todos los israelitas debian ser soldados armados.

SAUL (*meneando tristemente la cabeza*).

Conviene al bien , á la salud de vuestro rey; conviene al bien y á la salud de vuestra monarquía que sólo yo tenga espada.

EL PUEBLO (*asombrado*).

¿Sólo tú? ¿Ningun otro israelita?

SAUL.

No me importuneis con vuestras preguntas, ¿Debo yo mandar en vosotros, ó debeis vosotros mandar en mí? ¿Soy vuestro rey, ó soy vuestro vasallo? He hablado , y mi palabra es inalterable.

EL PUEBLO.

¿Pero ningun israelita tendrá espada como tú, ninguno ?

SAUL.

Sólo uno.

EL PUEBLO.

¿Uno? ¿Cuál?

SAUL.

Mi heredero , mi hijo. En las monarquías es necesario asegurar mucho dos cosas , las más necesarias, las más interesantes: la persona del monarca y la persona de su heredero.

XVIII.

SAMUEL.

Saul , sacerdote soy de Dios; profeta soy que vé los hechos futuros. Rey , no entrarás en ninguna batalla sin ofrecer á Dios sacrificios; y no ofrecerás sacrificios sino por mi mano y oyendo la palabra de mis lábios. No llesves al sacrificio sino los animales que yo diga. No los degüelles sino con el ritual que yo te enseñe. No pronuncies oracion sino la que recojas de mis lábios, porque yo soy el sacerdote y el profeta de Dios, instituido por Dios sobre los pueblos y sobre los reyes.

XIX.

SAUL (*solo*).

Él me ungió. El aceite, que hace de los mortales reyes, cayó de sus manos sobre mi frente, que resplandece con una autoridad sobrenatural y divina. Pero yo debo ser, no sólo rey, sino también sacerdote. Los reyes de Oriente, que han servido de modelo á nuestro pueblo para pedir rey, no son sólomente reyes, sino también pontífices. ¿De qué me serviría reinar? Podría dirigirme al pueblo, pero no podría dirigirme á Dios. Entre el cielo y la tierra, entre mi persona y Dios, se interpondría una sombra, se interpondría un sacerdote. Mis vasallos levantarían los ojos y verían algo más grande que yo, algo más alto que su rey; medirían el trono y no lo encontrarían de las mismas dimensiones que el

altar. Es necesario que yo, además de rey, sea sacerdote. Es necesario que mi hogar, además de palacio, sea templo. Es necesario que mi pueblo me vea entre el humo del incienso, resplandeciente de misteriosa luz, loado por los sacerdotes, bendecido por las tribus, como el vice-Dios del Universo, como el ministro único del Eterno. Los pueblos no saben obedecer si no saben adorar á los reyes. ¡Ah de mis esclavos!

ORIEL.

¡Señor!

SAUL.

Siervo predilecto mio, avisa que me traigan cabritos, bueyes, para un gran sacrificio.

ORIEL.

¿Aviso al gran sacerdote?

SAUL.

Calla, siervo, calla. ¿Quién te ha dictado esas palabras?

ORIEL.

La costumbre de verlos siempre interviniendo en los sacrificios.

SAUL.

Pero ahora yo, sólomente yo quiero intervenir en los sacrificios.

ORIEL.

Cúmplase tu voluntad soberana.

SAUL.

Justo. Al siervo le toca obedecer y callar.

SAUL.

Quiero acercarme al Tabernáculo, al templo nómada del Dios de los desiertos, revelado á Moisés, y quiero compartir con el sumo sacerdote el derecho de entrar en su seno, y pronunciar allí el nombre inefable del Eterno. Belasel, Oholial, cuando dirigíais á los trabajadores de Dan y de

Judá en la construccion del santuario, ¿hubierais creido que Israel tuviera reyes como los egipcios; que Israel exigiera tambien Faraones á su frente? Pues yo soy rey. Yo debo tocar con mis manos el ara de cedro chapeada de bronce. Yo debo lavar mis piés allí donde los sacerdotes se lavan. Yo debo apilar las víctimas y prenderles fuego y ver cómo se confunden mis suspiros con su sacratísimo humo. Yo, al reflejo del candelabro, quiero presentar á Dios en ofrenda los panes ázimos, y quemar sobre las planchas de oro las esencias aceptables á Dios. Voy á comenzar el sacrificio.

SAMUEL (*entra en el momento en que Saul comienza el sacrificio*).

¿Qué haces? ¿Vas á profanar con tus manos el santuario? ¿Eres tú por ventura hijo de la tribu de Benjamin, eres tú hijo de la tribu de Leví, que engendró al sumo Aaron? ¡Acercarte al santuario! Léjos, léjos de él, profano.

SAUL.

Yo soy el rey.

SAMUEL.

¿Y porque eres el rey te has creído un Dios? ¡Ah, Saul! Yo te unguí para que dirigieses el pueblo, no para que lo tiranizaras. Yo te unguí para que fueras su guía, no para que fueras su opresor. Pero tu ambición es como el mar henchido por el viento, que crece, y crece, y quiere tocar al cielo, aunque haya de caer aplastado bajo su propia pesadumbre, herido y azotado por el látigo de los vientos. Saul, Saul, teme la cólera de Dios. En un minuto puede consumir como aristas secas el fuego las montañas del Libano, del Carmelo, ¿y no había de consumir tus locas ambiciones?

SAUL.

Sacerdote, ¿qué me diste al darme la dignidad real? Si te reservaste el santuario, ¿no te reservaste en él completamente la dirección suprema del pueblo? ¿Quisiste levantar un rey para que ese rey fuera tu esclavo?

SAMUEL.

Tienes el gobierno, distribuyes el derecho, di-

riges al pueblo , mandas al ejército , ¿qué más quieres?

SAUL.

Quiero ser un rey como los reyes de Oriente.

SAMUEL.

Veo una nube tempestuosa. Y de esta nube formada por hiel, nube de colores, descienden siniestramente, caballeros en rápidos relámpagos, ángeles esterminadores. Las estrellas se apagan, las fuentes se secan , las selvas arden , las fieras salen de sus madrigueras , y el pueblo de Israel, como bandadas de tímidas aves, sorprendidas por el rayo, corre á los cuatro puntos del horizonte, sin hallar más refugio que las cadenas de la esclavitud á las tristes orillas de extranjero rio. Y de todas estas desgracias serán responsables ante Dios y su tribu los insensatos que levantaron un monarca al frente de Israel.

SAUL.

¿Qué dices, profeta?

SAMUEL.

Digo lo futuro, oh rey.

XX.

SAUL.

No en vano el pueblo me ha nombrado rey. Sus enemigos huyen dispersos á mi presencia. La espada de Saul los barre como el viento á las nubes. Jonathás, mi hijo, los ha sepultado en Gabá. Los cautivos israelitas, que los filisteos tenian, acaban de convertir las cadenas en espadas, y de acudir á mi ejército en contra de sus tiranos. Hasta Bethaven he perseguido á los filisteos, poniéndoles en los riñones la punta de mi espada, que evitaban despavoridos, como mujeres. En su turbacion lucharon unos con otros, hirieron unos á otros, como los madianitas. Pueblo de Israel, no en vano has puesto la autoridad en mi familia, la espada en mis manos, el óleo sacratisimo en mi frente.

SAMUEL.

Rey, no te gloríes, que tu conciencia y Dios te escuchan. El Profeta viene á decirte que has desoído la voz divina y desacatado sus mandamientos. Desde los tiempos de Moisés el enemigo más terrible de Israel era el pueblo amalecita. Dios te habia señalado para sojuzgarlo. Y tú, despues de haberlo vencido con el auxilio divino, has dejado escapar los prisioneros y has perdonado á su protervo rey.

SAUL.

Samuel, ¿no es el perdonar propio de los reyes?

SAMUEL.

Calla. Has perdonado á los enemigos más implacables de Israel por dinero para tus artesanos y para tus meretrices.

SAUL.

Samuel, sin duda olvidas que hablas con el rey.

SAMUEL.

Si, con el rey que en nombre de Dios maldigo,
con el rey que entrego á todas las furias del re-
mordimiento, con el rey que declaró tirano, con
el rey que vivirá vida horrible y morirá muerte
deshonrosa.

XXI.

SAUL.

Horrible tristeza me posee. Paréceme el cielo un sombrío abismo que pesa sobre mi cabeza. Paréceme la tierra un cadalso. Las estrellas han perdido á mis ojos su luz y me persiguen como la retina de un enemigo. Los bosques, á cuyo seno pacífico he ido en pos de la calma, se animan como legiones furiosas para asestarme dardos de un dolor indecible. La corona me abruma. El óleo me quema la frente como si fuera voraz fuego. El manto real es de plomo. Un ódio contra todos los hombres, una ira contra el cielo mismo han hecho del mancebo tranquilo y hermoso de Benjamin, del jóven adorado por los pastores y sonreído por las virgenes, un sér odiosísimo á sí mismo. Sólo el arpa de David me serena, y en mis aflicciones me consuela. Ven, jóven pastor,

hijo de Judá, poeta de los campos y de los cielos, alma de alondra, cuyo cántico matinal cantas en las melodías de tu dorada arpa, ven á calmar la furia de un rey que en su desenfrenado ódio abrasaría todo el Universo.

DAVID.

Yo soy nieto de la tierna Buth que espigaba en el campo de Booz. Pastor, me he vestido del vellon de mis corderos, y me he alimentado de la leche de mis ovejas. Mientras mis manos trenzaban las sogas para las ondas, mis ojos se perdian extáticos en la inmensidad de los cielos y mis labios entonaban cánticos, acompañados por los torreses de las montañas, y oidos por las palomas de los valles. Algunas veces en esta vida tranquila era interrumpido por el lobo que atacaba mis ovejas ó por el leon que me atacaba á mí. Pero puesto en Dios el corazon, luchaba y vencía. Yo teñía mis vestiduras en sangre de fieras, y las fieras no se llevaban ni un cabello de mi cabeza entre sus garras. Y despues de la lucha me dormía fatigado, y al despertar me entregaba á mis cánticos. Uno de los tuyos me oyó y me reclamó para tu corte. Mi padre, que no quería negar nada al

rey, me envió tras un asno, sobre cuyos lomos puso grandes panes y tortas, cueros henchidos de vino y un cabritillo, todo para tí. Y de tu corte pasé á tu campamento para entregar á mis hermanos un efi de cebada tostada y diez grandes panes. Y el hombre de Jeth, el filisteo más fuerte, más alto de su raza, nos desafió á todos los hebreos. Yo, que habia combatido con el oso y con el leon, yo no temí al gigante. Acepté su reto y te pedí tu vénia. Pusíste me tú en la frente almete de acero, en el pecho coraza de hierro, en la una mano protector escudo, y en la otra espada tajante. Pero el pobre pastor no sabia llevar aquellos arreos, y se quedaba abrumado bajo su inmensa pesadumbre. Y me desligué de los riñones una onda, y cogí del arroyo una piedra, y me encomendé á Jehová. Y la onda vibró como el pino agitado por el viento. Y la piedra salió como el rayo despedido por la nube. Y el gigante rodó á mis plantas. Bendito sea Jehová, que tuyas son las victorias sobre Goliath como tuyas fueron las victorias sobre Faraon. Aquel que viva segun las leyes de Jehová, será como árbol plantado á orillas del arroyo, que dá fruto á su tiempo y nunca pierde las hojas.

EL PUEBLO.

Bendito sea David. Saul mató mil filisteos; pero David mató á diez mil.

ORIEL (*acercándose al oído de David*).

Esa es tu sentencia de muerte. Huye.

EL PUEBLO.

El reino pertenece á Saul ; pero la gloria del reino pertenece á David.

SAUL.

¿Qué oigo? ¿Quién es aquí el rey, quién? Pueblo insensato, ayer me adorabas y hoy me denuestras. Ya probarás mi cólera.

ORIEL (*á David*).

Huye.

XXII.

SAUL.

Ha huido el pastor. Soldados, buscadle aunque sea en las cavernas de las fieras. En cuanto lo encontréis, matadlo como al perro rabioso.

LOS SOLDADOS.

Tus sacerdotes lo han recogido y lo han guardado en el santuario.

SAUL.

Que arda el santuario. Que sean pasados á cuchillo mis sacerdotes.

ORIEL.

Rey, oye á tu siervo.

SAUL.

No oigo á nadie, sino á mí mismo. No oigo nada, sino mi cólera.

ORIEL.

¿Vas á manchar con sangre la túnica sacerdotal de blanco lino que el pueblo tanto respeta?

SAUL.

Ellos han manchado de odio mi corazón.

ORIEL.

Rey, ten piedad de tí mismo.

SAUL.

No tendré piedad de nadie. Mi ejército entrará en Nobe, la ciudad de los sacerdotes. Encontrará primero los bueyes apacentándose en las praderas, y matará los bueyes. Encontrará los asnos por los caminos, y matará los asnos. Verá luego las ovejas en los rediles, y descabezará las ove-

jas. Los niños de pecho serán arrancados del seno de sus madres y aplastados contra las piedras. Las mujeres en cinta morirán luego, desgarradas las entrañas y pisoteados los fetos por animales inmundos. No perdonaremos ni las más bellas vírgenes. Todos los habitantes desaparecerán primero sin que uno solo se salve como Loth se salvó de las ciudades malditas. Y arderá luego la ciudad. Y cuando toda entera haya sido devorada y consumida por el fuego, aventaré sus cenizas, que se disiparán. Y la ciudad de los sacerdotes, que han desconocido á Saul, desaparecerá hasta del seno de la memoria humana.

XXIII.

ORIEL.

Se consumó el sacrificio.

SAUL.

La ciudad de los sacerdotes ha desaparecido como si la tierra se la hubiera tragado.

ORIEL.

Y sin embargo, rey, no te creo muy tranquilo en tu triunfo. El insomnio se dibuja en tu rostro.

SAUL.

He querido buscar nuevos sacerdotes y no los encuentro. He querido hablar con los profetas y

los profetas han desaparecido. He querido consultar con los adivinos, y los adivinos ya no me responden.

ORIEL.

Si quieres adivinar lo futuro, contempla tu presente proceder. El mal ó el bien están casi siempre en nuestras propias manos.

SAUL.

Me parece que veo una mancha de sangre cubriendo el sol.

ORIEL.

Y si ves eso ¿qué oyes?

SAUL.

Oigo el ruido de un gran ejército que se acerca. Sálvame, sálvame.

ORIEL.

¿Qué puedo yo hacer contra el destino? Yo soy pobre siervo.

SAUL.

Oigo tres lamentos que me hielan la sangre.

ORIEL.

Señor, son tus tres hijos que acaban de ser pasados á cuchillo.

SAUL.

Mátame, mátame.

ORIEL.

No puedo, no debo.

SAUL.

Muera yo, muera por mis propias manos. (*Se clava su espada y espira.*)

XXIV.

EL DESIERTO.

Pueblo de Israel, te has levantado á las alturas por la libertad, y has caído en la servidumbre por tus vicios. Mi aliento de fuego te azotará. Mis arenas cubrirán tus templos como los templos del más pequeño de los ídolos. Pedirás misericordia, y no la encontrarás ni en el cielo ni en la tierra.

ORIEL.

Si es verdad que eres justo, Dios de los hebreos, si es verdad que eres justo, maldice á tu pueblo. Quiere llamarse el elegido de Dios, el santo entre los santos, el hijo de los patriarcas, el padre de los profetas, y aún conserva impiamente la esclavitud. Yo, Dios de justicia, yo soy esclavo.

EL DESIERTO.

Mirad , mirad pasar en las rojizas nubes que el sol poniente forma con los vapores encendidos del desierto los génius que ampararan Israel. Ninguno podrá salvarlo de la sentencia que por mis espacios resuena y de la maldicion que yo pronuncio.

ORIEL.

He aprendido, Israel, en tus cánticos la esperanza. En la obra de mi redencion, obra tan larga como la lenta, y continúa, y secular formacion del planeta, tú me has dado, Israel, tú solo me has dado la esperanza. Mas la esperanza no puede constituir toda la vida, ni puede bastar á redimirme. Necesito recoger más ideas de la conciencia humana. Necesito condensar más fuerzas en batallas continuas. Mis cadenas me pesan, me abruman con su imponderable pesadumbre.

EL DESIERTO.

Sombras de lo pasado y de lo porvenir, venid, pasad. Yo sé la idea que llevais en la mente y el

dolor que llevais en el corazon. Yo lo sé, y vosotros no. Yo sé que un insecto, el esclavo, ha roído las bases de bronce en que levantasteis vuestros templos.

DAVID.

Yo queria que hubieras sido, oh Jerusalem, como el árbol plantado á orillas del arroyo, verde y florido, cargado de los mejores frutos. Yo te queria así, oh ciudad santa. Pero tú has sido, tú, como el átomo que se arroja al viento en las eras.

SALOMON.

Yo te hice, Jerusalem, la más bella entre las ciudades; y tu pueblo fué en la tierra como el sol en el cielo. Yo corté los cedros del Libano, y los embuté en marfiles, y los unté en oloroso aceite para formar la techumbre de tu templo. Los trabajadores de Gebel vinieron á tí en ejércitos. El diestro Hiram fundió montañas de metales preciosos para tu santuario. Jamás Tyro habia teñido telas tan vistosas como las telas que yo colgué de tus paredes. ¿Qué ha sido de tí, oh ciudad de las ciudades? Con tus preseas, con tus joyas,

con tus coronas, te has disipado como el viento de las vanidades humanas.

ESTHER.

Yo soy aquella que aplacó al rey dominador de los indios y de los etíopes después de haber pasado ciento y ochenta días el tirano en la embriaguez de un continuo banquete, circuido de todos los pueblos del Asia, que á un gesto suyo temblaban y gemían. Pero ¡ah! no he podido ¡oh Israel! desarmar la cólera de los tiempos, que te han devorado.

ISAÍAS.

Gentes corrompidas, dejasteis el templo de Jehová para tomar el camino del templo de los ídolos. Enferma la cabeza, enfermo el corazón, los piés hinchados, los miembros doloridos, sois todos vosotros, hijos de Israel, una llaga que no ablandará la pomada ni curará el aceite. Conoce el buey á su amo y le mira agradecido; pero Israel no conoce á su Dios. Por eso vuestra tierra está destruida, vuestros hogares saqueados, vuestras viñas taladas, vuestras ciudades hechas cen-

zas, y el templo del Señor caído como la choza de un redil sin amo, sin pastor y sin ovejas. No quiere Dios holocáustos, no le importuneis con el humo de vuestros sacrificios.

JEREMÍAS.

La ciudad, poblada antes, se halla solitaria; la esposa de los reyes, viuda; la reina de los pueblos, sujeta á tributo. Sus dias son como noches, y sus noches como espesas nubes de lágrimas. Los soldados que debian rugir como leones para defender á Sion, corrieron como cervatillos. Las vírgenes, que la halagaban con sus cánticos, fueron, los piés desnudos, y las manos atadas á la espalda, cautivas á los serrallos de Oriente. Sobre los huesos de Israel ha caído el fuego del cielo y los ha tostado cual piedras de Gomorra y de Sodoma. ¿Quién, ya en el cielo ó en la tierra, consolará á la infeliz Jerusalem?

EZEQUIEL.

Tú eras una parra plantada en regadío. Los pámpanos daban sombra á pueblos enteros, y los sarmientos eran tan fuertes que los tomaban los

reyes por cetros. Mas el viento solano te ha consumido como el fuego al seco heno. Y en el mismo sitio donde tus racimos daban el alegre vino, comé un pueblo desnudo y hambriento pan amasado con estiércol de bueyes y cocido con cenizas.

DANIEL.

Todas las desgracias juntas te han probado, Israel. Tu tirano ha levantado su efigie en una estatua áurea, de sesenta codos de altura. El pregonero te llama en alta voz para que vayas de hinojos á bendecirla y adorarla. Al son de la bocina se congregan todos los idólatras. Al eco del salterio y de la cítara se entonan alegres cánticos. Israel, Israel, mira á dónde llega la soberbia de tus dominadores.

OSEAS.

Los ángeles ponen las trompetas en sus lábios y soplan y producen sonidos estridentes. Y la tierra se conmueve como si llevara un feto abortivo en sus entrañas. Y este dolor proviene de que Jehová entregó á Israel oro nativo para que

le alzara altares; y se los ha alzado á los idolos de los paganos.

JOEL.

Ya no hay campos. La oruga se ha comido los árboles, y la langosta los sembrados. Los ancianos ya no duermen sino en la embriaguez; y las mujeres ya no velan sino para el placer. Los sacerdotes se han vestido de luto y los profetas de cilicio. Granado de rojas flores, higuera cargada de morados frutos que destilan miel, vid llena de transparentes racimos, palmera del desierto que vibras al choque del viento, os ha consumido la cólera del cielo.

AMOS.

Jehová os lo ha dicho, israelitas. Yo os preferí entre todos los pueblos, y vosotros me habeis negado entre todos los dioses.

ABDIAS.

La soberbia de tu corazon te ha perdido. Aunque levantes tu morada donde el águila pone su nido, de allí te derribará Jehová.

JONÁS.

Las ondas del mar han amargado mis lábios.
Y en sus abismos he visto que Jerusalem es sier-
va; pero que Ninive será bien pronto muerta.
Aparejad, reyes de Ninive, vuestras plañideras
para el entierro.

MICHEAS.

Donde Dios puso su casa de oraciones, vos-
otros, hijos de Jacob, habeis puesto casa de pros-
titucion. Las esculturas de Samaria serán quebra-
das y dispersas, y morirán como rameras en le-
chos de estiércol.

NAHUM.

Por los vientos pasa Jehová con su ejército de
ángeles. Los montes tiemblan; los collados se
derriten. Sus huellas son la tempestad, su alien-
to el turbion, su voz el trueno, y su mirada el
rayo. A una palabra suya el mar se ha hinchado
de tormentas, y los rios se han salido de madre.

HABACUC.

¿Hasta cuándo, Jehová, clamaré y no me oirás?
¿Hasta cuándo daré voces á tu cielo y tu cielo se-
rá para mí como de bronce? Óyeme, óyeme,
Jehová, que yo busco tu morada, tu cielo, co-
mo te busca el incienso quemado en el templo.
Ten piedad de Israel.

SOPHONIAS.

Día de tinieblas es este día. Las estrellas se han
vuelto ceniza, y el sol pavesa. Las nubes han
llorado fuego. La tierra, agitada como una caña,
ha tocado en los profundos abismos. Los hombres
han muerto como los peces que se quedan en se-
co. Porque tu cólera ¡oh Jehová! acaba de pasar
sobre Israel.

AGGEO.

Los carros caerán por haber tropezado en las
piedras del camino. Los ginetes perderán sus ca-
ballos. Israel será, como Faraon, ahogado.

MALACHIAS.

El hijo honra á sus padres; el siervo á su señor. ¿Por qué Israel no ha honrado á Jehová? Y despues de ofrecer ofrenda voluntaria á los ídolos ha querido ofrecer ofrenda forzosa á Jehová. E Israel será castigado.

ZACARIAS.

Pero en medio de tus dolores, Judá no ha perdido su esperanza. Por eso las lágrimas de sangre que ha llorado, la rescatarán. Por eso sus entrañas engendrarán un justo, y volverá el Señor á sentarse en la montaña de Sion. Yo he visto despues de mis continuas oraciones, venir un consolador ángel á traerme aroma de nardo y de azucena para conjurar mis desmayos y decirme que será completamente reedificada Jerusalem.

XXV.

ORIEL.

Aquí en este campo trabajo noche y día, esclavo de esclavos. Cuando bajo los rayos de este sol de Babilonia me fatigo hasta el punto de caer exánime, los señores de mis señores despiértanme á latigazos. A veces el dolor es tan grande y el desmayo tan profundo, que ni así puedo despertarme. Y en tal estado, me aplican ¡oh crueles! un hierro enrojecido al pecho. Mirad, compañeros, mirad mis carnes. Soy una cicatriz, y he sido desde los piés á la cabeza una llaga. Pero oigo ruido...

EL SIERVO.

Llego sin aliento...

ORIEL.

Descansa ¿qué te ha sucedido?

EL SIERVO.

Me persiguen...

ORIEL.

No, no te persiguen.

EL SIERVO.

Me matarán...

ORIEL.

¿Y qué cosa mejor puede venir sobre un esclavo que la muerte?

EL SIERVO.

Tengo hijos.

GRIEL.

Infeliz. ¿Por qué, por qué has engendrado siervos? ¿No te valia más haberte consumido en el fuego de tus amores que crear nuevos desgraciados?

EL SIERVO.

Un sudor frio cubre mi frente.

ORIEL.

Descansa.

EL SIERVO.

¿Qué será de mi esposa?

ORIEL.

¿Qué te ha sucedido?

EL SIERVO.

Trabajaba yo en los jardines de Babilonia y el

rey paseaba á mi lado. Para divertirse , azuzaba de vez en cuando perros que sucesivamente me mordian las piernas.

ORIEL.

Misericordioso ha sido; ¡cuántas veces nos arrojan á la caverna de los leones!

EL SIERVO.

En esto un Profeta de Israel aparece.

ORIEL.

A pesar de que siempre están llorando las desgracias de Israel, no habrá echado de ver tu inmensa desgracia.

EL SIERVO.

Conminó al rey por los dolores infligidos al pueblo, y el rey se irritó.

ORIEL.

Ellos son esclavos, pero tambien ellos esclavizan.

EL SIERVO.

Las palabras del Profeta, en términos exaltaron al rey, que se desvaneció en brazos de sus eunucos.

ORIEL.

La palabra ajena les azota más que la propia conciencia.

EL SIERVO.

En cuanto se despertó de su desmayo, exaltada ira le sobrecogió. Sus ojos estaban como inyectados en sangre y fuera de las órbitas. Sus labios escupian hiel. El Profeta siguió majestuosamente, y salióse de los jardines como si nada en torno hubiera sucedido.

ORIEL.

Sigue, sigue.

EL SIERVO.

Volvióse el rey á él y le dijo: morirás á manos de los tuyos. Y yo temblé, temblé como un árbol agitado por el viento.

ORIEL.

Presiento lo que te diria.

EL SIERVO.

Esclavo, me dijo, tomándome por un brazo y sacudiéndome, toma esa espada y mata á ese hombre.

ORIEL.

¡Bárbaro! ¡Bárbaro!

EL SIERVO.

Yo me arrojé á sus plantas.

ORIEL.

Inútil suplicar.

EL SIERVO.

Plegué las manos y pedí me eximiera de aquel mandato.

ORIEL.

No quiso oírte?

EL SIERVO.

Sacó su espada, furioso y quiso clavármela en el pecho.

ORIEL.

¡Insensato!

EL SIERVO.

Pero entonces se acordó de que yo era siervo, y dijo : te favorezco matándote. Pero sé dónde

tienes el nido de tus amores. E iré allá. Y mataré, mataré á tus hijos. Mira lo que me pasa por compadecer á nuestros señores.

ORIEL.

No merecen los israelitas nuestra compasion, no la merecen. Ellos que se creen los elegidos del cielo, ellos han tenido siempre esclavos, siempre. Jacob compró sus dos mujeres, Lia y Raquel, las compró á su padre Laban como en mercado. Abraham contó esclavos nacidos á la sombra de sus tiendas, y esclavos comprados. Todos fueron trasmitidos en herencia á Jacob juntos con los asnos, los carneros y los bueyes. Josef es vendido por sus propios hermanos á los mercaderes israelitas. Cuando Rebeca pasó á casa de Isaac llevaba en su dote muchas esclavas. Estas solian servir muchas veces á los patriarcas para aumentar la familia. Pero los hijos eran arrancados de brazos de las esclavas, y conducidos á la familia paterna, y en ella contados. Hé ahí el pueblo escogido por Dios.

EL SIERVO.

Crei yo que el rey se habria calmado, porque

me volvió la espalda, se apoyó en los brazos de sus eunucos y continuó sereno, tranquilo su camino. Yo me quedé sereno.

ORIEL.

No se extingue nunca la venganza de un rey.

EL SIERVO.

Yo vi atónito que, pasados algunos momentos, los oficiales del palacio me cogian, me llevaban á los estrados reales, me desceñian mi sayal de esclavo y me colocaban sobre los hombros el manto de púrpura de los reyes, despues de haberme ceñido su blanca túnica de lino, sembrada de oro y pedrería. Yo no osaba proferir palabra. Despues de esto, ajustaron á mis sienes la deslumbradora tiara persa, y me dieron todos los nombres y todos los tratamientos dados á los reyes. No sabia qué me pasaba en tal estado. Mis ojos perdian la luz. Mis sienes latian fuertemente. El corazon me saltaba del pecho.

ORIEL.

¿No sabes lo que iba á sucederte?



EL SIERVO.

No.

ORIEL.

Comprendo tu extrañeza.

EL SIERVO.

Que crecía de punto á medida que crecían sus obsequios y sus bendiciones.

ORIEL.

Pues iban á darte la fiesta de los esclavos.

EL SIERVO.

Ignoraba que existiese tal fiesta.

ORIEL.

Es una gota de hiel añadida á nuestras amarguras.

EL SIERVO.

Si.

ORIEL.

Es una irrision aumentada á las burlas con que persiguen al esclavo.

EL SIERVO.

Si, si.

ORIEL.

Pero burla sangrienta, horrible, que se han trasmitido cien generaciones.

EL SIERVO.

¡Malvados!

ORIEL.

Yo he pasado por esas fiestas y por los patibulos.

EL SIERVO.

Y habrás padecido ménos en los patibulos que en esas festividades.

ORIEL.

Ciertamente.

EL SIERVO.

Pues óyeme.

ORIEL.

Habla, habla.

EL SIERVO.

Se me oprime el corazon y apenas puedo continuar.

ORIEL.

Nada puedo darte para fortalecerte, porque nada como tú tengo, compañero mio. Nos dan el

harina suficiente para que no nos muramos de hambre.

EL SIERVO.

¡Harina! Eso es una increíble distincion. A mí, despues de un trabajo de catorce horas, me echan al campo á que me alimente de las raices de las selvas.

ORIEL.

Mas prosigue tu narracion.

EL SIERVO.

Cuando acababan de vestirme así, ábrese la puerta de la estancia y apareció mi hijo mayor.

ORIEL.

¡Padre infeliz!

EL SIERVO.

Iba vestido de principe. Llevaba una túnica de

seda azul de la India, toda sembrada de estrellas de plata. Hilos de diamantes caian de su cabellera á los hombros. ¿Lo creerás? Al verlo entrar tan hermoso olvidé todas mis penas. Me dirigí á él, estrechéle contra mi corazon, y no me cansaba de besarlo. Mi jóven hijo, despues de haberme besado, al verme vestido de aquella suerte, no pudo contener la expresion de un sentimiento en que se mezclaban confusamente el lloro y la risa. ¿Qué te pasa? hijo mio, le pregunté. Pero el mancebo me puso la mano sobre los lábios, y callé.

ORIEL.

¿Hay justicia en el mundo?

EL SIERVO.

Yo me dirigia esa misma pregunta al ver que á nuestros mismos ojos éramos ridículos.

ORIEL.

Tengan derecho á destruirnos. Mas ¿por qué han de tener tambien derecho á deshonnarnos y avergonzarnos?

EL SIERVO.

Salimos de la estancia padre é hijo, y nos llevaron á espacioso patio. Fuentes cristalinas surgian del pavimento y se destrenzaban en arroyos bajo bóvedas de rosas. Una mesa de marfil ocupaba el centro, y en torno suyo mullidos lechos de púrpura de Tiro, sostenidos en el aire por cuerdas de sedas, todas tachonadas de perlas. Las copas en que nos servian los más ricos vinos, eran de esmeraldas vaciadas. Los platos en que nos servian eran de oro macizo. Muchachos y mancebos, todos desnudos, bailaban frente á nosotros, ceñidas las sienes de flores, y al encontrarse en sus juguetonas danzas dábanse voluptuosísimos besos. Pero lo extraño, lo verdaderamente extraño de aquel caso es que apareció el rey, seguido de todos sus cortesanos, y comenzó á escanciarnos vinos y á servirnos viandas. De vez en cuando eunucos pasaban y nos hacian algun gesto de menosprecio ó de burla. Yo no probaba bocado, y me miraba mi hijo, y no comia tampoco.

ORIEL.

Sabria el gran dolor que te estaba reservado.

EL SIERVO.

Si, lo sabia.

ORIEL.

Y tú ¿nada adivinabas?

EL SIERVO.

Yo presentia algo siniestro.

ORIEL.

Es verdad. ¿Qué puede presentir que sea bueno y justo sobre la faz de la tierra el misero esclavo?

EL SIERVO.

Nada, nada.

ORIEL.

Es el dolor como nuestra sombra.

EL SIERVO.

Las lágrimas caían gota á gota sobre el vino, que muchas veces llevaba distraído á mis labios, y que me sabía, hermano, á hiel.

ORIEL.

¡Horrible padecer del esclavo, y furia todavía más horrible de sus dominadores!

EL SIERVO.

Las músicas, los cantos, el aroma de las flores, el beso voluptuoso que se exhalaba de las danzas, el calor de las fiestas, cuanto á nuestro alrededor pasaba, léjos de alegrarme, sumergíame en profundo estupor y en tristeza profundísima.

ORIEL.

Y no adivinabas aún lo que iba á sucederte?

EL SIERVO.

¿Y quién puede adivinar la crueldad de los déspotas?

ORIEL.

Abismo es insondable.

EL SIERVO.

Aunque yo me asomaba al mar de mis presentimientos, lo veía confuso, caliginoso.....

ORIEL.

Es verdad. Ni el amor de padre puede prever la ira guardada en el corazón de un rey.

EL SIERVO.

Ya verás cuán amarga.

ORIEL.

Lo creo.

EL SIERVO.

Imposible que imagines tanta barbarie.

ORIEL.

Sigue contándonos tus amarguras.

EL SIERVO.

No vas á creerlas.

ORIEL.

Mi corazon las ha sufrido todas.

EL SIERVO.

No lo creas, no lo creas.

ORIEL.

¿Por qué?

EL SIERVO.

Porque si hubieras padecido las penas que yo sufrí en aquel momento, no latiria ya tu corazon.

ORIEL.

Esclavo, no puedes comprenderme.

EL SIERVO.

¿Qué extraño misterio escondes?

ORIEL.

Extrañísimo; pero no pasemos de tus penas á mis penas. ¿Con ser esclavos, no somos todos desgraciados?

EL SIERVO.

Pero no hay dolor que iguale á mi dolor en aquel momento.

ORIEL.

Calla, no digas eso á quien se halla condenado á padecer y no morir.

EL SIERVO.

Yo me preguntaba cuándo iba á concluir aquella ceremonia; cuándo iba yo á poder abrazar á mi hijo.

ORIEL.

Nunca te habrá pesado la cadena sobre la espalda como te pesaría la corona sobre la cabeza.

EL SIERVO.

Es verdad.

ORIEL.

Nunca los dolores más acerbos habrán mordido tu corazón tan furiosamente como le morde-
rían la sardónica risa de aquellas gentes.

EL SIERVO.

Nunca. Yo creí que todo iba buenamente á concluir.

ORIEL.

Como los tiranos son por naturaleza caprichosos, imaginarias que iba á contentarse con el castigo del ridículo impuesto á tu miseria.

EL SIERVO.

— Cuál no sería mi asombro, cuando el rey me dijo: Ya has visto que yo he sido tu esclavo. Las mujeres más hermosas de mi corte han pasado desnudas ante tus ojos. Las músicas más voluptuosas de mis conciertos se han resbalado como un arroyo de armonías en tu oído. Yo te he ahumado de incienso hasta perfumarte. Yo te he ofrecido libaciones en mis copas más ricas. Ahora ha llegado mi hora. El esclavo que manda un día en la casa del rey, es condenado á muerte, y á muerte de cruz. Yo podía condenarte; pero soy magnánimo, y te perdono. Crucificaré á tu hijo.

ORIEL.

— Calla, calla; que en mil pedazos me partes el corazón, ya quebrantado.

EL SIERVO.

— Yo me volví loco de dolor. Cogí á la mano de uno de los sátrapas un gran baston de oro que llevaba, y me lancé sobre el rey para matarlo. Le hubiera muerto si no se interponen sus guardias.

Me desarmaron. Luego que me ví desarmado, pensé en que la demencia no conducia á nada , y me tendí á los piés del rey pidiendo que perdonase á mi hijo y me sacrificara á mí. Riéronse de mi dolor.

ORIEL.

Un tigre no se hubiera reido.

EL SIERVO.

Desde una de las ventanas de palacio , donde me ataron, ví el horrible espectáculo. Mi hijo era despojado de sus vestiduras , y luego vestido de punzantes cilicios. Tendido sobre una cruz le amarraron las manos y los piés, le alzaron en alto, y le dejaron abandonado y solo. Era la hora del alba. Yo le veia allí en su patíbulo entre horribles sufrimientos. Sus gritos de dolor se confundian con el rumor de los festines á que se habian consagrado despues de aquella bárbara inmolacion sus verdugos. No puedo decir lo que yo sufría, atado de cadenas, viéndolo sufrir, retorcerse, y sin poder salvarlo. El sol se levantó, y lo atormentó con sus rayos. Insectos de todas clases

avivados por el calor, picaban sus carnes y se bebían su sangre. La sed, el hambre se mezclaban á todos los dolores de sus miembros sujetos al afrentoso suplicio y ya cuasi descoyuntados. ¡Qué día! Yo al cabo de algunas horas casi estaba sin conocimiento. Saltaba bajo el peso de mis cadenas como el tigre en su jaula. Mordíame los puños desesperado. Daba diente con diente, que rechinaban como si fueran á romperse mis quijadas. Miraba y remiraba al hijo de mis entrañas, y cada uno de sus estremecimientos era como una herida en mitad de mi corazón. Por fin vino la noche. Yo no le veía, no le oía. Estaba sin duda muerto. ¡Cómo sufrir un día entero el martirio de la cruz! Yo me moría también; yo espiraba al peso de mis dolores. En esto, sentí que una mano me quitaba las cadenas, y me conducía fuera del palacio. Era una esclava hebrea. La idea de la libertad me devolvió las fuerzas. Lancéme al sitio donde estaba mi hijo y busqué entre las sombras su cruz. No la encontraba. Ya había maldecido mi existencia, y me preparaba á dejarme morir de hambre, cuando oigo un gemido. Era mi hijo, atado todavía á su cruz, pero tendido en tierra. Me lancé, lo desaté, lo cubrí de besos y de lágrimas. Lo tomé sobre mis espaldas. Lo he dejado

en una cueva vecina aún medio muerto, pero ya mejorado. Y como desde allí oyera una canción de esclavos, vine aquí á decirlos que es preciso huir de esta tierra, pues en cuanto sepan que he huido de allí, y que me he llevado á mi hijo, por una de esas leyes bárbaras, arbitrarias, babilónicas, en una palabra, que el capricho dictó á estos reyes, nos perseguirán, nos encarcelarán, nos atormentarán, nos crucificarán, nos matarán á todos.

ORIEL.

Huyamos, huyamos. ¿Dónde iremos que no seamos extranjeros, y dónde seremos extranjeros que no seamos esclavos?

EL SIERVO.

Huyamos, huyamos.

ORIEL.

Sí, huyamos en buen hora. Nuestra redencion

ha comenzado, puesto que nos llevamos de este pueblo cautivo una virtud redentora, puesto que nos llevamos la esperanza. Bendigamos este bálsamo que ha caído sobre nuestro corazón. Bendigamos al pueblo que nos lo ha dado.

FIN DEL PRÓLOGO.

LA PROCESSION

JORNADA PRIMERA

DE LA SEGUNDA PARTE DE

LA REDENCION DEL ESCLAVO.

—

QUEL

Es una turba de esclavos de los judíos ca-
dotes y vamos hacia Occidente.

el pueblo

¿dónde que en Occidente no hay esclavos?

¿dónde?

¿algunos son los esclavos que están en los
Estados y los amigos de los esclavos?

LAS PROFECÍAS.

I.

EL PROFETA.

¿A dónde vais, hijos míos?

ORIEL.

Somos una turba de esclavos de los judíos cautivos, y vamos hácia Occidente.

EL PROFETA.

¿Creeis que en Occidente no hay esclavos?

ORIEL.

¿Pero serán tan crueles sus amos como los hebreos y los amos de los hebreos?

EL PROFETA.

¿Qué dices?

ORIEL.

Llevamos aún las señales de nuestro martirio en todo el cuerpo acribillado de heridas.

EL PROFETA.

En ninguna parte la esclavitud será tan blanda.

ORIEL.

Allí nos compran, nos venden, nos traspasan, nos doman, nos dejan en herencia como sus ganados.

EL PROFETA.

Es verdad. El esclavo es una propiedad. Pero la ley que ha prohibido verter la sangre humana, ha contado entre los humanos á los esclavos. Si el amo arranca un ojo, ó parte un diente á su esclavo, el esclavo es libre. En el dia séptimo, el

esclavo del hebreo descansa. En la fiesta de Pascua se sienta el esclavo al lado de su señor. Y cuando la ley hace esta advertencia, le dice: Acuérdate que has sido tú también esclavo en tierra de Egipto. En los jubileos mi pueblo emancipa siempre multitud de esclavos.

ORIEL.

La ley hebrea dulcificaba ciertamente nuestro estado. Pero el pueblo hebreo no es obediente á las leyes. En tiempo de la federacion de las tribus fué la suerte de nuestra clase más dulce. En cuanto los reyes vinieron, creció el lujo, con el lujo el placer, con el placer y con el vicio la esclavitud. Quisieron los ricos de Israel exprimir todo nuestro sudor sobre la tierra. En vano el salmista aconsejaba en sus tiernos cánticos el rescate de los hijos del pobre; en vano Salomon y todos los profetas aconsejaban la mansedumbre; todos nuestros males se recrudecieron y todos nuestros hijos lloraron bajo el látigo de los israelitas, ingratemente olvidados del cautiverio de Egipto.

EL PROFETA.

Es verdad. La esclavitud se ha recrudecido en Babilonia. Los judíos se han contagiado con los vicios de la ciudad en que estaban cautivos. Los ricos han querido quemar esencias en pebeteros de ámbar; vestir la rozagante púrpura de Tiro; embriagarse con los vinos del Eufrates; dar festines como los festines asirios que Dios ha maldonado. En medio de la orgía han penetrado los profetas y les han dicho que si su antigua corrupcion les ha traído el cautiverio, la corrupcion en el cautiverio les traerá la muerte. Y sobre sus viviendas pasará el trillo, y en sus santuarios sólo anidará el lagarto.

ORIEL.

Profeta, no os han oído. Y los esclavos de Israel son vendidos todos los días, vendidos á vil precio en los mercados de Babilonia..... Maldito sea el pueblo....

EL PROFETA.

No lo maldigas, siervo. No lo maldigan tus hermanos.

ORIEL.

¿En qué se distingue, si tiene esclavos, de los demás hombres?

EL PROFETA.

En que prepara una idea, sí, una idea, á cuyo calor se ha de comenzar vuestra anhelada redención.

ORIEL.

Es la primera vez que oigo esta palabra en labios de un hombre libre. Profeta, dinos una vision del porvenir. Dínosla, y fortalécenos para continuar nuestro camino.

EL PROFETA.

¿Quereis oir mi profecía?

LOS SIERVOS.

Todos, todos.

EL PROFETA.

Tened fé en que sereis redimidos.

ORIEL.

Tenemos hasta esperanza.

EL PROFETA.

Estas son las visiones que os comunico. Guardadlas en el corazon.

El ángel que graba en libros de diamantes los grandes hechos humanos, desciende á la tierra y se posa en el extremo Oriente. Su cabeza se inclina sobre el pecho como si no pudiera sostener el peso de un gran pensamiento. No de otra suerte se inclina sobre su tallo la rosa en las mañanas de la primavera cuando no puede sobrellevar el peso del rocío celeste. En el suelo incandescente del desierto, se levantan nieblas rojizas semejantes á lazos de fuego, y en esas nieblas se dibujan con oscuros colores visiones apocalípticas, dignas de ser contadas en la severa lengua de los profetas. La tierra se halla agitada, convulsa, como una

mujer, en los dolores del parto. Grandes terremotos la sacuden, que abren profundísimas grietas, de las cuales se levantan á los aires vapores mefíticos en que vá disuelto el aliento de la muerte. El cielo parece un volcan del revés, un volcan que tuviera su cráter hácia la tierra. Las piedras crugen, las ramas de los árboles se entrechocan, los montes se inclinan como bosques agitados por el huracan, los rios salen de madre y se extienden por los profundos valles como las lágrimas por las arrugas de envejecido rostro; y los mares irritados se alzan en espirales de hirvientes trombas á lo infinito, y vuelven á caer mugiendo en sus profundos lechos que semejan negras copas rebosando hiel. Y sobre todo este desquiciamiento, allá en las regiones limpias y serenas de lo infinito, se extiende por la inmensidad donde componen los astros su inefable música, una como sonrosada aurora, en la cual se dibujan hermosos ángeles con túnicas celestes, alas blancas, coronas de luz sobre las espaciosas frentes; arpas en las manos, entonando un himno, al que se asocian los coros de los mundos. Grandes ciudades pasan como una procesion misteriosa de sombras. Sus torres y sus palacios y sus muros se caen, y sólo quedan de pié sus sepulcros. Ba-

bilonia llora sobre sus jardines abandonados; Menfis se envuelve como en un sudario en las arenas del desierto; Atenas y Corinto depositan en las orillas de sus mares las coronas de acantho; Jerusalem se retuerce de dolor sobre las piedras destrozadas de su santuario; Tiro, como la Safo griega, se envuelve en su manto de púrpura y se arroja del seno de sus naves al seno de las ondas. Pasa, seguido de una legion de guerreros griegos, los cuales repiten versos de la Iliada al son de las lanzas sobre los escudos, un jóven maravilloso en un carro de oro, tendido sobre cogines de púrpura, con la túnica clásica en los hombros y la tiara oriental en la frente; los lábios vibrando voluptuosas odas, la convulsa mano en una copa de esmeralda milagrosamente cincelada, y los ojos fijos en hermosa vírgen, vestida de blanco, y coronada de adelfas que, ante él de pié, tiembla á su mirada, como la casta Dafne á los rayos del sol. Alejandro, Alejandro, dicen las ciudades y repiten las bóvedas de los sepulcros como un grito de angustia. Yo fundaré, exclama el jóven, una ciudad, templo para guardar vuestros dioses, museo para colgar las coronas de vuestras artes, academia para encerrar vuestras ideas, biblioteca para depositar vuestros libros, santuario

para vuestro espíritu, lecho para confundir vuestras razas; yo la fundaré á la sombra de las palmeras y de las pirámides, con el mar delante como un espejo, y detrás el desierto como un misterio, y será por el pensamiento la diosa de la tierra, como heredera universal de vuestra vida. Entonces una voz misteriosa dice: es tarde. Para tí la vida es un festin, y Dios quiere que la vida sea un combate. De misteriosa selva sale una ciudad con una lanza en la mano y una loba en los piés. Algunos bandidos, gentes de diversas ciudades ignominiosamente expulsados, la siguen, y vá á conquistar en esta ciudad.

El génio irónico y burlesco que hay al pié del mundo; el eterno sátiro, llamado duda, meneaba la cabeza y decia: No, no puede ser. Un amarillento rio le besa los piés de barro. Sus casas son de humilde ladrillo, no comparables á los templos de mármol donde se encierran los dioses del Oriente; sus ejércitos bandidos; sus habitantes los miserables de todo el mundo. ¿Ha de ser una cloaca la corona de la tierra? Ladrones, magos, gréculos, argentaras, patricios orgullosos, plebeyos serviles, retóricos viles, ¿vosotros vais á dominar el mundo que no han podido dominar ni los conquistadores ni los sacerdotes? ¿Bastará hacer

una pirueta y recibir un bofeton para tener el espíritu divino de la omnipotencia y mandar en la tierra? Roma, Roma, ¿bastará que te decidas á ser en tu monstruosa voluptuosidad la prostituta de todos los pueblos, para convertirte en su reina.

II.

Mientras tanto Roma escribe en sus tablas una idea, la idea de la unidad del mundo, y con una idea se conquistan los pueblos. Sale de su madri-guera, arroja á los cuatro puntos del horizonte cuatro puñados de su tierra sagrada y forma como una nueva humanidad. Siracusa cae de rodillas á sus piés, Cartago muere atravesada por su lanza, Cirene besa las orlas de su manto, Numancia le ofrece sus cenizas, Atenas le entrega su lira, Corinto su cincel, Tebas la llave de sus sepulcros, Jerusalem su templo, y los dioses todos descien-den del Olimpo griego, ó del Oriente asiático para ser los cortesanos de Roma, que lleva en sus ma-nos la aguda lanza y en su frente las fórmulas misteriosas del derecho.

Es una mañana, una de las últimas mañanas del antiguo mundo. Roma celebra sus lupercales,

y un soldado brutal ofrece á un hombre de frente espaciosa y de profundos ojos, cuya figura lo llena todo, espléndida corona de rey. El pueblo romano grita como una fiera herida, grita porque sobre la frente de uno sólo descubre el signo de la esclavitud de todos. La libertad, murmuran algunos, la libertad nos ha dado la tierra; el despotismo nos la quitará. Roma aparece como un monumento inmenso de autoridad y de grandeza. A sus piés todos los pueblos, en el fondo de las gemmonías esclavos de todos los climas, en el Senado representantes de todas las razas, en el circo gladiadores que pelean entre sí, ora á pié, ora desde altos elefantes; en los templos los dioses amontonados de todas las religiones, y en la cima un hombre solo con una corona de laurel sobre las agitadas sienes, á las cuales se agolpa la sangre de toda la humanidad. De pronto un puñal derriba á aquel hombre, que espira en el Senado. Pero su sombra se levanta, se extiende, se dilata como una espesa noche, y cubre á Roma. Entonces el hombre que por virtud habia cometido un crimen, que por humanidad habia matado á otro hombre, viendo la libertad perdida, se clava su propio puñal en el corazon, y muere renegando de la virtud y maldiciendo á Roma.

III.

Son las tres de la tarde, si, de la última tarde del antiguo mundo. Las tinieblas cubren la tierra. Las aves se esconden gimiendo en sus nidos. Siniestros y agudos truenos resuenan en las nubes. Rojizos relámpagos centellean sin cesar. Sobre un monte hay un patíbulo, una cruz, y sobre esa cruz un hombre divino que espira. Sirvele de pedestal un montecillo que se llama el Calvario. A los piés de la cruz se vé una mujer de rodillas, con el corazon traspasado de dolor, y los ojos llenos de lágrimas; es una madre. Al pié del montecillo grupos de soldados que se reparten una túnica; son los sicarios de la tiranía. A lo lejos, entre las tinieblas y los relámpagos, Jerusalem; una ciudad que espira. Una corona de espinas atormenta las sienas del mártir, unos clavos sus manos y sus piés. Los soldados, para calmar la

sed horrible que despierta la agonía, le dan en una esponja hiel y vinagre. En aquella suprema agonía vé pasar el mundo antiguo con sus Césares y sus esclavos, y lo condena á muerte. El puñal del tribuno ha sido impotente para matar la tiranía. Pero la ha ahogado la amarga lágrima del mártir. Treinta y tres años ha vivido sobre la tierra. Los doctores le han despreciado, y él ha sabido burlar su ciencia. La Sinagoga le ha llamado blasfemo, y él la ha abierto al espíritu humano. Roma le ha condenado á morir, y él ha condenado á Roma á la eternidad. Ha venido á redimir al esclavo, á grabar la santa idea de igualdad en todas las frentes, á reconciliar á todos los hombres en el seno de la fraternidad universal, á darles con el soplo de sus ideas un sólo espíritu, y un sólo origen, y un sólo padre, que está en los cielos; y todo esto lo ha hecho sin derramar más sangre que su propia sangre, murmurando y no matando, con la aceptacion de un cruento sacrificio, la muerte para sí, á fin de que su muerte fuese la vida para todos. Las áuras han secado sus lágrimas y besado sus labios; las golondrinas han quitado las espinas de su corona; el ángel de la muerte, despues de haberle herido, se arrepintió y fué á sacarlo del fondo de su sepulcro.

IV.

En la Roma de los Emperadores se oye un inmenso festin. En los palacios brillan figuras que se destacan de fondos claros, como si fueran un maravilloso relieve. Representan los espirantes dioses paganos, que del cielo de la fé han pasado al cieló del arte. Una música voluptuosa llena los aires y parece salir de las pinturas de las columnas, de las estátuas, como un misterioso himno. Las lámparas de oro despiden la luz alimentada por el aceite de nardo. En mesas llenas de todas las riquezas del mundo se sirven platos gigantescos, donde se ven todos los manjares que pueden excitar el paladar, y copas de oro y de esmeraldas en que hierven todos los vinos que pueden embriagar el cerebro. Las bailarinas gaditanas danzan al son de las castañuelas, cantan las esclavas griegas versos de Anacreontes más embriaga-

dores que el vino, recita el rey del festin voluptuosos poemas, ofreciendo libaciones á los dioses, se matan á lo lejos los gladiadores en formal batalla, mezclando los vapores de su sangre con los vapores de la orgía, y sobre lechos de púrpura, coronados de flores, vestidos de riquisimas sedas, los señores del mundo comen y beben, dejando caer la frente fatigada en el seno desnudo de hermosas mujeres ébrias de placer, cuyos besos se confunden con el ruido de las copas y los acordes de la música. En medio del festin, cuando más entregados están aquellos hombres á sus delicias, se oye un espantoso fragor como si un mundo se desquiciara sobre sus cabezas. Las puertas ceden. Unos jóvenes altos, nervudos, de larga cabellera, vestidos de pieles, cubiertos de sangre hasta las rodillas, con hachas en las manos, entran. A sus pasos las pinturas de los dioses se desvanecen como un sueño, las estátuas caen, los cánticos cesan, y los afeminados señores de la tierra corren á esconder su vergüenza. Son esclavos de una raza más fuerte.

V.

Roma ha muerto. Sobre sus ruinas, amontonadas y llenas de sangre, se oye el cantar de Alarico, tan siniestro como el chillido del ave nocturna, como el rugir de las fieras. El Tiber arrastra lentamente en sus ondas de hiel los amuletos, los idolos, todas las reliquias del mundo que ha espirado. Sobre las columnas rotas, sobre las estatuas mutiladas, sobre las aras esparcidas yacen cadáveres en tanto número, que parecen una siega de hombres. La noche es sombría. La luna, que de vez en cuando rompe el velo de las nubes, ilumina este paisaje como una lámpara fune-
raria. El aire triste que gime entre las ruinas va cargado de cenizas. Algunas veces sopla tan fuertemente, que hace chocar unos huesos con otros huesos en siniestro ruido. Gigantescos monumentos han quedado de pié entre las ruinas como pa-

ra atestiguar la inmensidad del estrago. Un viejo sacerdote vestido de humilde sayal sale de un sepulcro. Algunos otros más jóvenes le siguen. El anciano se hinca sobre el duro suelo. El anciano dice: Roma ha muerto. ¿Será posible, Dios mio, que consientas en la caída de tanta grandeza? Horrible pecadora ha pagado sus culpas. Pero, Dios mio, hay algo más grande que todas las ciudades y sus culpas, hay tu misericordia. En esto rasga la oscuridad de la noche un resplandor misterioso, que sin ser luz, penetra de indefinible claridad los ojos. Del seno de aquel resplandor sale un hombre sublime, cuyos ojos encierran abismos más profundos y misterios más impenetrables que la inmensidad de los cielos.

Yo resucitaré á Roma. Yo quiero convertirla en el centro del mundo moral. Que los huérfanos tengan una madre, que los ciegos tengan una luz, que los desgraciados tengan una esperanza. La Roma antigua ha muerto por sus vicios; que la Roma nueva viva por sus virtudes. En la antigua Roma habia cortesanos; que en la Roma nueva sólo haya hombres. Los Césares la han asesinado, pero la resucitará la religion. Cedan las orgías su lugar á la ciencia, la blasfemia á la oracion, las cadenas á la igualdad de todos los

hombres en el seno de la justicia y en la confianza de Dios. Sobre el altar que levantemos no haya Césares, sino un santo y vivificante abrigo para el espíritu humano. Maldito sea el primero que se crea heredero de los Césares dispersos por el soplo de la divina cólera. Este es el hogar de la libertad ; este es el asilo del derecho. Aquí han de venir todos los hombres á aprender que todos son iguales , que todos son hermanos , que todos son libres, que Dios levanta para todos el sol y para todos reserva la resurreccion en otros cielos y en otros mundos. A tí, anciano, á tí confío el depósito de estas verdades, y para que las guardes, resucitaré á Roma tres veces, la arrancaré primero de los dientes de Alarico , despues de las uñas de Genserico, y por último de los piés de Atila. Y una bendicion cayó sobre el anciano y un cántico misterioso resonó en los cielos.

Entonces comenzaron á pasar largas séries de procesiones delante del anciano, á cuyos piés batian sus verdes palmas los mártires , y sobre cuya cabeza batian sus blancas alas los ángeles. Venian primero unos hombres nervudos , fuertes, vestidos de pieles , con las manos llenas de agudas lanzas , entonando un cántico salvaje que semejaba el ahullido de las fieras en las selvas. Y

el anciano los bendijo. Venian despues rulucientes caballeros con su casco de plata, sobre el cual caian plumas de todos colores, su escudo de oro en que iban grabadas misteriosas leyendas y su traje de hierro que resonaba de una manera estridente, caracoleando en sus potros, que relinchaban fuertemente sobre una arena teñida de sangre; acompañados, precedidos, seguidos de grandes bandadas de águilas y de cuervos, que formaban en su alrededor como una espesa nube. Y el anciano los bendijo. Venian despues sobre naves empavesadas audaces navegantes, y sobre altos pedestales primorosos artistas. Los unos agrandaban la tierra dotándola con islas y continentes sobre los cuales tegian sus ramas cargadas de flores grandes árboles en que entonaban un himno infinito miriadas de aves, cuyos gorgeos iban á perderse en el bramido de las cataratas, el hervidero de los volcanes y el embravecido oleaje del profundo Océano. Los otros sobre el blanco mármol cincelaban estátuas de bellísimas formas, y sobre las tablas figuras de expléndidos colores. Y á unos y á otros el anciano les bendijo. Venian despues corpulentos varones con un traje de blanco armiño, un manto de roja púrpura, una corona de pedrería en las sienes y un globo de

oro en la mano izquierda y una espada en la derecha, seguidos de hermosas damas y brillantes pajes. Y el anciano los bendijo. Y despues vinieron varios séres humildes, sin hierros, sin caballos, sin armas, sin pinceles, sin naves. Parecian enmedio de tanta grandeza como los primeros apóstoles al pié de la Roma de Neron entregada á sus orgías. Y dijeron : ¿nosotros solos, somos huérfanos? ¡Oh! No. Bendecid tambien la libertad, y se realizarán las promesas del Evangelio.

Y no la bendijeron. Pero la libertad continuó su camino. Un dia se reunieron varias gentes humildes en el seno de asociaciones libres, verdaderos árboles benditos, á cuya sombra latió el gérmen de un nuevo mundo, de una nueva sociedad en la tierra. La conciencia bajó en lenguas de fuego sobre aquellas gentes; la conciencia humana, hasta entonces eclipsada. Unos tomaron el arado, otros el trillo, otros el azadon; mientras sus hermanos tomaban las armas para defender el hogar; para defender la familia que en ese hogar anidaba; para defender el jurado que mantenía la justicia entre todos estos ciudadanos y la paz entre todos estos hogares. Y de nuevo fueron á pedir al hombre que se creia continuador de la redencion sus bendiciones, y las bendiciones les

fueron negadas. Y entonces la conciencia floreció en el alma de los plebeyos. Y sus enemigos se juntaron, se convinieron, se llamaron reyes absolutos; y sobre un puñal y una calavera juraron que habian de levantar sus tronos con huesos plebeyos y en sangre plebeya teñir sus mantos reales. Pero no sólomente adquirieron los plebeyos conciencias, sino que tambien, bajo las frias sombras de la esclavitud, y á despecho de sus tiranos, adquirieron razon. Y la razon se levantó sobre sus almas, con la majestad y la grandeza con que el sol se levanta desde el abismo de los mares por la inmensidad de los cielos. Y los tiranos que estaban ciegos, no veian el oriente de la razon humana lucir esplendoroso, deslumbrador, en la ancha frente de los pueblos. Y mientras ellos forjaban y remachaban cadenas, pesadísimas cadenas, la razon subia, subia á lo infinito, hasta medir el espacio, hasta pesar en la palma de sus manos los astros rutilantes, hasta beber el manantial de nueva vida en el curso sosegado de las ideas inmortales. Y entonces sonó la hora de la promulgacion de los derechos humanos en la conciencia universal. Y como los tiranos querian apagar una idea que era como el fuego vital en las entrañas de la sociedad, esta idea brilló, ardió, iluminó; pero

tambien consumi6, tambien devor6, y los cetros se troncharon. Y las coronas se derritieron. Y los tronos se transformaron en cadalsos. Y los reyes, que habian querido tener como ministros de su justicia 6 los verdugos, sintieron pasar el frio filo del hacha del verdugo por sus gargantas. Y en aquellas explosiones, semejantes 6 la erupcion de mil volcanes, al estampido de un hurac6n de electricidad, al desgajamiento de todo el planeta, azotado por un gigantesco terremoto, se fundieron las cadenas del esclavo, y se abras6 su corona de espinas.

Y habia brotado en las aguas, como inmensa flor marina, un nuevo mundo. Y este nuevo mundo era m6s hermoso que el paraíso en los dias primeros de la creacion, cuando la luz recién salida de la palabra divina lo besaba con el candor y con el fuego del beso de los primeros amores. Los mares se dormian en brazos de sus playas, sonriendo celestemente, como los 6ngeles cuando se levantaban mariposas de los astros en sus cunas et6reas. Las monta~as llevaban allí una falda de selvas, y una diadema de nieves. Las selvas impenetrables, testigos de los primeros siglos, con sus 6rboles cargados de frutos, con sus praderas sembradas de flores, con sus coros

de aves canoras que entonaban himnos inmortales á las alturas. Tanta luz, tantas armonías, rios como mares, mares como cielos, cielos cargados de estrellas como las flores tropicales de rocío, praderas infinitas y sin término, montañas que eran columnas de zafiro, rematadas con chapiteles de diamantes, debian ser y eran el templo inmenso de la libertad.

Mas la codicia humana lanzó allí de barcos malditos legiones de esclavos, negros como la noche. Y aquellos esclavos pudrieron la tierra con la sangre que el látigo extraia de sus pieles; y la conciencia con las sombras que la servidumbre condensaba sobre sus almas yertas. Pero ¡ah! que vinieron la razon y la conciencia tambien á iluminar aquellas negras sombras y á empaparlas en su divino éther. Y un dia la razon y la conciencia se hicieron hombre en un génio de redencion y de paz. Y aquel génio desde lo alto de un templo que será bendecido por todas las generaciones, rompió las cadenas y se las arrojó, todavía enrojecidas, á la proterva frente de los mercaderes de carne humana. Y la tierra respiró.

Mas no bastara esto. El pária ha engendrado al sudra; el sudra al ilota; el ilota al esclavo; el esclavo al siervo; el siervo al vasallo; el vasallo al

súbdito; el súbdito al ciudadano; y el ciudadano engendrará al hombre lleno del espíritu divino; al hombre que debe centellear de su frente espaciosa toda la luz del pensamiento libre; y vivir en el seno de la justicia, como viven los astros en el cielo.

Así Dios resplandecerá sobre el Universo. Así el espíritu humano será el compendio y el resumen de todo el Universo. Los hombres serán hermanos; y el cielo como el techo del hogar paterno. La naturaleza florecerá á su aliento, parecido al soplo creador. Los cielos brillarán cuando el hombre los mire, como si recibieran una nueva luz. Descenderán los astros á su oído, como las palomas del valle. Subirán las ideas á las alturas, como las espirales del incienso, como los aromas de las flores. Y cada idea que suba, descenderá de nuevo sobre el espíritu humano en lluvia de espiritual rocío. Y el trabajo será como las fuerzas de la creacion, é irá transformando los séres, perfeccionándolos, enrojeciéndolos en la viva luz de lo ideal. Nubes de los cielos, palomas de los valles, astros de lo infinito, almas desprendidas de la oruga de la naturaleza, torrentes de ideas, todo cuanto viva, todo cuanto crezca, todo cuanto forme en su progreso ascendente la esen-

cia de un alma, servirá para unir lo finito con lo infinito en eternos, inextinguibles amores. Y estas son, esclavos, las visiones que os enseña el profeta, al veros comenzar, encerrados bajo el dolor, vuestro viaje hácia Occidente.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

JORNADA SEGUNDA

DE LA SEGUNDA PARTE DE

LA REDENCION DEL ESCLAVO.

EL TRABAJO.

I.**ORIEL.**

Salud, oh Grecia, santa madre del géneo ; salud, tierra de la hermosura y de la armonía. El mar celeste se repliega en tus doradas costas de mármol, sobre cuyas arquitectónicas líneas tienden su verde follaje los laureles y los mirtos, gratos á la inmortalidad. Las ondas del Egeo te arrullan ; las brisas del Asia, perfumadas en los pebeteros de esencias que forman las islas del Archipiélago, te olean ; el sol embota sus rayos, para no encender tu bienhadado seno, templo antiquísimo de la sabiduría. En tus áuras van las nueve musas, siempre en coro, trenzando sus divinas danzas sobre la alfombra de tus nubes teñidas por infinitos arreboles de una luz sin igual.

La diosa de Chipre se baña en el Iliso, recoge sus ondas y las evapora á fin de refrescar los zéfiros, que como gasas corren sobre tus templos y tus bosques, y coronando de rosas sus amorcillos, los manda á que animen con sus besos el vino en tu tierra, la sangre en las venas de tus hijos, los cánticos en los lábios de tus poetas. Yo quiero verte ; oh hermosa! tenuemente unida por el istmo de Corinto á la tierra que no te merece, como una hoja de morera que hubiese caido sobre el mar; yo quiero verte rodeada de tu cintura de islas ; vestida de tus brillantes granados y de tus oscuros cipreses, de tus claros pámpanos y de tus negros olivos ; cortada por tus altas montañas donde se refugian los dioses y por tus colinas, á cuyos piés, desde las grutas que las ninfas habitan, salen cantando los murmuradores arroyos. Entre los troncos de los árboles corren los caballos en pelo, y entre las ramas cantan los ruiseñores en coro, mientras los sátiros, de pié hendiendo, vierten, á la voz de Baco, por do quier voluptuosa alegría. Quiero beber las aguas del Cephiso cantado por Sófocles; coronarme con las purpúreas hebras del azafran y los ramos del oliente narciso, antigua guirnalda de las diosas; seguir las procesiones celebradas con carreras de

mancebos que fuesen modelos de Fidias, y danzas de vírgenes que inspiran á Anacreonte ; contemplar el mar Egeo , cruzado por las naves doradas donde los sacerdotes celebran flotantes sacrificios entre las armonías de las cítaras y los coros que entregan á las brisas bellas inmortales canciones.

CORO DE PASTORES.

Venid, extranjeros, venid. Estais en la tierra de la melodía , en la tierra sagrada de las cigarras y de las abejas ; en la tierra toda aromas y toda miel. En nuestras colinas el suelo es de romero, de tomillo , de lentisco oloroso , y las selvas son de mirtos. De cada arroyo aprendemos una cadencia; de cada roce del aire en las ramas de nuestros arbustos una armonía ; de cada caña que el arroyo riega tallamos una flauta, un caramillo, que alegra con su dulce resonancia las majadas, los oteros y los valles, con toda su poblacion de rústicos dioses y desnudas ninfas. Si tenéis amores , nosotros procuraremos que aprendais á cantarlos ; á unir el nombre adorado con las libaciones del dulce vino ; á trenzar el mirto con el laurel, el narciso con el nardo. Aquí hasta la muerta es riente, es alegre. Cuando uno de nos-

otros cae, lo cubrimos de flores, lo mecemos en suaves elegías, y al depositar sus cenizas en el regazo de nuestra madre, le pedimos con lágrimas, tan bellas como gotas de rocío, que estreche dulcemente aquel querido depósito; porque la muerte es como una llama, ascendiendo desde la tierra á los cielos. Aquí la vida, el sueño, el amor y el nacimiento, la amistad, el trabajo y la muerte son una continuada armonía.

ORIEL.

Respiro, respiro aquí mejor. Entraré en vuestros hogares; saludaré el sagrado altar donde el fuego inextinguible arde; lo alimentaré con misteriosas esencias, y escucharé entre vosotros arrobado los versos de vuestros poetas. Yo me siento rejuvenecido sobre esta tierra de la libertad. Yo creeré en sus dioses, en sus ritos, en sus ceremonias; escogeré una de sus hermosas doncellas; la sacaré del hogar paterno despues de haber recibido las bendiciones de su familia y de sus lares; la colocaré en el carro nupcial, bajo el tupido velo blanco y la corona de sésamo; llevaré delante de ella la olorosa antorcha; y al llegar á la puerta de mi casa, la arrebataré en mis brazos,

imprimiré el primer beso de amor en sus labios, la rociaré con el agua lustral, partiré un pan entre los dos, y entre los dos, en la misma copa, un sorbo de vino; la asociaré á mi culto doméstico, tierna sacerdotisa de mis dioses; mientras nuestros vecinos y amigos entonan á una melodiosamente el dulce cantar del Hymeneo; y luego tendremos hijos que sepan pelear por Grecia como los héroes de Salamina, y por Grecia morir como los mártires de las Termópilas.

CORO DE GUERREROS.

Extranjero, conoces nuestros ritos; pero no puedes participar de ellos, porque no has nacido en nuestra bendita tierra. Si entraras en uno de nuestros templos, serias condenado á muerte. Tú no puedes tener ni una partícula de nuestros campos, ni una sombra de hogar, ni uno de nuestros dioses menores. Si uno de los sagrados objetos de nuestros templos cayera en tus manos, seria inmediatamente profano, y rechazado por los sacerdotes, y maldecido por los dioses. Puedes ser nuestro huésped, pero no puedes ser nuestro ciudadano.

ORIEL.

Yo habia creido que me recibiríais como hermano al oír el cántico de esos pastores.

LOS GUERREROS.

¿Qué saben ellos de nuestras leyes?

ORIEL.

Hijos de la naturaleza, ignoran las arbitrarias convenciones de los hombres.

LOS GUERREROS.

Pátria, amada pátria. Nosotros no podemos entregarte al primero que llame á tu puerta. Eres el sepulcro de nuestros padres, el templo de nuestras esposas, la cuna de nuestros hijos, el cielo de nuestros dioses. Fuera de tus muros sagrados no hay fuego para el hogar, amor para el corazón, leyes ni culto. Nosotros vivimos unidos á la ciudad como el árbol á la raíz, como la raíz á la tierra. Entre el destierro y la muerte, preferimos siempre la muerte.

ORIEL.

Mas yo sé que entre vosotros puede llegar el extranjero á ser ciudadano.

LOS GUERREROS.

Difícilmente, muy difícilmente.

ORIEL.

¿Qué necesito?

LOS GUERREROS.

Es necesario que todo el pueblo te admita en escrutinio secreto.

ORIEL.

¿Y nada más?

LOS GUERREROS.

Pasados nueve dias debe la votacion repetirse.

ORIEL.

¿Y entonces, ya?.....

LOS GUERREROS.

Entonces, todavía falta que te confirmen nuestros magistrados.

ORIEL.

Sois severísimos.

LOS GUERREROS.

Más fácil es en Grecia dar una ley, ó declarar la guerra, que admitir en la ciudad un extraño.

ORIEL.

¿Y si yo dijera que traigo un elemento de vida para este pueblo?

LOS GUERREROS.

¿Un elemento de vida?

ORIEL.

Sí, sí, grande, inmenso.

LOS GUERREROS.

Habla, habla, extranjero.

ORIEL.

Estadme atentos.

LOS GUERREROS.

Te oímos como si oyéramos un oráculo.

ORIEL.

Que mis dioses y vuestros dioses me sean propicios.

LOS GUERREROS.

¿Pues de dónde eres?

ORIEL.

No tengo pátria.

LOS GUERREROS.

Habla, habla.

ORIEL.

Oidme. Yo soy el trabajo. Yo he recorrido la tierra uniendo mis fuerzas á las fuerzas de la naturaleza. Ye he consumido mi inteligencia llevándola como una lámpara encendida por todos los secretos. Yo he bajado á los abismos y he pedido que me explicaran sus misterios los abismos. He subido á las alturas, y en el misterio del éther abismado he recogido sus verdades, las ideas que son la esencia de la esencia. Con el fuego que á la creacion he robado, animo las piedras, ablando el hierro, tejo las fibras de las plantas, saco el zumo de las flores, recojo la luz de las estrellas, tiendo las cuerdas en el arco, empapo en los reflejos de mi idea la tierra, que se convierte en el templo del hombre. Es el fuego del trabajo como el fuego creador. Y no sólomente ilumina, anima la

naturaleza material, sino que llega hasta el fondo de nuestro sér, lo dora, lo bruñe, le dá matices increíbles, y engendra una nueva alma en el alma. Dejadme pasar á vuestras ciudades; dejadme entrar libre en sus muros; concededme un hogar y un abrigo: sea yo vuestro ciudadano, y os transformaré en séres superiores como vuestros dioses transformaban las piedras en hombres.

II.

JÚPITER.

Corred, nubes tonantes, por las crestas del Olimpo; vibrad las chispas del rayo que llevais en vuestro seno, y reunid, reunid los dioses inmortales.

CORO DE DIOSES.

Padre, padre Júpiter, hijo de Cronos, tú, que en la cima del Olimpo te levantas, con tu manto de éther, tu cetro de rayos, tu corona de astros, tu alfombra de nubes, ¿por qué nos haces descender de nuestros altos tronos; por qué en torno tuyo nos congregas?

JÚPITER.

Dioses inmortales, ¿teneis en mucho el culto de los hombres, sus votos, sus ofrendas?

LOS DIOSES.

No hemos recorrido tan largo espacio, desde el fondo de la Judea hasta los mares del Archipiélago; no hemos pasado por tantas metamorfosis para perder aquí, en la cúspide altísima de nuestra grandeza, el culto de los hombres, sin el cual no tendria nuestra existencia para qué ser. Dejar nuestros templos! Jamás, jamás. Júpiter es más Júpiter en Delos que en el monte Eta. Apolo brilla con luz más nueva en Delfos que en el Pindo, entre el coro de las musas. Minerva, la diosa de los oscuros ojos, no podria vivir si le faltase la ciudad, que ha iluminado con el jugo de su árbol favorito, del olivo, si le faltase Atenas. Diana, que los asiáticos creian un tronco de encina rematado en cabeza de vaca, recibió su hermosura, y su luz casta y pura, que los bosques aman allá en las aras inmortales de Efeso. Los dioses sin templos se mueren; son almas sin cuerpos.

JÚPITER.

Yo tiemblo, y se estremece la tierra en sus cimientos.

JUNO.

Ya adivino la causa de tu inquietud. Paseándote por los espacios en alas de tu águila, acompañado por Hebe, precedido de Íris, has hallado algun nuevo amor que te inquieta, alguna Dánae, alguna Europa....

JÚPITER.

Ven ahora con tus celos á perturbar mi pensamiento fijo en el propósito de salvaros á todos de la grande catástrofe que os amenaza.

MERCURIO.

¿Qué catástrofe, Júpiter, qué catástrofe? ¿Por ventura de nuevo las hondas cavernas de la tierra han abortado los Titanes? ¿Por ventura estos gigantes creen que van á llegar con aleve mano hasta el Olimpo? ¿Acaso han puesto colina sobre

colina, montaña sobre montaña, y nos amenazan, amenazan nuestro palacio ethéreo con el fuego de sus volcanes, cuyo rugido extingue una mirada de tus ojos de cielo?

JÚPITER.

No temo las fuerzas del infierno ; lo que temo es la fuerza incontrastable del pensamiento.

VENUS.

Yo nada temo. Yo enlazo los astros en cadenciosas armonías ; y de mi sonrisa toma su luz el Universo. Yo soy el amor. Nací como una inspiracion del seno de las ondas plácidamente conmovidas por las áuras ; meciéronme las blancas espumas ; me levanté como la estatua eterna de la belleza , desnuda y casta ; sobre la arena que á mis pisadas tornábase fecunda en flores y frutos, sobre las pintadas conchillas que esmaltaban el suelo , y entre los rumores del mar que moria dulcemente en las sonoras playas ; himno triunfal de la naturaleza. Cuando mi cuerpo se dibujaba en los diáfanos horizontes ; cuando mi seno latia con la primera emocion de la vida ; cuando se co-

loreaban mis mejillas al calor de los primeros amores; extática la mirada, se embelesaba en la contemplacion de la luz, y agitados los lábios, murmuraban una plegaria, como eco de las armonias universales, que sustentan y enlazan todos los séres, todas las cosas, todos los mundos. ¿Qué sería sin mí el Universo? Apagaríanse las estrellas. El calor que anima la naturaleza se convertiría en hielo, y el mundo en frio sepulcro. Interrumpiríase la renovacion de los séres. Las esferas caerian yertas como una planta sin raíz. Cubriríanse los espacios de Océanos profundos de cenizas. Porque yo soy el amor que vivifica y mantiene, y renueva y perpetúa todos los séres en el hogar del Universo.

DIANA.

He recorrido la tierra; he atravesado las selvas. Los perros han ladrado como siempre á mi paso en la soledad de la noche. Los bosques, como siempre, se han conmovido al dulce rayo de mis miradas y al beso de mi aliento. Yo he asistido, como siempre, á los partos. Yo he contado los recién nacidos. Yo he oido sus amargos sollozos al recibir la triste dote de la existencia. Yo no he

visto, Júpiter, que haya nacido ningun mónstruo por el cual debamos atemorizarnos ¡ah! nosotros los dioses. Desde la serena region de los aires hasta el fondo de los valles, todo era calma, todo era reposo. ¿Cómo, pues, Júpiter, tu majestad serena se conmueve y se agita por un lejano peligro? La tierra está más serena, mucho más serena que el Olimpo.

JÚPITER.

Tú, Diana, tú has sido la Hecate sombría que reinaba en las frias tinieblas.

DIANA.

Es verdad.

JÚPITER.

Tú sabes cuánto nos ha valido el miedo al infierno para tener á los hombres en pasiva y segura obediencia.

DIANA.

Lo sé.

JÚPITER.

Pues tiembla, tiembla. Los hombres van á perder el miedo al infierno.

TODOS LOS DIOS.

¡Qué horror!

MERCURIO.

Tiene razon nuestro rey , nuestro padre Júpiter. Si los hombres pierden el miedo al infierno, los dioses destronados tendrán que meterse á comediantes.

JUNO.

¿Qué va á ser de nosotros? Las nubes vendrán á envolvernos como un sudario. Los arroyos perderán sus melodías ; los bosques perderán sus melancólicos susurros, cuando los dioses no iluminen los cielos y no toque Pan su flauta pastoril en los amenos campos.

MERCURIO.

Pero cuéntanos ; oh Júpiter! la causa de tus

presagios. ¿Han disputado por ventura los filósofos sobre la verdad ó la falsedad de nuestra existencia? ¿Háse levantado alguno á decirnos que somos sombras y nada más que sombras?

JÚPITER.

¡Qué hermoso es el Universo lleno de dioses! Los hay en los giros del aire y en las tinieblas del abismo. Los hay sobre el sol y bajo las sombras. La fuente no correría si las náyades no agitasen con sus blancos cuerpos la serena linfa. Las olas no se alzarían vestidas de luminosos reflejos y coronadas de blancas espumas si la sirena y la nereida no palpitasen blandamente en su líquido seno. Hay un dios en cada árbol, un dios en cada flor, un dios en cada gota de rocío. Así el Universo está vivo, animado, desde las últimas arenas que al fondo del mar caen, hasta el fuego que corona la frente augusta del sol. ¿Y quieren helar el Universo? ¿Y quieren que sea como inmenso cadáver tendido en los espacios infinitos? ¡Oh abominación!

MERCURIO.

Llamemos todos los dioses de toda la tierra á nuestro socorro.

VULCANO.

Ruégote que no hagas tal. Los dioses feos, con caras de perro sobre el cuello y cien tetas al pecho, querrán tener primacia sobre los hermosos dioses de Grecia.

MERCURIO.

¿Y quién te mete á tí á hablar de hermosura, pobre é informe cojo? Sólo aquel que es bello puede comprender la belleza. Déjanos, pues, en paz, llamar á cuantos necesitamos; que el caso es supremo y apurado, segun nuestro padre Júpiter.

VULCANO.

Calla. ¿No comprendes que van á beberse nuestro néctar, á devorar nuestra ambrosía, y á tragarse el humo reservado á nuestras hecatombes? Luego, hablando mil lenguas distintas, no vamos á comprendernos. Y el número, si hay en la tierra gerarquías, el número aumentará la confusion en el cielo; y seremos incapaces de defendernos, incapaces de levantarnos sobre nuestros enemigos.

JÚPITER.

Tiene razon Vulcano.

VULCANO.

Ya celebramos otra Asamblea de todos los dioses y salimos con las manos á la cabeza. Las viejas divinidades del Asia, irreconciliables enemigas nuestras, querian, por ser de oro, de plata, de marfil, preferencia sobre los dioses cantados por Homero en lengua griega, y esculpidos por Fidias en mármol pentélico.

MERCURIO.

Vengan, pues, los dioses griegos á salvarse.

TODOS LOS DIOSES.

Aquí estamos.

JÚPITER.

Ya sabeis que no soy orador. Mi voz es el trueno, voz demasiado ruidosa para ser elocuen-

te. Mi argumentacion es el rayo, argumentacion abrumadora, mas no oratoria.

MERCURIO.

Habla como puedas. Pero no olvides que la palabra es la forma de la idea y la idea es la verdadera diosa del Universo.

JÚPITER.

¿No habeis notado que los sacrificios disminuyen? Hace pocos dias, cerca de Caphares, un navío naufragaba. Sus remeros habian ya perdido las fuerzas, y sus tablas se apartaban unas de otras en los choques tremendos con los escollos. Tendió el piloto á Neptuno los brazos, y el pensamiento á Júpiter. Invocó nuestros dos nombres unidos. Nos prometió holocaustos y sacrificios. Lo salvamos. En su angustia llamó diez y seis dioses; y á diez y seis dioses prometió sacrificios. Nadie habrá olvidado cómo entró su nave en el Pireo, ceñida de flores, saludada por cítaras, á la hora en que el sol se levanta sobre las montañas, y los sacerdotes vestidos de blanco, y las vírgenes coronadas de verbena, corren á las orillas á de-

partir con el mar en himnos más sonoros que las brisas. Descendieron los marinos, libaron de lo lindo, y á nosotros nos ofrecieron por todo sacrificio, en vez de grandiosas hecatombes, un gallo pelado y algunos granos de incienso.

MERCURIO.

Es verdad. Los sacrificios se acaban. Los dioses olvidan nuestros nombres. Los cánticos sagrados no resuenan ni bajo las bóvedas de los templos, ni bajo las bóvedas de los cielos.

JÚPITER.

¿Sabeis por qué sucede todo esto? Pues sucede porque el trabajo quiere elevarse al lugar que ocupaba la divinidad. El trabajo dice que no ha menester para nada nuestro auxilio; que él, recogiendo en sus velas el viento, puede atravesar los mares; que él, destrozando con su hacha los árboles, puede penetrar en las selvas; que él, frotando un pedazo de madera con otro pedazo de madera, puede procurarse el fuego, ese fuego creador que produce las frutas, que pinta las flores, que se dilata con la sávia por las plantas,

que se encierra en el jugo de las uvas, que enciende de dia el sol, y dora por la noche las estrellas.

APOLO.

¡Blasfemia! ¡Abominacion! ¿Para qué nos querrán, si todo eso consiguen? Nos quedaremos aquí inertes, sin que los poetas nos canten, sin que los sábios nos invoquen, sin que las vírgenes nos sonrian, sin que los escultores modelen nuestras efigies ni los arquitectos nos alcen templos rodeados de mirtos, de lentiscos y de adelfas.

JÚPITER.

Ya se conoce, Apolo, que eres músico, en lo mucho que hablas y en lo poco que haces. Obras, obras, inmediatamente obras. Méenos palabras, méenos palabras.

APOLO.

Habla y obedeceré. Yo soy aquel que mandó las flechas al campo griego en el sitio de Troya, cuando los reyes y los héroes no querian pelear,

divididos en grandes discordias. Dime dónde está nuestro enemigo y verás cómo súbito doy de él estrecha cuenta.

NEPTUNO.

¿Qué hace, Júpiter, tu rayo? ¿Para qué sirven, sino, mis ondas? ¿Por qué, por qué duermen los vientos?

JUPITER.

El rayo puede herir á uno ó dos individuos. Pero el rayo no puede matar á una especie. Tus ondas serian más eficaces. Pero correríamos el peligro, Neptuno, de ahogar á todos los hombres. Y ahogados todos los hombres, ¿de qué servirian los dioses?

NEPTUNO.

Matemos, y volvamos á crear.

JUPITER.

No sabes si nacerian más humildes. Además,

el poder está entre nosotros muy dividido. Nadie puede gloriarse de poseerlo por completo. Las parcas tejen fuera de nuestro alcance los hilos de la vida, y á su antojo los cortan allá en sus cavernas. Si tuvieras en tu mano la muerte ¿no la enviarías contra el pescador del Oreo que te robara audaz tu famoso tridente en el templo de Jeresta?

MOMO.

Hay más seso en la cabeza de las langostas que en la cabeza de nuestros dioses.

JUPITER.

¡Blasfemo! ¿Quieres ver cómo empleo en ti el rayo que debiera emplear en los mortales?

MOMO.

Si los mortales se rien de tus rayos, figúrate qué le pasará á los dioses.

HÉRCULES.

Derribemos sobre los audaces las montañas. Yo las arrancaré de cuajo; yo las desarraigaré como si desarraigara un árbol, y aplastaré á los rebeldes. Manda y verás sus huesos diseminados, sus pieles colgadas al viento, sus miembros esparcidos en mil pedazos por la tierra, para festin sabroso de perros, de chacales y de cuervos.

JUPITER.

Jamás corrió el Olimpo un peligro mayor. Me parece que lo siento conmoverse en sus bases más profundas. La piqueta de los jornaleros hará lo que no han podido hacer las ideas de los filósofos. Preparémonos, pues, á luchar. O los trabajadores ó nosotros. Libres ¡ay! escalarán los tronos, y nos arrojarán como pasto al negro olvido que se traga los séres y no los devuelve.

LOS DIOSSES.

Conjurémonos contra los trabajadores. Prome-

tamos por la cabeza de Júpiter no consentirles una hora de reposo. Caigan á nuestras plantas, caigan todos. La naturaleza dejaria de ser el hechizo, la mágia, para ser la verdad. El mundo dejaria de tomar el filtro nuestro, que le embriaga. Muera el trabajador.

III.

ORIEL (*á sus compañeros*).

Seamos libres en esta tierra de la libertad. Hemos salido del caos de Oriente donde el hombre se confunde como los demás animales con la naturaleza. Ahora estamos aquí, en la tierra prometida, donde la conciencia se abre como una flor, donde la vida madura como un fruto sazonado á los rayos de su hermosísimo sol. Somos el trabajo, sí, el trabajo que todo lo funda. ¿Sentís ese calor que derrama la sávia por las fibras de las plantas? ¿Veis esa lluvia que pudre el grano depositado en la tierra y lo eleva á la luz, al aire en tierno brote? ¿Veis esos campos renovándose perpétuamente y ofreciendo festines á las aves del cielo, alimento á los habitantes de la tierra? Pues todo eso no es tan fecundo como el sudor

que destila nuestra frente. El trabajo, el trabajo es el creador. El trabajo ha encontrado el fuego que nos alumbrá, que nos calienta, que nos guía, que nos emancipa. Por el trabajo viviremos acrecentando nuestra inteligencia y nuestras fuerzas. Por el trabajo podremos convertir la tierra en la mansion de los dioses. Salud, oh Grecia, salud, tierra de la libertad.

LOS DIOSSES (*invisibles*).

¿Lo ois? Cree que podrá volver la tierra mansion de dioses. ¿Qué sería entonces de nosotros? Nos veríamos obligados á descender del Olimpo al mundo para adorar á nuestros adoradores.

UN SOFISTA (*acercándose á Oriel*).

¡Desgraciado! Porque tienes una antorcha en la mano derecha y en la izquierda un azadon, te crees ya un Dios. Y eres de estirpe de esclavos. Tierra de la libertad llamas á Grecia, cuando deberias llamarla tierra de servidumbre. Ignoras que la caza de hombres se verifica constantemente

te por las montañas del Norte. Ignoras que los bazares llenos están de humanas mercancías. El hombre vende al hombre. Los espartanos, tan orgullosos, han servido bajo el peso de enormes cadenas á los humildes tegeatas. Las mujeres de Platea fueron todas siervas en Esparta, despues de haber visto morir ante sus ojos esposos é hijos. Los samios vencieron á los griegos por excelencia á los alemenses, y les grabaron irrisoriamente un mochuelo en las carnes. El mayor y el más virtuoso entre los sábios de estas gentes ha dicho que es injusto esclavizar á sus amigos, pero justo esclavizar á sus enemigos. Y como la vida de Grecia ha sido un combate continuo entre sus ciudades, todos los griegos en la sucesion de los tiempos han sentido la mordedura del látigo en sus espaldas. Los olintios fueron vendidos á pública subasta, y los griegos compraron y se repartieron á estos sus amigos, más que sus amigos, sus hermanos. Las más ilustres familias han llevado la marca deshonrosa, el oprobio de la servidumbre en la frente. La triste Hecuba pasó del trono á la tumba entre las tinieblas de la esclavitud. La fiel Andrómaca fué entregada á los sacrificadores de Hector. La previsorá Casandra, rodeada de sus compañeras, se despedia de las riberas por donde

andaba la sombra de su esposo insepulto, que no habia tenido para dormir en paz el sueño de la muerte ni los honores de las libaciones, ni los honores de la fúnebre hoguera. Y mientras dejaba esos pedazos de su corazón esparcidos en los campos de Troya, las infelices mujeres, caídas de su grandeza, iban á encerrarse en los altos muros ciclópeos regados con las amargas lágrimas de sus hijos siervos. Así como los campos se alimentan del detrito, del estiércol, se alimentan las ciudades de la esclavitud. En cada escollo de los mares griegos hay un pirata decidido á convertir los libres en cautivos; y en cada calle un ladrón de niños, que los arranca al hogar y los conduce al mercado de los vecinos pueblos. Los déspotas del Asia reclutan aquí en esta tierra de hombres libres sus siervos. El Peloponeso dá los artesanos que sirven á los reyes, los maestros que les enseñan á tiranizar, los cómicos que los divierten. La Jonia dá los músicos, que les regalan el oído con sus canciones y sus cítaras. La Grecia toda, esas jóvenes que, vestidas de blanco, de rosas coronadas, con la cabeza hácia atrás, las negras trenzas sobre los hombros, los ojos en arrobaamiento, las mejillas encendidas, los labios vibrando voluptuosas canciones, danzan, ébrias de amor

y de vino, en los festines reales. Esa ciudad de Atenas vive de los tributos que impone á los mercados de esclavos. El mercader se halla protegido, como un ciudadano indispensable á la pública prosperidad, en nuestras sábias leyes.

ORIEL.

Parece imposible. Yo he visto la Acrópolis y la he creído la fortaleza de la libertad. Yo me he sentado á la sombra del Parthenon y me ha parecido que sólo podia abrigar en su hermosura seres que á sí mismos se pertenecieran. Cuando vuestras multiformes montañas entonadas por los giros del aire y los arreboles de la luz esplendente ; cuando vuestros mares que penetran con variedad tan rica en los senos de las marmóreas costas bruñidas por el sol ; cuando vuestros valles sembrados de mirtos y cipreses, regados por los torrentes que corren bajo el follaje de adelfas rematadas por rojas flores ; cuando toda vuestra tierra , en fin , se ha aparecido á mis ojos , yo la he saludado como el santuario de la libertad. Yo he visto á sus pequeñuelos ir desnudos á la escuela en el rigor del invierno, como hijos predilectos de la naturaleza. Yo he oído en los juegos phíti-

cos el canto á las Termópilas, á Platea, á Salamina, á los campos de batalla donde ha triunfado la libertad. Por eso esta es la tierra de la quietud y del reposo. La vida es aquí continua melodía; la inspiracion sonrisa; el amor goce; el pensamiento luz; el trabajo actividad natural; la familia un coro; la plaza pública una escuela; el arte una armonía; la guerra un juego; la muerte un tranquilo y benéfico sueño. Vosotros sois la raza de los oradores, el pueblo de las asambleas. Vuestros artistas han levantado el mundo de las bellas formas sobre la tosca naturaleza, porque vuestros artistas son libres. La ciencia ha descendido á iluminar vuestra frente, porque es libre entre vosotros la ciencia. En pueblo de tantos oradores, de tantos filósofos, ¿habrá tambien esclavos?

EL SOFISTA.

¿Has nombrado á los filósofos?

ORIEL.

Sí, á los filósofos.

EL SOFISTA.

¿Y crees que ellos no han alabado la esclavitud?

ORIEL.

¿Ellos, los filósofos?

EL SOFISTA.

Ellos mismos.

ORIEL.

¡Y yo les he creído los mejores entre los hombres!

EL SOFISTA.

Platon , el mayor entre nuestros filósofos , ha dicho que naturaleza pone oro en el alma del sábio , plata en el alma del guerrero , hierro en el alma del trabajador.

ORIEL.

Y yo siento un alma en mí igual á la vuestra.

EL SOFISTA.

Aristóteles ha creído la esclavitud indispensable á la familia.

ORIEL.

Y yo creo que la esclavitud corrompe la familia.

EL SOFISTA.

Te has llamado, sin embargo, trabajador.

ORIEL.

Ciertamente.

EL SOFISTA.

Pues al llamarte trabajador, tambien te has llamado esclavo.

ORIEL.

Pero el trabajador, que con la luz de su inteligencia ilumina, que con el calor de su sentimiento vivifica la naturaleza, ¿no tiene por ventura alma?

EL SOFISTA.

No. Si atiendes á nuestro lenguaje, aquí le lla-

mamos soma, es decir, aquí le llamamos cuerpo.

ORIEL.

Y cuando vosotros mismos, reyes de la tierra, habeis caido en la esclavitud, ¿por ventura os habeis despojado del alma? ¿No sentireis nada, nada, bajo la abrumadora pesadumbre de vuestras cadenas?

EL SOFISTA.

Aristóteles ha salvado admirablemente esta dificultad.

ORIEL.

¿Cómo?

EL SOFISTA.

Ha dicho que hay almas nacidas á mandar y almas á obedecer nacidas.

ORIEL.

Yo no quiero mandar sobre nadie ; yo quiero mandar sobre mí mismo.

EL SOFISTA.

Léelo. Él te dirá que el esclavo ha nacido para el trabajo material, y que el trabajo material exige el eclipse ó la muerte del alma.

ORIEL.

Pero todo trabajo material es moral; todo trabajo moral es material.

EL SOFISTA.

Razonas bien, extranjero.

ORIEL.

Nada más moral que esculpir uno de esos dioses, en cuya presencia te postras.

EL SOFISTA.

Yo no. Se postran nuestras mujeres y nuestros niños.

ORIEL.

Pues han menester el golpe del cincel que tra-

za un cuerpo, que dibuja unos ojos, que abre unos lábios, que extiende una frente, que crea un dios, á cuyos piés las almas de hinojos se rinden.

EL SOFISTA.

No trates de convencerme. Yo he llegado á la creencia de que el error y la verdad son la misma cosa.

ORIEL.

¿Qué me dices? ¿Y os llamais el pueblo más sábio de la tierra?

EL SOFISTA.

Yo he llegado á esta desoladora creencia. Pero no hablo por mí, hablo por Aristóteles. Él ha dicho: el esclavo es como esas vírgenes de oro y plata que le sirven á Vulcano de muletas. Él ha dicho: así como hay superioridad del hombre sobre la mujer, superioridad de la mujer sobre los animales, hay superioridad natural de los amos sobre los esclavos.

ORIEL.

Yo te pregunto, y contéstame: ¿cuando Platon era esclavo en Siracusa, Platon era inferior á su dueño?

EL SOFISTA.

Yo no te respondo. Yo creo todas las ideas ilusiones. Yo creo el Universo mismo una sombra de sombras. Yo te hablo por los demás. Aristóteles cree que así como hija implica autoridad natural del padre, y mujer autoridad natural del esposo, esclavo implica autoridad natural del amo.

ORIEL.

Pues yo en mi larga peregrinacion por la tierra, no he visto nunca, nunca, morir aquí en mi cerebro mi conciencia. Yo la he sentido arder cuando me condenaban ó condenaban á mis hijos á ser sacrificados ante las aras de los dioses. Yo la he sentido arder, cuando me llevaban maniatado á la guerra, y sólo me soltaban para que cayera como un tigre sobre los enemigos de mis enemigos. Yo la he sentido arder en el trabajo

forzoso, ora cociese los ladrillos para los Faraones de Egipto, ora sirviese á los sacerdotes hebreos. Yo nunca he podido, nunca, domar mi voluntad, que bajo el peso de tantas cadenas se ha creído dueña de sí misma. Sin embargo, unos sois libres y otros no lo somos. Pues qué, ¿por ventura tenemos unos sólo cuerpo, y os habeis vosotros tambien con las almas, que á todos nos pertenecen?

EL SOFISTA.

No me arguyas. Veo el pró y el contra de todas las ideas. Por eso no me decido por ninguna. La naturaleza es un poema. La vida de cada individuo un verso. El ritmo de ese verso la eterna contradicción. Yo, de todo, no creo en nada; de todos, en nadie.

ORIEL.

¡Oh desesperacion!

EL SOFISTA.

Así no creas que dejo de tener sentencias para tu consuelo.

ORIEL.

Si, sí. Dímelas.

EL SOFISTA.

Oye.

ORIEL.

Bien há menester consuelos mi alma destrozada.

EL SOFISTA.

Ese mismo Platon que ha clasificado en gerarquías las almas, no se ha atrevido á declarar de derecho natural la esclavitud.

ORIEL.

¿Y Aristóteles nada ha dicho para dulcificar sus errores?

EL SOFISTA.

Ha dicho tambien que la naturaleza quiere qui-

tar la voluntad á los esclavos. Pero que muchas veces no puede.

ORIEL.

No puede nunca.

EL SOFISTA.

Y Sófoeles dijo: Si el cuerpo es siervo, es libre el alma.

ORIEL.

Justo, justo.

EL SOFISTA.

Y Eurípides dijo: Muchos esclavos llevan deshonroso nombre; pero su alma es más libre que el alma de los hombres libres.

ORIEL.

Benditos seas, poetas; benditos por todas las generaciones.

EL SOFISTA.

La verdad es que el pró y el contra aparecen aquí tan claramente como en todas las cosas. No se puede mantener la esclavitud sin destruir la naturaleza, que á todos nos ha dado alma y voluntad. No se puede rechazar la esclavitud sin destruir la sociedad, que es tan necesaria como la misma naturaleza. ¿Condenais la esclavitud? Tenéis que condenar el derecho de la guerra. ¿Condenais el derecho de guerra? Ninguna sociedad tiene ya título legítimo. Todas han nacido de la guerra. Así no busques en nuestra Grecia ningun sábio que te combata la esclavitud. Epicuro quiere que los esclavos existan para que nos ayuden á buscar el placer despues del reposo y el reposo despues del placer. Zenon consuela al esclavo diciéndole que puede crearse una libertad entera y eterna allá en el fondo de su alma. Ser feliz es vivir conforme á la naturaleza. Y ha traido la esclavitud naturaleza. Posidomo dice que habrá siempre almas débiles, y que las almas débiles serán siempre almas esclavas. Así Jenofonte pide al arte de dirigir los animales consejos para dirigir á los esclavos.

ORIEL.

¡Abominable desprecio! Aún podemos ser como Hércules, que consagrado, cuando esclavo, por su amor, á la guarda de los ganados, los ofrecia todos en sacrificio á Júpiter, y levantando su clara armadura convidaba imperiosamente á los señores al festin de los dioses de su sierva. Aún podemos imitar, á aquel jóven espartano, que en la servidumbre, ejercia con orgullo todas las facultades de los libres; y el dia en que le exigieron servicios de esclavos, por no ejecutarlos, se dió virilmente la muerte. Ese, ese es aún el refugio del esclavo. Que vayan á buscar la marca de la esclavitud en los huesos arrojados sobre la tierra. Que vayan á ver las señales de las gerarquías en los cadáveres. Que me digan si los gusanos perdonan las carnes de los señores. Que me cuenten si la naturaleza devora con menor hambre nuestros cuerpos que vuestros cuerpos. ¿No creereis tampoco en la igualdad de la muerte?

EL SOFISTA.

Te diré. Aristóphanes cuenta con mucha for-

malidad, que el barquero Caron se niega á pasar las almas de los esclavos al reino frio de las sombras eternas.

ORIEL.

Yo hubiera mil veces apelado á la muerte....

EL SOFISFA.

Extraño recurso.

ORIEL.

Sí, hubiera apelado á no creer que cada hombre es inmortal en la especie; y que no podria dormir en paz el sueño de la muerte mientras hubiera esclavos en mi especie.

EL SOFISTA.

¿Pero creés que llegarán á emanciparse?

ORIEL.

Lo creo.

EL SOFISTA.

Desconoces la naturaleza del trabajo.

ORIEL.

¿Por qué?

EL SOFISTA.

¿No adivinas la razón? ¿no la adivinas?

ORIEL.

Digote que no.

EL SOFISTA.

¿Tú crees que existirá el trabajo cuando deje de ser forzoso?

ORIEL.

¡Pues no lo he de creer!

EL SOFISTA.

En eso estoy con Crates.

ORIEL.

¿Qué dice Crates?

EL SOFISTA.

Algo muy ingenioso.

ORIEL.

Repítelo, ya que refieres cuanto dicen los griegos sobre los esclavos.

EL SOFISTA.

Dice Crates, suponiendo una constitucion social sin esclavos, que los viejos se servirán así mismos; que los navíos vendrán sin que los llamemos; que las mesas de comer se aderezarán por su propio esfuerzo y su propia virtud; que bajarán tal vez con alas á las mesas los platos; que el vino aparecerá milagrosamente en las copas; que las marmitas parirán con la espontaneidad de la naturaleza sus viandas cocidas, y los peces saldrán del mar para venirse á la cocina, y cuando ya estén de un lado asados volveránse á

ser asados por el otro. Y todo será bienandanza.

ORIEL.

Pero, ¿crees que siempre sucederá lo mismo?

EL SOFISTA.

Siempre.

ORIEL.

¿Crees que no cambiarán las condiciones de nuestro ser?

EL SOFISTA.

Las esenciales jamás.

ORIEL.

¿Y es esencial á la naturaleza la desigualdad?

EL SOFISTA.

Esencial, esencialísima.

ORIEL.

¿De suerte que tú crees la esclavitud eterna?

EL SOFISTA.

La creo eterna.

ORIEL.

¿Pues no me has dicho antes que no creías en nada?

EL SOFISTA.

Creo en el mal, creo en el error.

ORIEL.

Y por consiguiente crees en la eternidad del mal, en la eternidad del error.

EL SOFISTA.

Si, si.

ORIEL.

Pues yo reniego de tu creencia.

EL SOFISTA.

Y yo tambien, yo tambien.

ORIEL.

¡Eterno el mal! ¿Por qué?

EL SOFISTA.

¿Y por qué cuando la hiel es el agua y la ceniza es la harina de tu pan, has de creer en el bien?

ORIEL.

Porque yo mismo he recorrido la tierra y he gustado algunas gotas del dulce almíbar, que el tiempo ha ido poniendo en nuestra hiel.

EL SOFISTA.

¿Y qué bien has encontrado para adormecer tus penas?

ORIEL.

He encontrado en el espíritu de un pueblo tenaz, bálsamo á mis heridas.

EL SOFISTA.

¿Qué bálsamo?

ORIEL.

La esperanza.

EL SOFISTA.

¿No tienes otro más eficaz?

ORIEL.

No.

EL SOFISTA.

¿La esperanza?

ORIEL.

Sí, sí, lo repetiré mil veces, la esperanza.

EL SOFISTA.

No es mala ilusion.

ORIEL.

¡Ilusion!

EL SOFISTA.

No es mal engaño de tu mente alucinada.

ORIEL.

Infeliz eres cuando tomas por alucinacion la esperanza.

EL SOFISTA.

Sí, la tomo por el falso celaje que se extiende en el seno de nuestras lágrimas.

ORIEL.

Pues yo la he visto bajar y poner arreboles sobre la boca de las heridas del alma.

EL SOFISTA.

¡Tú, Tú!...

ORIEL.

Yo mismo, yo mismo.

EL SOFISTA.

Tú en la abyeccion, tú en la miseria, tú en el fondo de los abismos.

ORIEL.

¿Qué le ha sido negado al trabajo? El trabajo puede ablandar el hierro, puede descubrir el oro, puede llevar la luz á los abismos lóbregos, puede elevar las almas á los cielos infinitos, puede hacer de esta tierra una nueva tierra, de estos hombres nuevos hombres, de los astros innumerables nuestras antorchas, del espacio nuestro templo, del torrente de la vida universal nuestro alimento. El trabajo ha domeñado las olas con una frágil tabla y una vela de blanco lino. El trabajo ha traído á nuestras débiles manos el fuego creador. Merced á su inspiracion de cuerdas tirantes, de cañas pegadas con cera, han brotado melodías que endulzan nuestros dolores. Merced á sus esfuerzos, la piedra dura encerra-



da en las montañas se ha convertido, bajo el cincel, en poderoso Dios, en hermosísima diosa, cuyos ojos han iluminado muchas generaciones, cuya sonrisa ha desvanecido muchos males. El trabajo domina los cielos y la tierra.

IV.

JUPITER.

¿Lo oisteis?

LOS DIOSES.

Lo hemos oído.

JUPITER.

¿Hubierais imaginado tantas blasfemias?

LOS DIOSES.

Nunca las hubiéramos creído posibles.

JUPITER.

Y es un misero esclavo.

LOS DIOSES.

¿Qué hacer?

JUPITER.

¿Y lo preguntais? Comenzar ahora mismo la guerra implacable.

LOS DIOSES.

No le dejemos punto de reposo.

JUPITER.

Apercibe, Vulcano, aquellas cadenas con que á los titanes castigaste.

VULCANO.

Ya tengo eslabones, argollas, pesada maza, clavos que taladren sus manos, y las claven para siempre en las piedras. Lanzaréme pues, sobre el rebelde con la furia y la voracidad del tigre.

LOS DIOSES.

Anda, anda.

ORIEL.

Compañeros, compañeros...

LOS ESCLAVOS.

¿Qué te sucede?

ORIEL.

¡Ay! ¡Ay! Me abraso.

LOS ESCLAVOS.

Nosotros te sostenemos. No temas.

ORIEL.

¿Veis flechas?

LOS ESCLAVOS.

No, no.

ORIEL.

Pues se me pegan á las carnes y se me beben toda la sangre.

LOS ESCLAVOS.

Vuelve en tí.

ORIEL.

La cabeza me arde como si fuera un volcan. Los ojos saltan de las órbitas y parece que en mil pedazos se quiebran. No puedo respirar. Un rio de hiel pasa por mis fauces; una columna de fuego por mi garganta. No puedo respirar. El corazon se estrella en las paredes de mi pecho. Suben de la tierra serpientes invisibles que se enroscan á mi cuerpo. ¡Qué horribles, qué espantosos dolores! ¿No veis qué encarnizadamente me persiguen?

LOS ESCLAVOS.

¿Dónde están, dónde, los enemigos que te persiguen? Queremos verlos.

ORIEL.

Yo no los veo. Yo los oigo en los giros del viento, en sus torbellinos como una sorda tempestad.

LOS ESCLAVOS.

¿Quién, quién combate tu trabajo? ¿Quién se opone á nuestra emancipacion?

VULCANO (*levantándose del seno de la tierra*).

Los dioses.

LOS ESCLAVOS (*retrocediendo*).

Los dioses... ¡Qué horror!

ORIEL.

¿Qué podré contra ellos?

VULCANO.

Nada.

ORIEL.

¿Qué daño os hice?

VULCANO.

De la frágil arcilla has querido amasar un

cuerpo, y de la celeste llama infundirle un alma, como intentó en otro tiempo el Titan Prometheo.

ORIEL.

No; he padecido mucho, he trabajado mucho; mis lágrimas han ablandado la tierra, mi sudor ha caído como levadura de vida nueva sobre los campos. La única luz que he tenido para iluminar mi obra de redención, ha sido la luz de mi pensamiento sacada de mi sér al choque de las cadenas. ¿Por qué los dioses, por qué se opondrán á esta victoria del trabajo?

VULCANO.

Y si el trabajo reina en la tierra, ¿de qué servimos nosotros?

ORIEL.

Pues si toda victoria de los humanos sobre la fatalidad y sobre la materia os ha de ser adversa, no sois nuestros protectores, sino nuestros enemigos.

VULCANO.

¿No hemos de ser vuestros enemigos cuando vosotros quereis ser nuestros rivales?

ORIEL.

Rivales, porque pulimos la tierra, porque la embellecemos, porque la empapamos en los etéreos resplandores que emanan del pensamiento.

VULCANO.

Insano orgullo, tú serás castigado. Sueño de plomo pesará sobre tus párpados y noche eterna sobre tu conciencia. A cada paso que des, se abrirá un volcan, que ya devore tu sangre en sus llamas, ya ruede tu cuerpo sobre el lecho de sus frias cenizas. Legiones de ciclopes serán abortadas por las piedras de los montes, y te perseguirán furiosos, forjando millares de cadenas para abrumar tu cuerpo y suprimir tus fuerzas. El huracan jugará con tu cabellera; el rayo azotará tu espalda; nubes de sulfuroso humo vomitadas por los cráteres te arrastrarán en sus entrañas; las ardientes cavas te servirán de lecho; las amargas olas henchidas por la tempestad remojarán tus labios y los carbones encendidos y el granito hirviendo será tu único alimento.

ORIEL.

¿Por qué tanta furia contra mí?

VULCANO.

Porque tú eres el trabajo, que quieres convertir la tierra en cielo, y los hombres en dioses,

ORIEL (*alzando los ojos y los brazos al cielo*).

Dioses del porvenir, Oriel os invoca. Vosotros que saldreis del trabajo de nuestros brazos, de la evaporacion de nuestras lágrimas, del espejismo de nuestro pensamiento; vosotros que sereis la condensacion de los vapores emanados de nuestra sangre hirviente caida sobre la tierra; vosotros, dioses de los oprimidos, dioses de los esclavos, venid, y enseñad á estas divinidades orgullosas cómo los cielos se desgajan, cómo los templos se arruinan, cómo los altares se caen, cuando no los mantiene la fé; y cómo la fé se extingue cuando se encuentra, donde creia hallar una divinidad, una injusticia.

VULCANO.

¿Hasta los dioses dormidos en las entrañas de lo porvenir sublevas contra nosotros?

ORIEL.

Invoco la justicia.

VULCANO.

Cae, infeliz, cae bajo el peso de nuestra maldición.

LOS ESCLAVOS.

Jamás. Nosotros le defendemos.

VULCANO.

Oid.

LOS ESCLAVOS (*dispersándose al estampido de un trueno*).

El rayo, el rayo nos persigue, y nos azota.

ORIEL.

Soy inocente. Solo he querido el bien de los hombres.

VULCANO.

El bien de los hombres no puede venir sino de nuestras benéficas y prósidas manos.

ORIEL.

¿No puedo yo coadyuvar á esta obra?

VULCANO.

Tú, tú, vil esclavo; tú, tú, jamás.

ORIEL.

La tierra me falta, me falta el aire. (*Cae.*)

ORIEL (*solo*).

Víctima soy de la cólera divina. Mis brazos y mis piés pegados están con cadenas á la tierra. Mi cuerpo se abrasa todo entero sobre el cráter de este inmenso volcan. El viento que pasa quema las yerbas secas, y tiende en torno de mi pecho espesa nube de humo que me ahoga sin matarme. Bandadas de cuervos caen sobre mis amoratadas carnes. Cien veces se han comido mi corazon y mi higado. Cien veces han vuelto higado y corazon á renacer para pasto de sus infernales festines. El sol me ha parecido como una antorcha funeraria; las estrellas, como lágrimas

que surcaban por la faz de la naturaleza dolorida. El mar que se estrellia al pié de esta roca, más compasivo que el corazon de los inmortales, me ha enviado sus lamentos en las tormentas; sus besos, en los vapores engendrados por el hervor de las amargas olas. Pero no han podido procurarme un consuelo. Los dias suceden á las noches, las noches á los dias, las estaciones á las estaciones, y para mí no hay alivio. Yo comprendo y abrazo en mi pensamiento, cielo, tierra, espacio, tiempo, pasado, porvenir, séres orgánicos, séres inorgánicos, naturaleza, espíritus, palabra, pensamiento, dioses y hombres. Veo que todos viven, que todos mueren, que se levantan todos del no sér al sér, que tienen sus amores, que cada cual en su esfera cumple, ó por necesidad ó por eleccion, su destino, y yo me consumo aquí más inerte que las calcinadas piedras sobre que estoy tendido, sin hallar compasion ni siquiera en el regazo de la muerte.

LOS DIOSES.

Profano, has querido quitar su prestigio á los bosques sagrados de Dodona, cada una de cuyas hojas exhala misteriosos oráculos, y has querido

interrumpir las dulces melodías del dios Pan, seguido del coro de sus fáunos por las rientes campiñas de la Arcadia. Las nereidas que las ondas del mar de la Jonia y del mar de Corinto mecen, hubiéranse muerto, despues de haberse extinguido su cántico más dulce que las brisas. El sonoro Alfeo no hubiera repetido por sus márgenes sembradas de laureles ¡ay! las melodías de la lira de Hermes. ¿Qué hubiera sido del mundo griego sin el coro de ruseñores de Colonna en la tierra, y sin el coro de los dioses del monte Olimpo en el cielo? La linfa de los arroyos; las selvas de mirtos, las cimas violáceas y azuladas de las montañas cuando el sol ponente los etheriza y torna como aeriformes; el rielar de las estrellas y de la luna en los mares durante las tranquilas y serenas noches; todas estas bellezas del universo se extinguirían en cuanto se extinguirían los dioses. Auras cargadas de aromas; coros de divinidades invisibles; albas esculturas de Nemea; cigarras inmortales que cantais desde los olivos retratados por las tranquilas aguas del Pireo; mármoles de Egina, decid si esta religion helénica no ha dado á los hombres, como néctar incorruptible, el eterno sustento de lo divino.

ORIEL.

Pero, ¿creisteis que nunca habia de concluir vuestra severidad? ¿Creisteis que en el cielo de las creencias no habia de penetrar la duda? El hombre, meditando sobre sí mismo, llega á despojarse de unas ideas y á tomar otras ideas, como el árbol se despoja de sus hojas y las renueva con otras hojas. Las creencias son como tegidos que tienen por filamento las ideas. Cada alma se tege su creencia, como cada araña su tela, de la propia sustancia. Vosotros, que os creéis inmortales, nacisteis ayer del cántico de un poeta ciego. Tanta diferencia hay de vosotros en Oriente, dioses, á vosotros mismos en Grecia, como de la pobre larva al pintado y brillantísimo insecto, que lleva en sus alas todos los matices del iris. La naturaleza es una eterna produccion de formas que se van levantando en gerarquías inmortales á la divina perfeccion. Las almas han de producir otras eternas gerarquías de ideas con igual esfuerzo y en la misma trabajosa ascension á lo infinito. Si el trabajo os amedrenta, suprimid el pensamiento, suprimid la actividad, suprimid la aspiracion, suprimid la juventud, suprimid las continuas re-

novaciones de todos los seres en el oleaje de toda la vida.

LOS DIOSES.

¡Blasfemo!

ORIEL.

¿Cómo? ¿Habeis cobibido mis fuerzas físicas y me habeis dejado las fuerzas de mi pensamiento? ¿Habeis quitado el movimiento á mis manos y lo habeis consentido á mi lengua? La palabra que sale de mis lábios siembra á los cuatro vientos miles y miles de ideas. Estas ideas poco á poco han de fundir mis cadenas y han de hacer que caigais ¡oh dioses! como cuerpos muertos é inertes á mis plantas.

LOS DIOSES.

¿No te crees todavía vencido?

ORIEL.

No. El trabajo es tan universal como la vida.

Donde quiera que hay actividad, ya sea de pensamiento, ya sea de accion, allí estoy yo.

LOS DIOSSES.

¿Te crees eterno?

ORIEL.

Si. Vosotros sois formas; yo soy esencia. Vosotros sois sombras, yo idea. Vosotros sois organismos que pueden desaparecer, yo soy espíritu, yo soy actividad, yo soy el trabajo, la creacion pasada, la creacion futura.

LOS DIOSSES.

Nos amenaza.

ORIEL.

No os amenazo yo.

LOS DIOSSES.

¿Quién nos amenaza con tu palabra?

ORIEL.

Os amenaza la razon.

LOS DIJOS.

Nuevamente blasfemaste.

ORIEL.

Yo he visto los ejércitos griegos, coronados de guirnaldas, con sus lanzas dorias en una mano y sus escudos cincelados en la otra, desnudos como sus estátuas, jóvenes y bellos como su poesía, yendo, despues de haber escuchado sus oráculos, á escuchar sus oradores, para recibir la muerte en el fragor de la batalla, como se recibe el sueño en el cansancio de la orgía. Y cuando he visto que esos ejércitos han vencido á la inmóvil y poderosa Asia, al Asia de los imperios y de las castas, los he tomado por legiones más que de la pátria estrecha, de la voluntad libre, de la razon soberana. Y si la voluntad, y si la razon, han llegado á poseerse á sí mismas, ¿creeis que durante mucho tiempo van á encerrarse bajo el yugo de las mismas creencias? Todo se renovará, todo,

de abajo arriba. El espíritu tendrá una nueva primavera. Miriadas de flores contendrán miriadas de nuevos frutos. Otros dioses vendrán desde el cielo á la tierra, como otras ideas desde la conciencia á la vida.

LOS DIOSES.

¿Y qué hará sin nosotros el mundo?

ORIEL.

Sonreir como sonrie ahora. Sobre las angustias de la conciencia continuarán los milagros de la vida. El alma entrará en la duda, pero el mundo no entrará en las tinieblas. Batallará el pensamiento, y el cielo estará azul y sereno. Caereis vosotros, y las ondas continuarán su movimiento, y las estrellas su curso, y florecerán los árboles al beso de la primavera, y nacerán nuevas generaciones al beso del amor, y el fondo del valle vestirá su manto de rojas adelfas, y la cima del monte su diadema de mármoles bruñida por el sol inextinguible de la madre Grecia, que dará como en eterna comunión sus ideas á todos los pueblos de la tierra. En estrellada noche, allá

por los mares de Sicilia, esmaltados con las estelas de tantas ideas que parecen por su brillo, por sus inmortales divinos resplandores, como la vía láctea en la inmensidad del firmamento, oirán los marinos una voz luctuosa resonando en los riscos del Cabo Myseno y diciendo que el dios Pan ha muerto; mas á pesar de esta melancólica elegía, las brisas cantarán, las golondrinas pasarán á bandadas de Norte á Mediodía y de Mediodía á Norte; las gotas de agua, al caer de los remos, parecerán gotas de luz; los bosques de plantas marinas abrigarán innumerables peces; y la naturaleza entera sonreirá con su olímpica sonrisa, recibiendo generaciones muertas y creando nuevas generaciones con la implacable serenidad de los dioses.

LOS DIOSES.

¿Quién te dice eso?

ORIEL.

Mi esperanza.

LOS DIOSES.

¿Dónde has recogido esa esperanza?

ORIEL.

En la soledad del desierto.

LOS DIOSES.

¿Atormentado como ahora?

ORIEL.

Con mayores tormentos.

LOS DIOSES.

¿Puede haberlos mayores?

ORIEL.

Sí. Ahora despedazais mi cuerpo, mas no podeis, no, despedazar mi alma.

LOS DIOSES.

Indómita esperanza.

ORIEL.

Vosotros la alimentais,

LOS DIOSSES.

¿Con qué?

ORIEL.

Con vuestros oráculos y con vuestras sibilas.

LOS DIOSSES.

Mas pueden nuestros oráculos decir sentencias contra nosotros mismos?

ORIEL.

La revelacion del pensamiento es como la luz; ilumina á los mismos que la niegan y la desconocen.

LOS DIOSSES.

Pues nuestra lucha será eterna. Si crees, mortal, que vas con una idea sólida de tu cerebro á ocultar la cuna del Olimpo, á destruir los dioses inmortales, te engañas triste y miserablemente. La copa de nuestra ira se vaciará sobre

tus labios hasta que no quede una gota. Las tinieblas, los males, los dolores, las espinas, las dudas, la desesperacion, todo cuanto de horrible tenemos en nuestras manos, caerá como un diluvio sobre tu cuerpo herido y sobre tu alma desgarrada. Las lágrimas se helarán como grani-
zo en tus mejillas, mientras la sangre hervirá en tus venas. Llevarás aguda corona de espinas sobre el corazon y sobre la frente. Tu sangre será lava hirviente. Tu única bebida la hiel que tus propios hígados segreguen. Y un dolor inmenso azotará todo tu cuerpo, desgarrará toda tu alma, y si quieres ser libre, morirá en tí, contigo, toda tu especie.

ORIEL.

Imposible. Vuestro poder no alcanza, ni á impedir la renovacion de la vida en la naturaleza, ni á detener en nosotros la perpetuidad de la especie, ni á extinguir en el cielo ó en la tierra esa llama viváz de la esperanza. El esfuerzo del trabajo y la esperanza del alma, derrocarán toda tiranía. Yo, desde el abismo de mis males, desde el potro de mis tormentos, yo os lo juro, ¡oh dioses!

V.

JUPITER.

Se despluman las potentes alas de mi águila,
se desvanecen las chispas de mi rayo. He gusta-
do el néctar, y me ha sabido á hiel. He devorado
un poco de ambrosía, y me ha sabido á ceniza.
Algo se apaga en el cielo; algo se muere en la
tierra.

MERCURIO.

Júpiter, los dioses se van.

JUPITER.

Ya los veo murmurarse disgustados al oído
sus mútuas quejas.

MERCURIO.

Dicen que vienen al Olimpo séres extranjeros, indignos de penetrar entre nosotros.

JUPITER.

¿Y qué hacer, cuando desde su lecho de cenizas los esclavos se nos suben á las barbas?

MERCURIO.

Aquí en el Olimpo como allí en Grecia, todo se arregla por Asambleas.

Hablemos:

JUPITER.

Convoca las divinidades en Asamblea.

MERCURIO.

¿Quién de los dioses autorizado por su edad, desea hablar sobre los extranjeros al Olimpo?

MOMO.

Yo.

JUPITER.

Habla.

MOMO.

Con tu permiso.

JUPITER.

No lo necesitas, tu edad y mi convocatoria te dan derecho á hablar.

MOMO.

Si no puedo hablar con franqueza, prefiero callarme. Ya sabeis por larga experiencia que no tengo pelos en la lengua. El Olimpo está lleno de metecos, de extranjeros. Y estos extranjeros no se contentan con ser dioses despues de haber sido hombres, sino que quieren ¡infames! divinizar tambien á sus eunucos y á sus siervos. Luego te extrañará que los esclavos de la tierra se nos suban insolentes á las barbas.

JUPITER.

Nada de enigmas. Habla más claramente. Designa nombres propios. Cuando un orador tiene

miedo á su propia palabra infunde á los demás soberano desprecio.

MOMO.

Pues hablaré con entera franqueza. Aquí se nos ha entrado por las puertas un Baco, medio hombre no más y ya dios, extranjero á Grecia, nieto de mercaderes siro-fenicios, coronado con mitra oriental, oliendo á vino todo el dia, circuido de innumerable sucia canalla, de Pan, de silenos y sátiros, rústicos y mal olientes, con cuernos en la cabeza, pezuñas hendidas en vez de regulares piés, orejas puntiagudas como los asnos, larga cola como los monos, nariz aplastada y chata como los negros, ojos de lechuza y barbas de choto; tan borrachos que se nos caen desplomados encima, como para aplastarnos, y tan lujuriosos que persiguen á todas las diosas por las majestuosas cumbres del Olimpo. ¿Cómo quieres que los hombres nos tengan respeto? Esos inmortales son más feos, más bárbaros y más viciosos que los mismísimos mortales. No digo nada de las prostitutas que se nos han entrado por las puertas, y cuyos collares ganados en el lecho, brillan ahora como constelaciones de estrellas en el cielo. Por no dejarse nada



allá, en el mundo, se han traído aquí hasta sus perros. Hablemos de otros.

JUPITER.

Pon tiento á tu lengua. Me aterra ver á donde te arrastra tu desbocada palabra. Cuidado con decir cosa alguna mal sonante, ni de Esculapio, que cura las enfermedades, ni de Hércules llegado al cielo á merced de colosales trabajos y de esfuerzos maravillosos.

MOMO.

Los dejaremos en paz. Y si lo permites, hablaremos de tí, pues tengo mucho que decirte.

JUPITER.

¿De mí? Habla cuanto te venga en mientes. ¿Me vas á llamar también extranjero é intruso?

MOMO.

Pues mira, en Creta no se muerden la lengua para decir que no eres hijo de tu padre, que el

verdadero Júpiter se murió, y tú eres un cualquiera, un echadizo, un supuesto Júpiter. Pero dejemos esto y vamos á cosas más importantes. La causa principal de los generales desórdenes se encuentra en tí mismo. Te conviertes en miles de sustancias raras, de alimañas ridículas, y luego te quejas del poco respeto y del escaso culto. Temblando estoy de que, al ser toro, te sacrifiquen sobre cualquier altar los sacerdotes ó en sus juegos te lidien los íberos; temblando de que al ser oro la más ínfima doncella te recoja para brazalete de sus muñecas ó pendiente de sus orejas. Así, despues de tus correrías, te has traído por aquí todas esas turbas de salvajes semidioses. ¿Quién no se indigna al ver un siervo como Hércules en el cielo; y su amo Eurystheo sepultado en la tierra? El aguila se desliza en el cielo, anida en tu cabeza, y juega con tu cetro, como si fuera el dios de los dioses. Los extranjeros nos obstruyen el paso. Nadie hubiera creído que llegaran hasta nosotros, hasta nuestro Olimpo, Aty, Coribas, Sabasio y otros bárbaros. ¿Quién es ese Meda Mitra, vestido de rozagante púrpura, coronado con su áurea tiara persa, ignorante del griego, de la lengua de dioses? Hasta los esclavos getas se cuelan en las asambleas de las

divinidades griegas. Pero, ¿qué mucho? Ese perro que ladra, y que el mejor día te muerde las pantorrillas, es un dios de Egipto. Ese toro de Memphis, que muje por ahí pastando estrellas, pronuncia oráculos, y tiene adoradores. No podemos vernos libres de ibis, micos, machos cabríos, terneros, vacas y hasta ratas con que nos han inundado los egipcios. A tí mismo te han plantado esos invasores un par de cuernos, como á cualquier macho cabrío en la espaciosa frente.

JUPITER.

A primera vista parece vergonzoso lo que dices de los egipcios; pero todos esos animaluchos son verdaderos emblemas de que no debeis burlaros los que no estais al cabo de su verdadero sentido.

MOMO.

No se necesita estar iniciado en ningun misterio para saber que los dioses son dioses, las calabazas calabazas y los egipcios imbéciles.

JUPITER.

O deja esa conversacion, ó apercíbete á una reprimenda...

MOMO.

Son tantos los escándalos, que se pueden recoger á manos llenas. En Cilicia hay un Anfíloco, hijo de nefando parricida, que dice oraculares sentencias por dos óbolos. ¡Oh hermoso Apolo! dios de la poesía y de la música, suelta las riendas de tus deslumbradores caballos, arroja lejos de tí la áurea cítara, porque no hay piedra rociada de aceite y altar coronado de flores que no lance sentencias de oráculo como tras ellas se encubra cualquier atrevido charlatan. Desde que dioses indios, persas, medos, egipcios, han penetrado en nuestro alto Olimpo, nos desprecian todos los hermanos, y les sobra para despreciarnos razon.

JUPITER.

Pero ¿qué hacer? ¡El hombre ha crecido tanto! Ya no estamos en aquellos tiempos en que

las crédulas gentes venian en tropel á ofrecernos sus presentes y á cantarnos amorosas canciones en suaves coros. Ya no brota de cada flor una nube de esencias para perfumar el cielo, ni de cada boca una religiosa oracion. Aquella alegría que reinaba, cuando Grecia era nuestra única sacerdotisa, se ha trocado en profunda melancolía. No sé qué extraño Dios engendra el Oriente, Dios de dolores, de muerte, amargado con la hiel de todos los dolores, tendido sobre afrentoso patíbulo, esclavo de esclavos, y sin embargo, pronto á surgir en el horizonte y á borrarlos de la vista de los hombres como el sol borra las estrellas. Le van á llamar el Dios-espíritu. Pues bien, se necesita que contra las ideas del Dios-espíritu se reúnan las fuerzas del Dios-naturaleza. Por eso hemos llamado á las puertas de todos los templos, y por eso hemos reunido á los dioses de todas las teogonías. Y aun todos reunidos, difícilmente venceremos, porque mira, el esclavo aherrojado, tendido sobre el Cáucaso, tostado en la mitad de su cuerpo por los volcanes, y helado en la otra mitad por los aludes; á pesar de haber sentido nuestro látigo, se revuelve con ira y nos amenaza, porque diz haber encontrado en su alma la idea de justicia, en sus brazos la fuerza del tra-

bajo, en su corazon la esperanza. Lo teníamos aherrojado y han venido los fuertes trhacios á rómper sus cadenas, y anda errante por las montañas de la libertad, por las montañas de Thesalia. ¿Qué podemos hacer cuando nos abandona la humana conciencia? El Dios necesita del hombre como de la sombra el cuerpo. Se van los dioses y vienen los esclavos.

FIN

DEL TOMO PRIMERO DE LA SEGUNDA PARTE.

